VERDADES
DULCES Y AMARGAS.

PÁGINAS PARA LA MUJER

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

No hay pensamiento grande que no
sea hijo de un gran dolor.
Larmig.

SEGUNDA EDICION.

MADRID
Imprenta de la Viuda é Hijos de J. A. García
Campomanes, núm. 6.
1882

S. P. LEÓN
D FDN
N.R. 189479
N.T. 230606
C.S. 360395
FD. 9365

VERDADES DULCES Y AMARGAS.

VERDADES

DULCES Y AMARGAS.

PÁGINAS PARA LA MUJER

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

No hay pensamiento grande que no sea hijo de un gran dolor.

Larmig.

MADRID
Imp. y fund. de la Viuda é Hijos de J. A. García
calle de Campomanes, 6
1882

Este libro es propiedad de su autora, que ha hecho el depósito que ordena la ley.

Toda esta edicion lleva una contraseña reservada.

PREFACIO.

Este volúmen es muy parecido al que publiqué con el título de *Un libro para las Damas* no hace mucho tiempo, y que alcanzó uno de los éxitos más grandes de nuestra época, puesto que en siete años se han agotado tres numerosas ediciones.

A las damas está tambien dedicado el presente: es una coleccion de cuadros donde se encierran muchas verdades, dulces en su mayor parte, amargas algunas; pero la verdad, aun la más ruda, es un cauterio saludable que hace sufrir, pero cura radicalmente: no os enojen las que halleis aquí, lectoras mias, y creed en la sinceridad y buen deseo que han presidido al arreglo de estas páginas, algunas de las cuales han alcanzado aplauso demasiado benévolo en las columnas de los más importantes y más

leidos periódicos de España y del extranjero.

No he guardado gran cuidado en el órden del presente libro: las flores me agradan más en haces, que arregladas en ramos sujetos con ligaduras y sistemáticamente dispuestos: al lado de un cuadro de dolor, hallareis la fresca risa de una adolescente: al lado de un problema tenebroso, un canto de inocencia: el dolor, la alegría, la pasion, la venganza, la piedad cristiana, la resignacion, los celos, el perdon, todo lo bueno y lo malo que se agita en el alma humana, todo lo que grita, lo que rie, lo que solloza, lo que canta, se halla en este libro, y nada de lo que nace del alma se mide, se oprime ó se reglamenta: quizá hay en él más temple, más calor que en el *Libro para las Damas:* pero el pensamiento humano ha llegado á un progreso vertiginoso, y los escritos incoloros, *deslabazados*, por decirlo así, ni hacen sentir, ni siquiera distraen de las amargas horas de cada dia.

Ni en éste, ni en ningun otro libro de

los que he escrito y aun pienso escribir, he faltado ni faltaré al respeto que se debe á la virtud, porque para mí, lo bello y lo bueno son sinónimos: pero creo complaceré al público, que tantas pruebas me ha dado de amor y estimacion, si he conseguido aliar con el culto de lo bueno, el colorido, que hoy es la primera exigencia de la literatura, por el gran desarrollo que alcanza la imaginacion.

El escritor no puede estacionarse: debe marchar con su época, siempre defendiendo el bien, siempre llevando por norte la sublime idea de Dios, manantial inagotable de amor y de belleza.

Esto es lo que deseo que halleis en las presentes páginas, porque esto es lo que he querido depositar en ellas.

María del Pilar Sinués.

LAS NIÑAS MIMADAS.

I

Hace algunos años que se oye declamar incesantemente acerca de la mala educacion que se da á las niñas, acerca de las aficiones al lujo y á la ostentacion que desarrollan en sus jóvenes almas los trajes costosos que las atavían, acerca, en fin, del *mimo* que sus familias, y sobre todo sus madres, les prodigan.

Los que declaman acerca de todas estas cosas ensalzan hasta las nubes la educacion rígida de nuestros abuelos, el temor respetuoso que sus hijos les manifestaban, el equilibrio y la paz que reinaban en la familia.

A nuestro modo de ver, no es el cariño, no es el *mimo* lo que hace una mala educacion: no son las niñas mimadas las que están llamadas á ser malas esposas y malas madres, no: antes bien, creemos que el cariño lo puede todo en la naturaleza dulce y afectuosa de la mujer, y que el rigor solo sirve para exasperarla ó para

anonadarla, segun sea la índole de su carácter.

Trátese á una niña con cariño y suavidad, y su alma se llenará poco á poco de ternura, y todas sus ideas tomarán una elevacion natural, que la defenderá de las tentaciones vulgares como una misteriosa égida: la idea del amor, ley universal de la creacion, germinará en su alma, y amará tiernamente, no solo á su familia, sino tambien á sus amigas, y sobre todo á los desgraciados privados de las ventajas morales y sociales que ella posee.

La dureza, la severidad es ya, afortunadamente, una triste anomalía de la cultura que alcanza en nuestros dias la inteligencia: cada uno sabe la verdad de aquel antiguo proverbio: *Se caza más con miel que con hiel*, y cada uno lo pone en práctica, aunque solo sea guiado por el egoismo.

Poco tiempo hace presencié una escena conmovedora, que me inspiró el pensamiento de este artículo: una bella jóven, á cuya familia estoy ligada por los vínculos de la más tierna y verdadera amistad, fué llamada á la habitacion de su padre para disuadirla de una aficion que aquel consideraba poco acorde con la felicidad de su hija, y que por lo mismo le enojaba: al entrar la jóven en el gabinete de su padre, pálida y temblorosa, su madre y yo nos

quedamos en la habitacion precedente; la pobre madre temblaba ante el enojo de su marido, y queria, en caso necesario, volar al socorro de su hija, cuyo carácter era fuerte y decidido, como el de su padre.

—Te he llamado, dijo el severo hombre de Estado—pues lo es en la más alta acepcion de la palabra—te he llamado para decirte que deben cesar todas nuestras relaciones con un hombre que te hace la corte por amor propio, y cuya posicion incierta es una barrera infranqueable que le separa de tí; olvídale, y será un bien para todos.

—No puedo, señor, contestó la jóven alzando sus hermosos ojos, llenos de fuego y de dolor; el olvidar no está en mi mano.

—Procúralo, pues.

—Seria inútil.

—¿Luégo persistes en tu loco propósito de contrariarme? ¡Esta casa queda desde hoy cerrada para ese hombre!

—Le veré donde pueda, donde él quiera buscarme; en el teatro, en la iglesia, en paseo.

—Te condenaré á la más estrecha reclusion y no saldrás de casa, ténlo por seguro.

—¡Le escribiré!

—No recibirá tus cartas ni tú las suyas.

—¡Me moriré!

El padre, ante esta respuesta que encerraba tanta firmeza y tanto dolor, quedó mudo y helado: el acento con que fué pronunciada, le abria ante los ojos el insondable abismo del remordimiento, la vejez sin alegría: las heladas nieblas de la muerte se extendieron delante de él, y vió á su hija, blanca como Julieta, acostada en su tumba, con los lábios entreabiertos por la sonrisa del eterno descanso.

Esta vision duró un instante; pero la dureza de su carácter apareció muy pronto, y ganó la batalla.

—Te morirás, pues, dijo; pero jamás te casarás, viviendo yo, con ese hombre.

La jóven se inclinó silenciosa y sombría, y salió de la estancia.

II

Al salir se halló en los brazos de su madre.

—Llora, le dijo ésta, llora hija mia, y despues me oirás: no temas que yo quiera violentar tu corazon: quiero solo probar ó convencer tu razon; si ésta pierde el combate y lo gana aquel, será una victoria tan sagrada, que yo haré por que ni tu mismo padre te la dispute:

¿no dicen—añadió con una triste sonrisa—que yo te mimo demasiado? Pues acaso serán ahora los mimos que te he dado los que me hagan ganar esta ruda y solemne batalla.

Diciendo estas palabras, la madre habia conducido á su hija á un asiento: se habia sentado á su lado, y tomando la mano de la jóven entre las suyas, y apoyando en su seno la cabeza de aquella, la dejó llorar durante algun tiempo.

—Escúchame, le dijo, cuando vió que sus sollozos empezaban á fundirse en el consolador manantial del llanto; escucha á la persona que más te ama en el mundo: á la que daria su vida por evitarte un dia de dolor: oye, hija mia; los pobres séres que desobedecen á sus padres van siempre señalados por un estigma misterioso, que les separa y diferencia de todos los demás: es como un alarde de rebelion que cede el paso á un doloroso destino; tú, hija mia, tienes un alma amante, digna y altiva; si desobedeces á tu padre, jamás serás dichosa: tu pura conciencia necesita que seas igual á todas las personas buenas: pasado el primer dia, serás feliz al pensar que no has sacrificado á un interés personal ni tu dignidad ni tu conciencia: que no has desertado la causa de la justicia, por ásperas que sean las latitudes en que levanta sus altares.

Hay una dicha inmensa en comprender lo bello bajo todas sus formas, cuando se ha conocido y practicado el bien con todos los deberes rigurosos que nos impone: y sobre todas las felicidades terrestres está la de sentir que el Creador nos ha dado un alma, que hemos preservado de toda mancha, y que no la hemos degradado hasta hacerla cómplice de ninguna culpa. Hay la ventaja, al colocarse en una posicion segura, respetada y bendecida por sus padres, de no verse jamás rodeada de lisonjeros interesados, sino de amigos verdaderos que nos dan esa profunda y envidiable estimacion, basada en nuestro valor moral: hija mia, obedeciendo á tu ciega pasion por ese hombre que no te merece, satisfarás á tu imaginacion; y no hablo de tu corazon, porque le conozco demasiado para ignorar que toma poca parte en tu alucinamiento; pero obedeciendo á los deseos de tu padre y á los ruegos de tu madre, satisfarás á tu conciencia, y estarás contenta de tí misma, que es la mayor de las dichas de este mundo.

Y ahora, añadió la tierna madre alzando la cabeza de su hija, y mirándola á los ojos, que ya no lloraban, ahora, oye el último de mis argumentos: si os veo desunidos á tu padre y á tí, si te veo arrojada de este techo que abrigó

tu cuna, el dolor me matará; aún no han descubierto ni los fisiólogos ni los médicos, hija mia, cómo un pensamiento amargo puede convertirse en un veneno activo y destruir uno por uno todos los principios de la vida; más yo seré una nueva prueba de que sucede así, y no sobreviviré á tu pérdida moral...

Una puerta se abrió bruscamente á nuestra espalda, y una voz severa exclamó al ver el dulce abrazo que unia á la hija con su madre.

—¡Otra vez los mimos! ¡Tú alientas, desde que ha nacido, todas las rebeldías de tu hija!

—¡Defiéndeme! dijo la madre mirando á su hija con ternura.

—Padre, respondió la jóven alzando su peregrina cabeza y fijando en el severo semblante de aquel una mirada dulce: los *mimos* de mi madre han conseguido lo que jamás hubiera logrado tu dureza: que te sacrifique todas las ilusiones de mi primer amor. Si todas las madres mimasen con inteligencia, todas las hijas serian tiernas y sumisas.

LAS FUNDADORAS DE LA NOVELA EN HOLANDA.

I

Dícese, y acaso con alguna razon, que la amistad es más verdadera y más grande en el sexo fuerte que en el débil; que dos mujeres no pueden ser amigas por largo tiempo, y que se oponen á esto el amor propio, la envidia, la exagerada susceptibilidad, es decir, todos los defectos con que la opinion pública abruma á la pobre entidad femenina.

Hay, sin embargo, un bello ejemplo de constancia en la amistad, de afecto desinteresado y puro que aducir para defender á nuestro sexo de estas acusaciones; ejemplo que prueba que la bondad, la tolerancia y la generosidad son los apoyos más firmes y más sólidos de la amistad, y que algunas veces son tambien patrimonio de la mujer.

Hácia el año de 1177 vivia en Flesinga, una de las más bonitas ciudades de la Holanda, una jóven dotada de una linda figura y de

una conversacion encantadora; su nombre era Isabel Wolf, y aunque solo contaba veintiseis años, hacia ya dos que era viuda.

Su marido, sabio naturalista, le habia dejado una renta muy pequeña, é Isabel hacia flores artificiales para proporcionarse algunos recursos; vivia sola con una anciana criada, y habia conservado un tierno afecto de la niñez; una de sus compañeras de colegio, Agata Deken, la queria como una hermana; estaba casada esta señora con un jóven médico, y aunque su situacion no era brillante, hallaba siempre medio de ayudar á Isabel, con esa delicadeza y ternura propia de las almas nobles.

Ya le enviaba un ramo de flores que alegrase el modesto gabinete de Isabel; ya un libro amigo de esos que, hablando al alma, no cansan jamás; ya una bandeja de frutas exquisitas; ya, en fin, iba á hacerle algunas horas de compañía, ó la llamaba para que acompañase á la mesa á ella y á su esposo.

Isabel pagaba este dulce afecto con inmensa gratitud y ternura; siempre que Agata le demostraba con algun presente su cariño, Isabel le daba gracias con unos versos bellos y sentidos. Porque Isabel era una inspirada poetisa, y consagraba algunos ratos de soledad al cultivo del arte.

Las instancias de Agata Deken y de su marido la decidieron á escribir un libro bellísimo, y cuya fama será inmortal: es una coleccion de elegías, titulada: *Lamentos de Jacobo sobre la tumba de Raquel.*

Este libro se lo compró un editor por muy poco precio, y obtuvo éxito extraordinario.

Dos años despues escribió otro libro no ménos bello: coleccionó todos los *Cantos populares* de la Holanda, y les adicionó algunos nuevos; esta coleccion formó tres tomos en 8.°

El dia en que Isabel Wolf terminó esta obra, fué á comer á casa de los esposos Deken, para celebrar la conclusion de su bello trabajo. Agata tenia dos hijas, dos bellas niñas, á las que Isabel amaba como si fueran suyas, y á las que habia enseñado todo lo que sabia.

—Tambien mamá ha escrito un libro—dijo Elena, que era la mayor;—ya nos ha leido algunos capítulos de él, ¡y nos han gustado tanto!

—Se llama el libro de mamá *Historia de Guillermo Lewend*—añadió Sidonia, la menor de las niñas.

—Sí—dijo el doctor con satisfaccion;—sí, querida Isabel; mi mujer ha escrito la primera novela, propiamente dicha, que se ha compuesto en holandés, puesto que hasta ahora solo se ha-

bian impreso narraciones sencillas, y artículos sueltos y sin importancia.

—Y ahora que tambien en esto nos parecemos, querida Isabel, es preciso que vivamos juntas y que nos consultemos nuestros trabajos literarios.

II

Isabel Wolf comprendió toda la ingeniosa delicadeza de este pretesto, empleado por su amiga para hacerle aceptar una hospitalidad generosa; pero conociendo que cada familia necesita su independencia, se excusó con Agata, y siguió en su casita viviendo modestamente de sus flores y de su corta pension.

Era el alma de aquella jóven de esas que no saben ni pueden amar dos veces: muerto su esposo, solo la amistad llenaba su corazon, y solo se ocupaba de Agata y de su familia.

Por mucha que fuese su vocacion literaria, el tiempo le faltaba y se resignó al trabajo material, con el cual subvenia más fácilmente á sus diarias necesidades: solo dedicaba á escribir un rato de la velada, pues el escribir un libro significaba la pérdida de muchas horas.

Un acontecimiento inesperado y muy triste vino á cambiar la situacion de las dos amigas: el doctor Deken murió, y su viuda suplicó á Isabel que, deponiendo todos sus escrúpulos, fuese á vivir con ella y á acompañarla en su dolor.

Isabel no supo ya excusarse: no era el egoismo ni el deseo de descanso lo que la llevaba al lado de su amiga: era su anhelo de serle útil, de consolarla, de ayudarla en la educacion de sus hijas, y de servir á éstas de preceptora en todo aquello que su instruccion, bastante vasta, permitiese; aceptó, pues, la hospitalidad de Agata, y una y otra tuvieron mil motivos de felicitarse.

En las grandes crísis de la vida, no son los consuelos vulgares, ni la compañía de los indiferentes lo que nos alivia: solo un afecto sincero y profundo, llena el vacío abierto por la muerte y por el dolor. Isabel consoló á su amiga y la inspiró el gusto de vivir, y Agata la obligó á que dejase sus labores manuales, y que dividiese el tiempo, de la misma manera que ella lo hacia, entre la educacion de Elena y de Sidonia y la literatura.

Dos años despues, Isabel y Agata dieron al público, suscrita por las dos, la continuacion de *Guillermo Lewend*, titulada *Cartas de Abraham*

Blan Kaart á Cornelia Wildschut: esta obra fué acogida con extraordinario aplauso, y se la mira como modelo de belleza literaria.

Siguió á esta novela otra titulada *Historia de Sara Burgerhart*, que afianzó la reputacion literaria de las dos amigas: vense unidos en ella un profundo conocimiento del corazon humano y una moral purísima á un estilo el más cautivador y gracioso: á estas novelas siguieron otras varias, trabajando juntas por espacio de algunos años ambas novelistas.

Elena, la mayor de las señoritas Deken, se casó muy jóven, y su madre determinó hacer un viaje á Borgoña acompañada de su amiga Isabel y de su hija menor Sidonia; este viaje dió orígen á un nuevo libro, escrito en verso, y que se titula *Viaje á Borgoña*, obra preciosa y que se lee siempre con nuevo placer.

El brillante éxito de estas obras, y sobre todo su novedad, pues ya hemos dicho que son las primeras novelas publicadas en Holanda, pudiera hacer creer que sus autoras disfrutaban de una regular fortuna; y, sin embargo, no era así. Apenas lograron una pobre medianía.

III

Las artes, las ciencias y sobre todo las bellas letras, son más estimadas en Holanda por el honor que proporcionan que por las ventajas pecuniarias que procuran; el holandés, aunque es un idioma regular y elegante, no se conoce más que en aquel pequeño rincon de Europa; así, de las obras de Isabel Wolf y de Agata Deken se han hecho solo tres ó cuatro cortas ediciones, y estas dos distinguidas señoras se vieron reducidas á vivir de traducciones algunos años de su vida; solo pueden comprender lo enojoso de este trabajo aquellas personas dotadas de un génio creador; pero casada ya Sidonia, se consolaban con su mútua afeccion, y vivieron tranquilas y sin que su amistad se enfriase jamás en lo más mínimo.

El 5 de Noviembre de 1804 murió Isabel, y Agata la siguió al sepulcro nueve dias despues, dándole así la última prueba de su tierno afecto.

Algun tiempo despues, la Sociedad de Ciencias y Artes de Amsterdam, queriendo tributar un público homenaje á la virtud y talento de

las dos amigas, honró su memoria con unos magníficos funerales, á los cuales asistieron cuantas personas distinguidas residian en aquella gran ciudad.

Tal es el elocuente ejemplo que desmiente el aserto de que entre dos mujeres no es posible la amistad.

Cuando hay sensibilidad en el corazon y benevolencia en el alma, la amistad nace como flor delicada, crece como lozano arbusto y llega á ser árbol robusto, cuyas raíces hondas y profundas solo arranca la mano de la muerte.

Mas para alcanzar este resultado, es necesaria gran dósis de abnegacion, es necesario dar mucho cariño é interés, y exigir poco en cambio; porque si nos empeñamos en disfrutar de todas las dulzuras del trato sin sufrir ninguna de sus molestias; si queremos ante todo nuestro bien, sin pensar en el ajeno, ni la amistad ni el amor nos acompañarán en el largo y fatigoso camino de la vida.

BIBLIOTECA PÚBLICA

LOS BUENOS Y LOS MALOS.

I

Ayer bajaba yo por la bella y anchurosa calle de Alcalá á eso de las cuatro de la tarde, y entre la mucha gente que cruzaba por la acera, ví á uno de mis amigos que subia en direccion opuesta á la mia, acompañado de un indivíduo que le hablaba con gran calor y animacion.

Mi amigo es uno de los hombres más distinguidos y elegantes que conozco, y la persona que le acompañaba diferia en su aspecto de tal suerte, que me quedé mirándoles.

Era un hombre jóven aún, pues no pasaria de treinta años, flaco, pálido, y de tan dura y contraida fisonomía, que inspiraba un involuntario sentimiento de repulsion: su trage estaba viejo, grasiento y roto; su sombrero abollado por todas partes.

Me pareció que habia disgustado á mi amigo el que le viese yo en semejante compa-

ñía, y no habia andado muchos pasos, cuando oí unos detrás de mí que me parecieron los suyos.

En efecto, tardó muy poco en hallarse á mi lado, y me dijo con acento contrariado:

—¡Qué mal concepto habrá Vd. formado de mí! ¡En qué compañía me ha visto! Es un perdido, que así que me vé, me asedia y me persigue.

—¿Y qué quiere?

—Dinero, destino y fastidiarme con la relacion de sus desventuras, que yo hago por no oir.

—¡Pobre hombre!

—¡Y tan pobre! Es además un canalla: embustero, petardista, holgazan...

—Y será cada dia peor,—repuse yo pensativa y con acento en que debió revelarse la tristeza que sentia;—si todos le tratan como Vd., si nadie le compadece ni le ayuda, ni le oye siquiera, llegará á ser una fiera en guerra con la sociedad.

—Es insoportable, y está caido por completo.

—Y por eso mismo nadie le ayuda á que se levante. ¡Qué crueldad y qué injusticia! ¿Es posible que nadie recuerde el precepto del Divino Maestro?

—¿Qué precepto?—preguntó riéndose mi interlocutor.

—El más sublime, el que dice: *Amaos los unos á los otros.*

II

No pudo contestar mi amigo, porque una señora de edad avanzada que venia en sentido inverso que nosotros, nos detuvo, por ser amiga de los dos: en tanto que nos saludábamos, pasó delante, y por la misma acera, el desgraciado, el pária que ni aun podia ya lograr que oyesen la relacion de sus desdichas.

Nos dirigió una mirada rápida y azorada, y un rubor fugitivo, pero que debió ser muy doloroso, coloreó, al echar la mano á su sombrero, sus flacas mejillas.

Pero con gran sorpresa mia, la anciana señora que hablaba con nosotros se separó del grupo que formábamos, y fué á encontrarle, tocándole en el brazo y deteniéndose con él á algunos pasos de distancia; observé que le hablaba con interés y afecto, y la ví llevar la mano al bolsillo, que retiró al instante como arrepentida, y sin sacar nada; ante aquel movimiento

me pareció que un ligero temblor se apoderaba del pobre jóven, y cuando retiró la mano del bolsillo la señora, me pareció tambien que su pecho se dilataba con un profundo suspiro de descanso.

La anciana le estrechó cariñosamente la mano y se volvió con nosotros, en tanto que él se alejaba.

—¿No le ha pedido á Vd. dinero?—preguntó sardónicamente mi amigo.

—No, señor,—contestó gravemente la anciana—ni yo me he atrevido á ofrecérsele, aunque lo deseaba.

Nuestro amigo soltó una carcajada.

—No se ria Vd. de la desgracia—dijo nuestra amiga;—ese hombre ha caido, pero no es un malvado, sino un sér sin ventura que llegará á serlo, si Dios no lo remedia. Su madre abandonó á su marido y á sus hijos; su padre le trató con rigor, y en memoria de su madre le detestaba; su infancia se pasó sin el calor de ningun afecto; fué una infancia muy solitaria, muy abandonada, muy triste! ¡Los niños que crecen así, sin madre, sin las santas ternuras de la familia, son más tarde malvados, sin corazon y sin fé!

III

Tal era el calor con que hablaba la anciana señora y tan alta opinion tiene entre las gentes de virtud y nobleza de corazon, que ninguno de los dos oyentes rompimos el silencio que siguió á sus palabras.

Por fin el acusador del pobre hombre, objeto de la conversacion, se atrevió á decir:

—¿Y por qué no trabaja?

—¡Trabajar!—repitió tristemente la señora,—¿y en qué y cómo? ¿Qué sabe hacer ni quién le ocuparia? ¡El trabajar es para los buenos, es decir, para los felices, porque felicidad y virtud son la misma cosa! Todo hombre laborioso, dotado de abnegacion y de nobleza de alma, ha tenido madre que le ame, padre que le proteja, hermanos que han sido los primeros amigos de su vida. ¡Feliz el hombre que puede trabajar, creer, amar, esperar algo de la vida! ¡Feliz el que ve á la humanidad de otra manera que como una cohorte de enemigos, á la que es preciso explotar y exterminar! ¡Así la mira ese desdichado, á quien conocí bueno, y por lo mismo dichoso, cuando era niño! Su madre está en mi casa, anciana, arrepentida y enferma; mañana, cuando vaya á verme, porque

yo se lo he rogado, le llevaré junto al lecho de su madre, á la que perdonará su abandono, y su madre le bendecirá. Despues que caiga sobre su frente ese rocío bienechor, ya se le podrá pedir que trabaje.

—¿De modo que Vd. piensa sacar á ese hombre del cieno en que se halla?—preguntó el censor del pobre desheredado.

—¿Pues quién lo duda?—exclamó la noble señora con generoso entusiasmo—¿hay alguna criatura humana para la que sea imposible la rehabilitacion? ¿Hay algun malo que no pueda hacerse bueno? Más fácil es que los buenos se hagan malos por un desengaño ó una traicion, que el que los malos dejen de hacerse buenos en cuanto se ven queridos, por poco que sea, en cuanto sale á su encuentro algun interés. ¡En vez de la ley brutal del egoismo, obedezcamos todos á la ley sublime del amor, de la caridad, y entonces habrá muy pocos malos, y será por lo mismo, mucho mayor el número de los buenos!

Nuestro amigo, muy poco convencido, nos dejó; pero yo acompañé á mi anciana amiga, y al despedirme de ella le estreché la mano en accion de gracias por la leccion de caridad que me habia dado.

AMOR IDEAL.

I

Entre los ocho hijos que de su matrimonio tuvieron el Rey de España D. Felipe III y su esposa Doña Margarita de Austria, sobresalia en gracias y belleza su hija Ana Mauricia, que copiaba desde muy temprano la hermosura y las perfecciones de su madre.

Luminosa figura de la historia es aquella jóven y graciosa Archiduquesa que vino á sentarse en el trono de España, del que le arrancó la ruda mano de la muerte á la edad de veintisiete años y al dar la vida á su último hijo D. Alfonso, llamado *El Caro* por esta causa. Cuando le dieron la noticia de que Felipe II la habia elegido para esposa de su hijo, se hallaba en un hospital haciendo la cama á los pobres enfermos.

Ana, criada con ternura, era una amable niña, dócil y paciente; pero la altivez de la casa de Austria se reflejaba en su carácter, y

era más fácil para ella morir, que quejarse de cualquiera desacato, contentándose con sufrir en silencio lo que le era imposible evitar ó castigar.

Quince años habia cumplido cuando unió su suerte á la del Rey de Francia, Luis XIII; celebróse su matrimonio en Búrgos el 18 de Octubre de 1615, habiendo renunciado el 16 del mismo mes, y en la propia ciudad, sus derechos á la sucesion al trono español, por ella misma y por los hijos que pudiera tener en su enlace con el Rey de Francia.

II

Contaba Luis XIII la misma edad que su esposa, y las gracias de su persona, así como la afabilidad de sus modales, cautivaron á la jóven Princesa; pero no habian pasado quince dias, cuando comprendió aquella que el jóven soberano estaba dominado completamente por su madre y por el Cardenal Richelieu, que gobernaba al reino y al monarca, con su carácter ambicioso y altivo; triste, muy triste fué la juventud de Ana de Austria; el Cardenal, temiendo el ascendiente de sus gracias en el áni-

mo de su esposo, formó decidido empeño en separarle de ella, dejando entender al Rey insinuaciones pérfidas acerca del carácter de su esposa, y asegurándole que se habia casado sin amor con él, y solo por obedecer al mandato del Rey de España, su padre.

María de Médicis complicaba aún la situacion; el pensamiento dominante de la madre de Luis XIII era gobernar sola, y el elevado talento de Ana penetraba demasiado todas las intrigas y manejos de la corte; la Reina, aun sin quererlo, iluminaba á su esposo acerca de muchos puntos que para él hubieran quedado oscuros, y todos, de comun acuerdo, temian su perspicacia y su influencia.

En medio de tantos sinsabores, de tantas contrariedades, aun se hubiera tenido por dichosa la jóven Reina de Francia, si hubiera alcanzado la dicha de ser madre; pero durante veintitres años su seno permaneció estéril, y durante tan largo espacio de tiempo, la frialdad del Rey creció y llegó al grado más alto y más cruel.

III

Veintidos años contaba Ana de Austria cuando llegó á París Jorge Williers, Duque de Buchkinggam, nombrado embajador de Inglaterra en Francia.

Pronto fué éste el favorito del monarca, y el más rico, arrogante y fastuoso caballero de la corte. Nombrado Duque y Par, el Rey Jacobo le nombró tambien embajador en Francia, como la persona más propia para representar á la entonces poderosa Inglaterra.

Al ver á la Reina, el Duque perdió el color, y una luz repentina le hizo comprender que su vida y su pensamiento se habian fijado para siempre; él, tan desdeñoso para todas las beldades del Reino-Unido; él, que tantas pasiones habia despertado sin corresponder á ninguna; él, dotado de tan esquisito gusto, quedó arrobado ante la hermosura, ante la gracia de aquella Princesa española, que, aunque sentada en un trono, no tenia ninguna atribucion de Reina, y cuyo semblante, que ostentaba la blancura mate de la azucena, decia ya claro que existia la cruel enfermedad que al fin la llevó al sepulcro.

Ana de Austria tenia el cabello castaño dorado, la boca adorablemente bonita, los ojos rasgados y de un matiz entre gris y verde; su estatura esbelta y elegante, y el buen gusto de su atavío, realzaban su natural belleza, y sus manos y brazos ostentaban la perfeccion más esquisita.

Jorge Buckingham contaba 33 años de edad; era de elevada y gallarda estatura, y el óvalo hermoso y varonil de su rostro estaba alumbrado por dos hermosos ojos negros; su cabello, que caia hecho rizos sobre su ancho cuello de encaje, era negro tambien.

Su magnificencia se habia hecho proverbial en toda Europa: en aquellos tiempos en que la pedrería tenia tanto sitio en los trajes de los hombres, el suyo deslumbraba de riqueza.

El corazon de Ana, que se helaba falto de toda afeccion, pareció hallar nueva vida al contacto de aquel otro corazon ardiente y apasionado: la primera vez que, paseándose por un salon en una noche de fiesta en palacio, le dijo el Duque que la amaba, la Reina contestó bajando los ojos:

—Vos no me sois indiferente tampoco, señor embajador, pero solo os corresponderé á condicion de que este amor sea completamente puro: amémonos con el alma.

El Duque llevaba al cuello una cadena de oro de diez vueltas; se la quitó, se acercó al balcon, y la lanzó á la calle á gran distancia en la oscuridad de la noche.

—¿Qué haceis?—preguntó asombrada la Reina.

—Quiero—contestó el embajador—que ya que soy tan dichoso, lo sea tambien algun otro: ese collar es un poco de felicidad que arrojo para algun desgraciado, y que le cedo de la que inunda mi alma.

El amor de Jorge Buckingham á la Reina de Francia, duró tanto como su vida; la pureza de aquel noble lazo fué completa; pero ni uno ni otro dieron cabida á ningun otro devaneo; y cuando al marchar al sitio de la Rochela un puñal cortó el hilo de su vida, el caballero inglés, al caer mortalmente herido, pronunció dos nombres, en los que salió envuelto su último suspiro: estos dos nombres eran el de Dios, y el de la Reina Ana de Austria.

UNA MUJER SUPERIOR.

En el año 1859 vivia en París una dama extranjera, que, segun decian, era rusa de nacion: habitaba en la calle de Santo Domingo y en el número 17 una casa modesta y alegre, en la cual, desde que se entraba, se sentia ya una especie de dulce y profundo bienestar.

No era una jóven la que vivia allí; era una anciana que habia cumplido 76 años; y, sin embargo, el ser admitido en su salon era el sueño dorado de todos los espíritus ilustres; algunos cuadros de grandes maestros; bronces y porcelanas traidas de Moscow y de San Petersburgo, y las más bellas flores en todas las estaciones, decoraban aquel salon, fresco en el estío y tibio en el invierno.

Allí vivia, allí reinaba modesta y atenta solo á cuidar de su alma y á embellecer la existencia de los demás, aquella mujer, rodeada hasta un grado supremo de respeto y deferencias.

Para atraer á ella los espíritus nobles, poseia atractivos ideales: la fidelidad, las creencias puras é inalterables, el encanto increible é irresistible de la benevolencia de un trato seductor, de una inteligencia exenta de envidia, y hábil para alentar, para consolar, para aconsejar y para salvar.

Habia en torno de esta mujer excelente una calma, un buen sentido, una gracia inefables: era á la vez sencilla y erudita; era cristiana y en extremo indulgente: juzgaba con graciosa viveza todas las cosas de la imaginacion; amaba todas las ideas antiguas y aplaudia las modernas; leia como un filósofo, y escribia como un poeta.

A su entusiasmo se mezclaba el más excelente buen sentido, y su bondad á cierta suave altivez; era amable como una gran dama, y poseia energía para preveerlo todo: habia nacido en las esferas más elevadas del gran mundo, y fué educada bajo la proteccion dichosa y clemente de una gran Emperatriz, que miraba esta jóven virtud como uno de los ornamentos de su corte.

Aún en la flor de su juventud, habia visto las glorias y las desgracias de la Rusia: oyó sin terror los ruidos siniestros que llegaban de Francia, y habia contemplado llena de orgullo

las victorias del Emperador Alejandro, que dueño de París, habia sabido seguir siendo el dueño de su alma.

De tantas grandezas como habia visto el fin terrible ó el principio glorioso, esta dama habia guardado un profundo y sereno recuerdo, y por eso sus menores palabras tenian una grande autoridad, como tenian un gran encanto; á su derredor se oia sin pena y sin asombro un eco de grandes acciones, de nobles palabras y de ideas poéticas.

—¿Para qué serviria vivir—decia—si solo escuchásemos el eco de nuestra propia voz?

Así toda su vida escuchó reservada y prudente las quejas, los dolores, las cóleras que se agitaban al derredor de su persona, y cada palabra honrada y sincera hallaba en este alma abierta á todas las impresiones, una esperanza, un consuelo, un consejo, en fin una respuesta á las preguntas mudas de su dolor.

Cuanto más temor le infundia la pregunta, daba con más amor la respuesta: contestaba bien y escuchaba mejor: su consejo era sencillo y claro, antes de llegar á la elocuencia de las consideraciones: ansiaba ser útil antes que severa, y aun antes que agradar.

Este bello y poético sér, esta mujer que en la ancianidad cautivaba poderosamente todas

las voluntades y todos los corazones, se llamaba Sofía Soymanoff, y habia nacido en San Petersburgo, siendo su padre gobernador militar de aquella ciudad; contaba 11 años cuando la emperatriz Catalina espiró atacada de apoplegía fulminante, dejando el Trono á su terrible hijo Pablo I, al fatídico soberano que, parecido á los fantasmas de las leyendas, pasa y se pierde en una sombra sangrienta.

Pero habia al lado de este fantasma una Princesa bella y pura, María de Wurtemberg, excelente entre las Reinas y entre las madres: lo fué tambien para Sofía Soymanoff, la colocó en el número de sus señoritas de honor, y educó aquella jóven alma á su sombra augusta y serena: enseñóle, sobre todo, la paciencia y la resignacion, cómo se sufre con valor, y cómo, si es preciso, se cae con honor.

La época no podia ser mejor escogida para quien quisiera aprovechar el espectáculo grave de la Europa inquieta y de la Francia desesperada. Todo lo que el París de Voltaire y de Diderot, todo lo que el Versalles de Luis XV y de Luis XVI habian salvado del naufragio universal de fuerza y de inteligencia, todo aquel resto de grandes nombres, de grandes talentos, de gran valor, que huian del cadalso y del asesinato, se refugiaron en Lóndres

y en San Petersburgo, pero sobre todo en esta última ciudad.

Puede suponerse si todas estas tradiciones, estas elegancias, estos grandes nombres de la más antigua nobleza de Europa, que se estrechaba en los salones de San Petersburgo, llevarian grandes lecciones y sábias enseñanzas á los jóvenes espíritus de la Rusia. De repente las niñas de 14 y 15 años, y esta era entonces la edad de Sofía, vieron llegar á los Príncipes franceses, y en seguida á los Richelieu, los Chatillon, el Conde de la Ferte, el Marqués de Blacas y tantos y tantos otros.

Sofía Soymanoff hubiera podido elegir entre todos los ilustres desterrados; pero obedeció á su padre, y se casó con Mr. Swetchine, oficial general del Emperador de Rusia; durante algunos años fué el encanto de la corte, y su buen sentido y su tierna amistad tranquilizaron y calmaron al Emperador Alejandro, subyugado por la visionaria Mad. Krudmer, deslumbrado por tanta miseria y tanta gloria á la vez.

Llegaba al otoño de la vida, cuando su marido pasó á otra mejor, siendo, como lo habia sido siempre, el más ferviente de sus admiradores; Sofía le lloró larga y sinceramente, y de su dolor mismo brotó la fé católica, que abrazó,

marchando en seguida á residir á París, con solo una pension de viudedad.

Su vida se pasó entre la amistad y la oracion; obtuvo del Arzobispo de París el permiso de tener un oratorio en su habitacion, y aunque muy modesto, habia hecho de este santuario íntimo, un lugar lleno de elegancia. Empleó en él los más hermosos mármoles de su Pátria y los metales más preciosos; sus joyas fueron empleadas en adornar el altar; la cifra de diamantes que habia llevado como señorita de honor de la Emperatriz María, adornaba el zócalo de una estátua de plata de la Vírgen.

La muerte vino á sorprenderla en medio de su apacible vida.

Sus mejores amigos eran el Conde Javier de Maistre y Mr. de Falloux, y estos dos hombres ilustres fueron los depositarios de sus últimas voluntades. Dejó dispuesto que se la tuviese depositada dos dias en su oratorio, y despues que se la condujese al cementerio Montmartre, y que se la enterrase al lado de su marido, cuyo cadáver habia hecho conducir allí.

El P. Lacordaire, que la amaba como á una madre, la dedicó la vida de Santo Domingo, toda escrita de su mano; oyendo leer las últimas páginas de este libro admirable, entró en la agonía.

—Leedme, dijo á Mr. de Falloux, leedme la carta de la primera página.

Al terminar la lectura, aquel elevado espíritu voló al seno de su Creador, y Europa perdió una de las mujeres más eminentes que nuestro siglo ha conocido.

ORÍGEN DE LAS BUGÍAS.

I

Tal vez, mis jóvenes lectoras, ignorais el orígen de las blancas bugías que se colocan en vuestro piano y en vuestro tocador, que alumbran vuestros salones las noches de recepcion de vuestra madre, y que encerradas en un globo de cristal ó de alabastro, aclaran la oscuridad de vuestro dormitorio, convirtiéndole en una dulce media tinta.

Voy á deciros, pues, de dónde proceden esas bugías, testigos de vuestros triunfos, y que así alumbran los salones de las fiestas, como las solemnidades religiosas en el templo, el túmulo que recuerda que la persona que amábamos pasó á mejor vida, y la losa funeral que guarda sus restos queridos.

El uso de la cera para iluminar el interior de las casas es muy antiguo en la India y en diversas partes del Asia. El blanqueo de la cera se conoce en la China desde tiempo inmemo-

rial, y los cirios se usaban particularmente en las fiestas y solemnidades religiosas.

Puede decirse que China es la cuna de la cera; ya no se gasta ésta pura en ninguna parte del globo, y sabido es que las bugías más blancas y más bellas llevan de cera muy pequeña parte; pero en China, en la capital sobre todo, la cera es el alumbrado por excelencia: en el palacio imperial solo hay bugías de cera en las grandes solemnidades: y el actual Emperador y su jóven esposa, amantes de la civilizacion más que ninguno de sus predecesores, tienen alumbrada la cámara conyugal y la particular de cada uno, con bugías de cera rosada y perfumada.

Sabido es que las damas japonesas llaman mucho la atencion en París por su aspecto culto y elegante, hasta el punto de quedarse los paseantes de la actual Exposicion contemplándolas con mudo asombro: visten de blanco y llevan zapatitos preciosos, velos ligeros de tul ó sombreros de paja de forma de campana, aprovechando el favor que la moda concede á la forma china.

Pues bien: estas damas, de la primera distincion en su país, rehusan en los magníficos hoteles que ocupan todo otro alumbrado que el de las bugías de cera, de las que hacen gran consumo por la profusion que exigen.

II

La presencia de la luz se consideraba como un símbolo en ciertos oficios de los cristianos orientales. Las velas encendidas en los altares, durante la celebracion de los santos misterios, indicaban que Jesucristo es la verdadera luz que ilumina las almas y guia á las humanas generaciones.

En los tiempos de persecucion, cuando los Emperadores romanos perseguian cruelmente á los siervos del verdadero Dios, la luz de la cera que iluminaba los subterráneos, los lugares oscuros donde se reunian para orar, y despues esta misma luz, á un tiempo melancólica y majestuosa, se empleó por los mismos cristianos para alumbrar las basílicas donde penetraban dificilmente los resplandores del dia.

El uso de las velas, considerado antiguamente en Francia como un lujo extraordinario, fué introducido en Europa por los venecianos, que lo importaron de Oriente en el año 700. Entonces, y durante muchos años, solo se usaba para las personas reales y los primeros magnates, y el precio de la cera era exorbitante, é inac-

cesible por consecuencia para quien no tuviese gran fortuna.

Entonces se discurrió el mezclar sebo á la cera, á fin de hacer las velas ó bugías accesibles á las personas de modestos haberes: más el trabajado, la elaboracion era tan mala, que sobre lucir muy mal las bugías, daban un humo insoportable.

Inés de Meranie, la segunda y desgraciada esposa de Felipe Augusto, aquella Reina de Francia que murió de tristeza entre los muros de un convento, aquella hermosa jóven enamorada de todo lo grande y bello, preferia la luz de las bugías á todas las demás. Y Felipe Augusto, que la adoraba y que arrostró por ella la excomunion del Papa, dio un edicto prohibiendo que se mezclase sebo á la cera, y ordenando que las velas se fabricasen *de cera pura* para que la Reina pudiera tener en sus habitaciones tanto número como quisiera.

Inés, durante su breve reinado, usó siempre en sus habitaciones y en las de los Príncipes sus hijos, niños de tierna edad, únicamente luz de bugías de cera; y durante mucho tiempo las Reinas de Francia, en las seis primeras semanas de su viudez, solo pedian alumbrarse con velas de cera.

III

El modo de hilar la bugía se conoció en 1367. Pero cuando el Rey Juan fué hecho prisionero en la batalla de Poitiers, el 19 de Setiembre de 1356, ya el preboste de los mercaderes de París ofreció á la Vírgen, por la libertacion de este Príncipe, un cirio cuya longitud era igual á la circunferencia de las murallas de la capital.

En 1660 se generalizó el uso de las bugías: en todas las casas opulentas de Europa, y sobre todo de Italia, se alumbraban con cera, y el uso de este alumbrado tomó un rápido desarrollo: las iglesias fueron alumbradas *á giorno* por miles de cirios y de velas: los altares estaban bañados de luz, y las arañas y candelabros, cuya invencion data de entonces, esparcian, suspendidos de las bóvedas, torrentes de resplandores.

Los espectáculos mundanos se apoderaron de este género de alumbrado; los teatros le adoptaron con profusion, retirando los humosos quinqués de aceite. Se distribuyeron por la escena, los palcos y el techo candelabros cargados de bugías, y se adoptó este magnífico alum-

brado, el más espléndido que hasta entonces se habia conocido.

Las más hermosas ceras, y las que se vuelven más blancas que todas las demás, son las de Esmirna y Trieste: siguen en buena calidad y pureza las de Constantinopla, Córcega, Odessa y Burdeos, y despues de éstas, producen grandes cantidades, Sologne, Normandía, Bretaña, Saintonge y Beauce.

El blanqueo de la cera amarilla se obtiene haciéndola derretir con cremor tártaro, y exponiéndola despues á una luz fuerte; operacion que produce lo que se llama cera vírgen.

El blanqueo de la cera es en Francia objeto de un comercio considerable, que se halla casi localizado en Tours, Maux, Orleans y París.

En París solo se consumen en velas y cirios más de 250.000 kilógramos de cera blanca por año; pero hay que advertir que en las bugías vendidas á bajo precio, la cera entra solo como uno de los elementos de elaboracion.

Yo he querido en esta breve reseña haceros saber, lectoras mias, el orígen de esa luz que amais casi tanto como la del dia, puesto que alumbra los salones, donde hace brillar vuestra belleza y vuestra elegancia.

LA FALTA DE AFICIONES.

Lo preciso, lo indispensable es amar; no importa qué, no importa á quién; amad, y estais salvados.

Dumas hijo.

I

Como en un árido pantano mueren todas las flores, así en el alma humana perecen á veces todos los amores, agostados por el soplo del dolor, de la desgracia ó del hastío.

Un terrible desengaño, la saciedad de los goces materiales, y tambien un enfriamiento moral de que á veces es imposible defenderse, llevan á la triste indiferencia, que es para el alma como una muerte anticipada.

Cuanto más fuertes son los sentimientos, son generalmente más delicados, más susceptibles: y aunque algunas veces no muere de repente, se van sin embargo debilitando ó extinguiendo, como luz que se deja abandonada y sin cuidado alguno.

Nada conozco más triste y más terrible que

la devastacion progresiva de un alma que fué apasionada, y que se convierte poco á poco en erial donde todas las flores han muerto. Más le valiera á cualquiera hallar en los brazos de la muerte el reposo y el olvido, que irse convirtiendo lentamente en un cadáver moral!

¡Pero ay! ¡que á veces es mucho más fácil morir, que llevar el peso de la vida! ¡morir es un instante, es el descanso; es abandonar cuanto nos hace daño; es dejar una carga superior á nuestras fuerzas! ¡Vivir es el contínuo sacrificio, la violencia perpétua, los cuidados, las noches de insomnio, el dolor y á veces la desesperacion!

Por eso el morir es una cobardía: es desertar en la batalla, es volver la espalda al enemigo, es renegar de su destino, y abandonar la recompensa de todas las fatigas y el premio de los sacrificios.

Dios no da nunca el dolor por encima de nuestras fuerzas: mide el uno con las otras, y si nos prueba, no nos abandona, dándonos como amparo, y enseña á la vez, la luz de la fé.

II

Pero si dignas de simpatía y de interés son esas almas ardientes, donde la borrasca de las

pasiones ha causado destrozos terribles, no puedo explicar cuán repulsivas me son esas otras, egoistas y heladas, que por nada se interesan, y que viven sin ideal ninguno en la vida.

Encerradas en un tranquilo bienestar, nada apetecen, nada echan de ménos, con tal de que tengan aseguradas las necesidades materiales, con tal de que no les exijan pensar ó sentir.

Para esas personas, las palabras *deber*, *abnegacion*, *sacrificio*, son frases desconocidas y sin sentido ninguno; nada aman, nada sienten, en nada esperan sino en un bienestar eterno en la otra vida; más eterno, más perfecto que el que aquí experimentan, pues para ellos es imaginaria la ley de las compensaciones.

Si fuera posible envidiar á los que están sumergidos en ese marasmo moral, yo los envidiaria sin duda alguna: porque las naturalezas nerviosas, las almas apasionadas, temen, y con razon, á la intensidad del dolor, por lo mismo que se ceba en ellas bárbaramente.

¿Más cómo envidiar una carencia casi absoluta de goces y hasta de impresiones? Esa vida pálida, descolorida, helada, es la menor suma de vida que puede tener un sér inteligente, y cuya alma tiene su pátria en las moradas celestiales.

Sufrir es vivir: en la conformidad misma,

en la resignacion, hay cierto placer melancólico, que sirve al dolor como de dulce lenitivo.

¡Cómo consuelan estas palabras, expresion del abandono de la voluntad, de la humildad, del pensamiento!

—¡Haced de mí lo que querais, Dios mio!

Con fé religiosa en el alma, se desafian los más grandes dolores y se aceptan los más grandes sacrificios.

III

Conozco mujeres cuya virtud es intachable, y que son intolerantes para las demás mujeres hasta un grado increible: "yo tengo derecho á culpar las debilidades ajenas, dicen—ó si no lo dicen, lo dan á entender—porque nunca he faltado á mis deberes."

Mas he observado que estas virtudes perfectas, jamás han sido combatidas por nadie, jamás han luchado con las pasiones, pues no han despertado ninguna: y es que las almas apasionadas tienen tal poder de atraccion, como esas almas frias tienen condiciones repulsivas.

Estas virtudes son á mi parecer negativas, y no les concedo mérito ninguno: la virtud que lucha y vence, y aun la virtud que cede y se

deja dominar por un sentimiento fuerte y exclusivo, son más dignas de admiracion si alcanzan el triunfo: más acreedoras á simpatía si sucumben.

IV

Las mujeres que han llegado sin casarse y sin amar hasta la edad en que huye la juventud, se vuelven displicentes, regañonas é insoportables: diríase que corren tras un ideal que han columbrado, pero que no han podido alcanzar nunca: conozco algunas que carecen por completo de aficiones, y que pasan el dia sumergidas en un hastío amargo é insufrible para ellas y para todos los que tienen la desgracia de vivir á su lado.

A estas mujeres les están negadas todas las aficiones: no aman ni la lectura, ni las labores, ni la oracion, ni les agrada visitar á sus amigas, ni ir al campo: no saben música, ni dibujo, ni nada de lo que siendo manifestacion del arte, ocupa y embellece la vida: solo anhelan la distraccion en la vida exterior, en los goces de la vista, en los teatros, en los paseos, en las calles; y todo lo exterior es fatigoso y triste, porque

no toma en ello ninguna parte lo que es noble, grande, eterno: el sentimiento y la inteligencia.

Las personas sin aficiones, y me refiero á las mujeres, porque el hombre siempre las tiene, son insoportables: es preciso, es indispensable amar algo, apegarse á alguna cosa; la que no ama nada, la que de nada gusta, está siempre de mal humor, siempre ociosa, siempre aburrida.

Su misma familia deja de amar á una mujer displicente, que solo se halla bien en el ruido y en la contínua diversion: esta es de todo punto imposible de obtener, pues la casa es el asilo natural de la mujer, y el sitio donde mejor debe hallarse: si asi no le sucede, es bien digna de compasion.

Es mil veces preferible una persona que ame con pasion *algo*, á la que no ama nada: y toda mujer debe dejar en reserva alguna habilidad, para cuando la edad madura y la ancianidad la obliguen al casi completo retiro, y algunas veces al aislamiento, inevitable cuando la edad agobia la frente de la mujer, y cuando sus gracias están por completo oscurecidas.

Entonces las aficiones nobles é inteligentes la hacen compañía: entonces, si ha procurado conservar la sávia de su corazon, los buenos libros son su más fiel compañía, la casa de Dios

le ofrece un dulce asilo, su piano le da melodías encantadoras y llenas de recuerdos, su casa le parece un grato refugio, la caridad llena muchas horas de su vida, y respetada y amada, puede ir hácia su Dios, cuando éste la llame, adornada aun con la eterna juventud del alma!

Amemos algo, señoras mias: no desechemos las aficiones, sino por el contrario, alimentémoslas cuando son buenas, y hagámonos una vida interior, dulce y luminosa, pues de este modo nuestra dicha no dependerá de los otros, sino de nosotras mismas; y siendo felices, seremos buenas y compasivas para todos.

EL FINAL DE LUCÍA DE LAMERMOOR.

Todo el mundo admira el final de ese bellísimo drama lírico, que llamamos *Lucía;* todos los tenores le cantan con entusiasmo; todos los aficionados le eligen con preferencia; siempre es aplaudido, siempre deseamos oirle repetir; es célebre, popular, sublime, y no hay un solo organillo que no le cuente en el número de piezas de su repertorio.

Pocas personas saben las circunstancias extrañas que concurrieron en la composicion de ese inimitable quejido de dolor.

Vamos á referirlas.

Donizetti habitaba en Nápoles, en la calle Nardona, que desemboca en la gran arteria de la de Toledo.

Una noche se hallaba en un salon jugando á las cartas con Virginia Donizetti, su mujer, Persico, el barítono Cosselli y el tenor Duprez. Estos dos últimos debian crear, en el teatro de San Cárlos, los papeles de Aston y de Edgardo.

El maestro padecia entonces una de esas

jaquecas, tan frecuentes en él, que le hacian la vida insoportable. Luchaba con los primeros síntomas del mal, para que, al verlo padecer, no le obligaran á guardar cama sus amigos; pero estos conocieron en la palidez de su semblante, en la turbacion de su vista y en las faltas que cometia en el juego, que el célebre compositor era víctima de un fuerte ataque. Virginia le suplicó que se acostase. Donizetti se resistió, pero al fin cedió, subyugado por la fuerza del sufrimiento.

Habia pasado media hora. Todos le creian dormido, cuando oyeron un violento campanillazo; Virginia Donizetti acudió con presteza.

—Tráeme corriendo una luz y papel de música, pero pronto por Dios,—exclamó Donizetti.

—¡Qué locura! le respondió su mujer.—¿Vas á trabajar en ese estado? Eso seria matarte, y de ningun modo lo consentiré.

El enfermo insistió; su esposa continuaba resistiéndose, hasta que Donizetti dijo con un tono imperativo, que no daba lugar á réplica:

—Quiero una luz y papel de música. Haz lo que te mando, y déjame solo.

La pobre mujer obedeció llorando.

Pasó otra media hora y se oyó otra vez la campanilla. Entonces llamaba el maestro para

que apagasen la luz y corrieran las cortinas de la cama.

—¿Qué has escrito? preguntó Virginia con timidez.

El ária final para el tenor de *Lucía*. Mañana veremos qué tal ha salido.

La Sra. Donizetti refirió en el salon lo que habia hecho su marido.

Duprez hizo un gesto de disgusto.

—De modo,—murmuró el tenor,—que sobre mí ha descargado el mal humor de la jaqueca. ¡Tambien es desgracia la mia, que haya elegido tal momento para ocuparse de la situacion capital de la obra! Es imposible que haya salido bien.

Y luego añadió en voz alta:

—Permitid, señora, que venga mañana temprano á ver lo que me interesa casi tanto como á vuestro marido.

Volvió, en efecto, á la mañana siguiente, y al oir el trozo final se le arrasaron los ojos de lágrimas. Duprez quedó mudo, maravillado, bendiciendo quizá la jaqueca del maestro. La primera noche que cantó en el teatro el final de la *Lucía*, le ahogaba el llanto de la conmocion, y aquellas lágrimas se mezclaban tan bien con las notas musicales, que el público aplaudia con delirio.

Otro pormenor no ménos interesante todavía. Al aproximarse la Noche-Buena, va á Nápoles gran número de *zampognari* con los pastores de Calabria y de los Abruzzos, que se dirigen á la capital con su zampoña y su *chiraniella* (especie de gaita) á buscar la novena del niño Jesús. Dos de esos músicos ambulantes se pusieron á tocar junto á la casa de Donizetti.

El maestro escuchaba y parecia embebecido en aquellos extraños acordes. Sus amigos le preguntaron en tono de burla:

—¿Vais á utilizar algunos de esos cantos?

—¿Y por qué no?—respondió.—Voy á servirme de uno de ellos, y más pronto de lo que pensais.

Así lo hizo en la *stretta* memorable del duo de amor del primer acto.

Verramo á te su l'aure
y miei sospiri ardenti.

Donizetti encontró una perla en un lugar inmundo, como el gallo de la fábula; pero, más dichoso y más hábil, supo sacar provecho del hallazgo, y engarzó la joya en la corona de una reina, ó por mejor decir, en la diadema de una musa.

UNA MUJER DICHOSA.

El ser buena es una ganga;
Para ser feliz, ser buena.
EGUÍLAZ.—*(La cruz del matrimonio.)*

I

En la modesta capital de provincia donde he nacido, en Zaragoza, la noble, la leal, la siempre heróica Zaragoza, conocí, siendo niña, á una dama de peregrina belleza, y tan feliz—al parecer—que todos la envidiaban. Era rica, y su fortuna tenia una sólida base; entonces el amor al lujo no habia tomado aún las inmensas proporciones que hoy tiene, y era opulencia lo que en la actualidad se mira como medianía; y sin embargo, aun ahora podria pasar como muy rica la Condesa del Prado con lo que entonces poseia.

El Conde no llegaba á 36 años; ella no habia cumplido 28; tenian tres hijos: una niña encantadora y dos niños robustos, hermosos y llenos de promesas.

A pesar de todas estas ventajas, á pesar de saberse adorada de su esposo, opulenta, festejada—como lo es siempre la riqueza—á pesar de su elevada gerarquía social, de su belleza y de todas sus ventajas, Clara, Condesa del Prado, tenia horas en que se creia verdaderamente infeliz; el alma, como el cuerpo, tiene sus desfallecimientos, y necesita de las sacudidas del dolor para adquirir temple, fuerza y robustez: el dolor es un tónico que siempre nos conforta y nos da vigor nuevo para la batalla de la vida.

Clara era jóven, hermosa, rica, querida, y hallándose infeliz, entraba en el fondo de su pensamiento, no sabiendo qué deseaba, pero sintiendo aspiraciones hácia algo desconocido.

Una tarde que, apoyada la frente en los cristales de un balcon, esperaba que pusieran el coche para ir á paseo con sus hijos, levantó maquinalmente los ojos y vió en un cuarto de la casa de enfrente á una mujer que cosía con afan, aprovechando la escasa luz de aquella fria y nublada tarde de Diciembre.

La casa, muy pobre, constaba solo de dos pisos, pero bastante altos; la mujer que cosía llamó, sin saber por qué, la atencion de la Condesa; tenia ya 50 años y el aspecto de *solterona* impreso en toda su alta y escuálida figura; llevaba un traje de lana negra muy viejo, pero he-

cho con cierta elegancia; su aspecto, al contrario que el de casi todas las que no se han casado, era dulce, simpático, atrayente; sus cabellos, casi blancos, estaban recogidos con una negligencia de buen gusto, y un instante que alzó los ojos de la labor, vió la Condesa que eran dulces é inteligentes.

—Mamá—dijo Irene á la Condesa—¿ves esa señora? Pues es la maestra de escribir de las niñas del cuarto segundo; ¿por qué no viene á darme tambien leccion á mí? Siempre que me ve en la escalera me da un beso, y el otro dia me puso en la mano dos caramelos.

—La diremos que venga á acabarte de enseñar á leer, y á enseñaros á escribir á tus hermanos y á tí, hija mia: esa señora me agrada, y así vuestra aya tendrá algun descanso.

II

Cuatro dias despues, Doña Serafina se hallaba sentada al lado de una mesa donde Irene y sus hermanos copiaban unas magníficas muestras, escritas por la maestra con una admirable, correcta y límpida letra inglesa.

De cerca era mucho mas atrayente Doña

Serafina que de lejos: la tranquilidad y la dicha resplandecian en su frente: una melancólica pero dulce sonrisa vagaba en sus lábios, y parecia llevar su triste suerte con la más grande paciencia, y aun con la más grande satisfaccion.

—Dígame Vd., Doña Serafina—preguntó Clara con las más dulces inflexiones de su voz—¿no tiene Vd. renta ninguna para vivir?

—Ninguna, Sra. Condesa; soy soltera, y solo cuento con mi trabajo.

—¿Y se ocupa Vd. únicamente en dar lecciones?

—Coso en mi casa lo que me dan algunas familias conocidas, doy lecciones de leer y escribir á los niños, y por la noche copio documentos para las oficinas y procuradores; tambien copio música para un almacen.

—¿Y no descansa Vd. nunca?

—Nunca, Sra. Condesa.

—¿Y no se tiene Vd. por desgraciada?

—No, señora; antes me tengo por feliz, y voy á decir á Vd. el secreto de mi dicha: he vivido siempre para los demás, y nunca para mí; Sra. Condesa, el yo es el enemigo de toda felicidad; muy jóven aún, quedé sin padre y sin mas habilidad que una bonita letra; procuré utilizarla y busqué algunas lecciones que dar; mi madre, anciana y enferma, necesitaba de mí,

y esto me daba valor, enviándome Dios, como supremo consuelo, la esperanza; daba lecciones durante el dia, por la noche copiaba manuscritos; tenia además principios de dibujo: procuré perfeccionarme, y traté de hacer y copiar dibujos y cifras que se vendian bastante bien.

De repente, sin enfermedad, por la ruptura de un aneurisma, mi hermana mayor, viuda ya, murió y dejó cuatro niños sin amparo. ¿Qué hacer? Los traje conmigo, y la pluma corrió mas deprisa sobre el papel. Dios, que es el padre de todos, reprodujo con nosotros el milagro del pan y los peces. Mi anciana madre murió sin que le faltara nada, y yo perdí la mayor de mis dichas, la de trabajar para ella. Pocos instantes antes de cerrar los ojos, me dijo:

—Hija mia, en el mundo he sido una carga bien pesada para tí; pero ahora, en el cielo, te pagaré mi deuda, rogando á Dios que recompense tu virtud; hija de mi alma, yo te aseguro que jamás te faltará el pan.

—Mi madre murió...—prosiguió Doña Serafina, cuya voz se llenó de lágrimas.—Yo eduqué á mis huerfanitos con amor y cuidado: los niños aprendieron conmigo á leer, á escribir con bonita letra, la geografía y un poco de francés, con lo que los pude colocar bastante bien en el comercio: la niña está hoy de prime-

ra oficiala en un taller de ropa blanca, y próxima á casarse con un jóven médico.

Cuando ya no tuve que trabajar más que para mí, me puse muy triste... Esto era una desgracia, pues toda mi vida la he dedicado al bien de los otros; pero ya se sabe que nunca faltan pobres: doy lecciones á los niños de mi barrio hijos de honrados artesanos, y además, con lo que gano dando otras lecciones, haciendo copias y dibujando marcas, les regalo de cuando en cuando, ya un vestido, ya una camita, como quien da á un pajarillo un nido caliente; ya ropa blanca, que yo misma coso en mis ratos de ócio: todos me quieren, yo quiero á todos y soy dichosa.

La Condesa oyó, con la frente teñida de rubor, la historia de aquella noble y humilde criatura, diciéndose que la desventura puede salir de la felicidad, y la dicha más pura de entre las sombras de la mayor desgracia.

III

Doña Serafina se ha excusado, agradecida pero firmemente, de aceptar un asilo en casa de la Condesa, y siguen habitando, ésta en su palacio señorial, y aquella en su humilde cuarti-

to; ya es muy anciana la mujer feliz; ya los hijos de Clara, á los que ella enseñó á leer, á escribir y la doctrina, han tendido su vuelo como aves de hermosas plumas, y se sientan al festin de la vida en los espléndidos salones de este alegre y bello Madrid; pero al encontrarse los tres hermanos en el suntuoso hotel que habita Irene, casada con uno de los jóvenes de la mas alta nobleza, se dicen muchas veces:

—Mañana es domingo, y tenemos que escribir los tres á Serafina.

O bien dice Irene:

— Aquí tengo carta de Serafina para los tres.

Ayer vi una de la Condesa, dirigida á su hija, que terminaba así:

"Hija de mi alma: Cuando cansada y aburrida de ser rica, sientas mordido tu corazon por el deseo de distracciones peligrosas, piensa en Serafina: cuando tú me rogaste que entrase en casa, estaba yo al borde del abismo, fatigada de no saber qué desear: desde entonces, desde que oí su historia, pienso en los desheredados de todo cuanto á mí me sobra, hago el bien posible, y borrando del libro de mi vida el horrible y egoista yo, vivo para los demás y enjugo las lágrimas del infortunio. Este es, hija mia, el secreto de la felicidad."

BIBLIOTECA PÚBLICA
LEÓN

AMORES QUE MATAN.

I

Seguramente que la veis con frecuencia y alguno de vosotros la conoce.

Esta vez no me dirijo á mis constantes amigas y habituales lectoras, no; me dirijo al sexo fuerte; el mio no conoce esta variante de la especie femenina, y, si la conoce, es por su mal.

Una nueva mujer ha surgido de la civilizacion: una mujer terrible, compuesto extraño del bien y del mal, dotada de adorables cualidades y de absurdos defectos: como Eva, lleva al hombre á donde quiere su poder fascinador, y le hace un héroe ó un réprobo, y á veces ambas cosas, segun la impulsion de su deseo.

Hasta que esta mujer ha surgido, el hombre era el rey de la creacion: hoy es el esclavo de la mujer: de la mujer que alternativamente le eleva á los cielos ó le precipita en el abismo sin fondo del dolor.

Retratémosla, si es posible, no con la benéfica intencion de que los incautos huyan de ella; sería tiempo perdido: el mas flemático, el mas prudente de los hombres, despues de conocerla, desearia ser amado de ella y morir: ser amado de ella, aunque solo fuera por unos pocos dias, y morir despues, para no hallarse con un vacío espantoso cuando ella dejase de amarle.

II

No se puede asegurar que esa mujer sea siempre bonita; alguna conozco de la especie que es todo lo contrario; es decir, que se la llama fea con mucha razon, y que ha esclavizado y secado más corazones que las beldades aclamadas por más perfectas.

Una gran suavidad de carácter es lo que á primera vista cautiva en esta mujer: su dulce semblante, su melodiosa voz hacen creer en el carácter de un ángel, y, sin embargo, su voluntad es de hierro. Jamás ha sabido decir NO la mujer de que hablo, y sin embargo, su energía es indomable, y hace solo lo que quiere, oponiendo á todo lo que no le conviene ó le

agrada, la fuerza de inercia, la resistencia pasiva, que es la mas invencible de todas las resistencias.

Suele quejarse muchas veces con voz cadenciosa y triste; pero nada le importan las penas de los otros, y el mas hondo dolor de su esposo ó de su amante, no le quita cinco minutos de sueño.

Esta mujer está siempre dotada de gran inteligencia y de una cabeza fria y sólidamente organizada; así envuelve á sus víctimas como la araña envuelve á la mosca en los sutiles hilos de su tela; domina al hombre completa, invenciblemente, de todas maneras; por los sentidos, haciendo uso de un abandono mimoso y apasionado y de una debilidad de carácter, que aun siendo solo aparente, constituye uno de sus mayores atractivos; por el cerebro, á causa de la lucidez de su inteligencia; por el corazon, con un carácter constantemente conciliador y dulce.

Esta mujer nueva tiene alternativas sorprendentes, y es la que conoce mejor la verdad de aquel dicho:

„El amor nunca muere de hambre, sino de hartura."

Fiel á este principio, que la observacion ha convertido para ella en axioma, tiene constan-

temente intranquilo al hombre que la ama: jamás puede éste contar más que con la hora presente; la venidera, ¿quién sabe?

El temor de que se canse de él está pendiente, como nueva espada de Damocles, sobre la cabeza del infeliz que, sin saberlo, se ha vuelto el esclavo de una voluntad que disfraza su férrea consistencia bajo la apariencia de una versatilidad infantil.

Cuando más tranquilo y mas feliz parece, la sirena canta á su oido, con su voz melodiosa, estas terribles palabras:

—¿Y el dia en que nos cansemos uno de los dos?

—Yo te querré toda mi vida—responde el inocente—sea marido, aspirante á serlo, ó no haya pensado todavía en el eterno lazo.

—¡Toda la vida!—repite desolada la hija del siglo—¡Toda la vida! ¡Qué horror! ¡Prefiero morirme pronto entonces! ¡Yo me aburro fácilmente, te lo prevengo!

III

El pobre enamorado se enoja y sale á la calle, proponiéndose mil descabellados planes; olvidar á esa esfinge, ó al ménos quererla de otro modo;

se va al teatro y procura distraerse y coquetear con otras mujeres más bellas ó más jóvenes; ¡inútil sacrificio! Se aburre, se halla como aturdido, le irrita los nervios cuanto oye y cuanto ve; y en el teatro mismo, en los Jardines del Retiro, en el parque de Madrid, puede decir como Alarcon:

—„Vengo del Prado, donde me he paseado solo entre dos mil personas."

La conversacion de su cruel amiga es viva y variada; tan pronto se parece á un canto melodioso, evocando imágenes dulces; tan pronto sale de sus lábios una burla acerada y graciosa, ó bien un rasgo de profundo ingenio le deja electrizado: ó con apasionada frase pinta y hace nacer una emocion que ella es incapaz de sentir, pero que conmueve fuertemente la imaginacion sobreexcitada del que la escucha. Por eso á él todas las mujeres le parecen insípidas, vulgares y pesadas, y le aburren con su igualdad de humor y con sus frivolidades de rutina.

—¡Dime que no dejarás nunca de quererme! son las primeras palabras del triste amante al volver al lado de la que es todo en la vida para él.

La misteriosa criatura no le reconviene por su enojo, no se enfada por haberse alejado de ella: le mira tiernamente, le sonríe, y cuando él espera de sus lábios la seguridad que desea,ella,

con su más dulce acento, envía á su corazon un dardo envenenado.

—Tanto valdria—dice—pedir al amor duracion perpétua, como pedir al cielo eterna serenidad, y al mar inalterable calma.

IV

No vereis nunca á la mujer de que os hablo vestida con ese cuidado extremo y minuciso propio de las personas que tienen calma: el trage de mi heroina es rico algunas veces, si su fortuna lo permite, pero sencillo, y lo lleva con ese arte infinito que parece ignorarse á sí mismo, y que se parece mucho á la mas grande negligencia: los cabellos, revueltos y enmarañados, no han visto nunca la prosáica pomada; la dentadura blanca riela como cinta de nácar, entre dos lábios móviles y graciosos, de dulce expresion; los ojos, grandes siempre, ó artificialmente agrandados, son profundos y pensativos, de vaga y acariciadora mirada; la estatura suele pasar de la regular, y la delgadez es condicion segura de estas organizaciones de vampiros; la frente pequeña; las cejas arqueadas; las pestañas largas: lo que no es don de la natura-

leza, es servicio de la química; ¿qué mas da? La mujer que mata es siempre así, y los que embriaga y hechiza la Circe encantadora no le preguntan cuánto paga al dentista, ni de qué perfumería saca su tez de camelia y sus lábios de rosa, y la tinta que sombrea sus adorables ojos.

Las madres, las esposas, las jóvenes prometidas pueden mirar con indiferencia los amoríos de sus hijos, sus maridos y sus novios; pero si aquellos encuentran una de estas mujeres, que tengan la triste seguridad de que no la olvidarán jamás.

LOS PÁJAROS.

(RECUERDO DE LA INFANCIA.)

I

Ya han regresado todos: á fines de Abril, hasta las golondrinas, que son las que más se retardan, vuelven á colgar sus nidos de las ventanas.

Mi madrina tenia una hermosa casa de campo en una de las mas fértiles provincias de España, donde yo he nacido, y en ella habitaba: su compañía constante era yo durante casi todo el año; la servia un matrimonio anciano, y nos alegraban á todos muchos pájaros que, hallándose muy bien en aquella especie de castillo campestre, no lo abandonaban jamás.

Mi madrina era una señora cuyos cabellos finos y sedosos eran ya blancos como la nieve; el libro de su vida era tan inmaculado como su cabellera; ninguna falta habia manchado sus hojas; aun bajo el dulce amparo del ala ma-

ternal, habia amado á un hombre con toda su alma; se habian unido sus destinos al pié de los altares; habia sido esposa adorada y madre feliz; sus hijas casadas, sus hijos con destinos honoríficos, habian formado otros tantos nidos felices, que habian aprendido á fabricar de sus padres. Y mi madrina, sola ya y en el invierno de su serena vida, se habia retirado al campo, para disfrutar de la profunda paz que tanto conviene á los últimos años de una larga existencia.

II

En la suya habia habido dolores: ¿cuál no los tiene? Su cetro femenino habia estado siempre guarnecido de flores, y la dulzura, la bondad, la abnegacion habian sido sus únicas armas para vencer todas las dificultades del hogar, para disipar esas mil nubes que aparecen en el cielo doméstico, aun en el más sereno.

Mi madrina amaba mucho á los pájaros; pero jamás los encerraba en jaulas: habia hecho de su jardin un asilo seguro y tranquilo para toda la gente de pluma, donde ésta se hallaba muy á su gusto y completamente al abrigo de

los lazos y de los cazadores: el jefe de la banda, y á la vez el maestro de capilla, era un hermoso mirlo que se habia establecido en el hueco de un gran árbol, donde tenia á la vez nido, alojamiento y la mesa puesta á todas horas: allí cantaba cada dia una ópera entera, coreada por los jilgueros y por los gorriones que gorgeaban en las ramas más altas de los árboles, mientras las flores abrian sus corolas, y el sol naciente teñía el cielo de tintas de oro y rosa.

Al medio dia la alondra se escondia entre el follage de los tilos para cuidar á sus pequeñuelos en el nido, en tanto que su compañero elevaba su voz melodiosa en el silencio de la campiña.

Por la noche, cuando todo dormia, cuando las estrellas brillaban en el cielo, cuando la luna filtraba su blanca luz entre los árboles, cuando las plantas nocturnas exhalaban en el aire sus suaves perfumes y las luciérnagas brillaban entre la yerba, el ruiseñor elevaba su voz dulce y solemne y entonaba su himno nocturno, religioso y tierno al mismo tiempo.

III

Además de su banda de músicos, mi madrina tenia algunos huéspedes encantadores:

al pié de un álamo que daba sombra á su casa, se ocultaba entre la yerba un nido cuyo exterior era de musgo y de pequeñas raíces, y cuyo interior se hallaba tapizado de plumas; allí tres ó cuatro huevecitos blancos rayados de negro se hallaban constantemente abrigados por una *bergeronnette* ó *aguzanieve*, avecilla diminuta y graciosa, cuyo compañero, paseándose á orillas del arroyo, luce su larga cola, compuesta de diez plumas negras y dos blancas, que forman como una guarnicion: este pajarito hace así su caza de moscas y mariposas, que lleva al nido abrigado por su fiel y dulce compañera.

En el invierno, nuestros alados amigos intimaban aún más con nosotras: los jilgueros venian á vivir á la estufa de las flores, y llegaban hasta la casa: las curucas y los reyezuelos seguian este ejemplo; todos revoloteaban al derredor nuestro, todos esperaban á que les echásemos pan desmigado, y tratándonos como amigas, llenaban nuestra casa con su música encantadora.

¡Pero qué tiernas atenciones les prodigaba mi madrina! Aquel corazon amante prodigaba sus tesoros en derredor suyo: para complacer á sus queridos pájaros habia hecho conservar los grandes árboles y los arbustos inútiles: para

ellos habia hecho multiplicar los serbales y los acebos con sus frutos de coral, los espinos con sus ramos de granate, los saucos con sus racimos negros, las lianas, cuyos frutos verdes ennegrecen las heladas, los laureles silvestres con sus azules manzanitas, y los acerolos cubiertos de su rojo y áspero fruto.

En cierta parte del rio que ellos conocian perfectamente, se habia dejado, rellenándola con tierra, tan poca profundidad, que se habia convertido en un baño donde podian lavar sus sedosas plumas sin el menor peligro: y todos estos cuidados, eran pagados por los pequeños huéspedes con la distraccion encantadora que en toda estacion, llevaban á la soledad campestre de mi anciana madrina.

IV

Un dia de estío que á la caida de la tarde estábamos sentadas las dos bajo un pabellon de verdura y de flores, me hallaba yo encantada de ver cómo los pajaritos venian á visitarnos, y cómo, posándose en las ramas de los jazmines y heliotropos que nos daban sombra, nos saludaban con sus dulces trinos.

—Mira, hija mia, me dijo mi madrina, cómo debemos amar á nuestros semejantes: si quieres

ser querida, haz lo mismo que hago yo con los pajaritos: procura siempre sembrar la dicha y el amor al derredor tuyo: complace, consuela, ayuda, y practica sin cansarte la santa ley de la caridad: yo quiero que ames á tu prójimo, á tus hermanos; no por tí misma, sino por ellos: porque es muy comun en la vida el exigir afeccion, atenciones y reconocimiento, cuando nada se ha hecho para merecer todas estas cosas: cuando no se encuentran, los que las esperaban sin razon, se quejan de la humanidad, se irritan por no tener amigos.—Y sin embargo, hija mia, la humanidad vale más de lo que se dice, solo que es como la tierra: para que dé cosecha es preciso sembrar, y segun es el grano que se siembra, así es el que se recoge: no esperes nunca rosas, si solo siembras en ella ortigas.

Hay ingratos, y no quiero negártelo, porque solo deseo persuadirte con la verdad: pero hay tambien buenos y agradecidos corazones, que se acordarán siempre de que les has consolado y socorrido: y aun con los ingratos hallarás tu recompensa: porque los recuerdos del bien que les hayas hecho, vendrán á alegrar tu alma, como esos alegres y cariñosos pajaritos vienen á alegrarnos con sus cantos, por el abrigo, el alimento y el afecto que les damos.

DOLENCIAS DEL ALMA.

I

Siendo niña, leí un cuento de hadas que muchas veces he recordado como símil de una de las más terribles, y hasta hoy más ignoradas enfermedades que afligen al hombre.

Decia el cuento que un pájaro llegó á un hermoso jardin, y posó su vuelo en la más florida y más frondosa rama de un árbol exuberante de vida y de lozanía: y allí cantó durante largo rato las bellezas de un cielo lejano, tan melodiosa y dulcemente, que, cuando levantó el vuelo y abandonó el jardin, el árbol sobre el cual se habia posado, languideció y murió, no bastándole ya las áuras, el sol y el cielo, que antes le parecian los más hermosos de la naturaleza, porque ignoraba que habia otros.

He visto una mujer, símbolo de aquel pájaro, y sospecho que existen algunas otras, al ver cómo los hombres ponen fin á su vida, y con cuánta facilidad dejan estas comarcas por

otras que de todos son ignoradas; la mujer que yo conozco y he estudiado, abre, con su palabra y con las ternuras esquisitas de su alma, mundos desconocidos; despierta el terrible sensualismo del espíritu, y afina la facultad de sentir de una manera funesta; así la vida se hace imposible sin ella, y el que la ha conocido, el que con ella ha pensado y sentido, queda inútil para todo otro amor, y, mirando la vida muda y desierta, se precipita en los brazos de la muerte.

La fascinacion, mejor dicho, el encanto mortal á que me refiero, es tanto más peligroso, cuanto que nada tiene de comun con la embriaguez de los sentidos: esa terrible mujer es pura y casta como aquellas bellas jóvenes que los romanos consagraban al culto de Vesta, en los templos alzados en el fondo de los bosques más solitarios; pero el fluido y la atraccion de su inteligencia son tales, que precipitan en el más exagerado idealismo, y disgustan profundamente de las ásperas y dolorosas realidades de la vida.

II

¿No habeis sentido alguna vez una gran necesidad de retiro y de reposo, y no habeis gozado de ambas cosas con delicia? ¿No habeis

llegado á habituaros fácilmente á la soledad y á la monotonía? y, precisamente, cuando creiais haber olvidado el mundo, ¿no os ha sucedido recibir en vuestra soledad la visita de una persona, toda impregnada de esa vida, á la que creíais haber renunciado de buena voluntad y para siempre?

Si es así, si ha pasado esto por vosotros ¡oh qué série de desengaños habreis sufrido! ¡Cómo habreis visto el doloroso contraste de la civilizacion ardiente, con la torpeza vegetativa de vuestra inerte reclusion! ¡Cómo habreis comprendido que el reposo de vuestro retiro era muy semejante al de la tumba y ¡cómo al dejaros vuestro huésped fatal, habreis sentido la imperiosa necesidad de seguirle al mundo brillante, lleno de entusiasmo y de vida que él habita!

Así sucede á todos los que han recibido en su alma la visita de esa otra alma femenina: de esa mujer, que no quiere que se la hable de amor, y que, sin desearlo, inspira pasiones mortales: toda quietud desaparece á su paso; las sensaciones que dominan en el alma varonil á la manera de crisálidas, aletean convertidas en mariposas de colores, y vuelan en derredor suyo; el espíritu se dilata á su contacto moral, como esos arroyos que, henchidos de repente con las aguas de la esclusa vecina, salen de su cáuce y

se precipitan fuera de sus orillas por la inmensidad de los campos: porque el espíritu, al contrario que la materia, no tiene límites y es insaciable en sus goces, como el alma lo es en sus aspiraciones.

—¿Y es jóven esa mujer? me preguntareis; ¿es bella?

Ni lo uno ni lo otro: hay en su fisonomía la atraccion irresistible que imprimen una inteligencia luminosa, profunda, extraordinaria, y una dulzura de carácter, que es la más poderosa de sus seducciones; en sus grandes ojos, de anchas pupilas, grises, veteadas de negro, hay una expresion de sensibilidad incomparable, y en la negligencia elegante de su atavío, hay más encantos y más coquetería que en la más estudiada compostura.

Su voz es una melodía; su risa un gorgeo; su lenguaje dulce, culto, poético, sin afectacion, parece aprendido para halagar los oidos de todos, y se cree imposible que su boca pueda articular una palabra dura ú ofensiva.

En cuanto á su edad... ¿quién la sabe? Jóven moriria, aunque viviera cien años: la gracia y el talento no perecen jamás, y la viveza de su ingenio, el encanto de su carácter, su elevada inteligencia, su cultura intelectual, resistirán siempre á la huella del tiempo.

III

¿Tanto quiere Vd. á esa mujer? preguntaba yo á un amigo mio que me parecia algo falto de juicio al describirme el estado de su corazon.

—Tanto, me contestó, que no hay palabras para expresarlo: ¡su influencia en mi vida es irresistible, y será eterna!

—¡Pero debe llevarle á Vd. muchos años!

—¿Qué importa? Ella ha despertado en mi alma una juventud que antes no tenia.

—Si llega á muy vieja, ese lazo será ridículo.

—Entonces me haré sacerdote, y veré en ella á mi madre.

—¿Luego es invencible esa pasion?

—Así lo creo, y sé que no me engaño; con ella seria dichoso en un desierto; sin ella, ni el cielo querria.

En un nuevo libro que escribe la autora de estas líneas, probará á retratar una de estas mujeres, que aun siendo buenas, son tambien vampiros del alma, llegando á sucumbir en uno de los dramas que forman, sin quererlo, y sin saberlo acaso, la trama de su vida.

LA BASE DE LAS VIRTUDES.

I

Nuestra época, que es bastante frívola, profesa una inclinacion decidida á todo lo que es superficial: es muy raro que una preferencia cualquiera, aunque revista un carácter general, se contenga en límites definidos, y no haga irrupcion hasta en los dominios que debieran serle siempre inaccesibles.

De aquí nace una especie de extravío en el sentido moral, un error en los juicios, una ligereza en las apreciaciones y una latitud en la conciencia, que deja absorto al que reflexiona un poco; porque el resultado es llamar á las cosas más mezquinas con los nombres pomposos, y á las más culpables con los más heróicos.

Muchas veces el pensamiento atónito y afligido se pregunta si le invaden alucinaciones extrañas; porque al paso que los más criminales atrevimientos se ven coronados de éxito, y por lo tanto elogiados en todas partes, hay virtudes

adorables desconocidas ú olvidadas, hay sacrificios y abnegaciones heróicas, en las que nadie repara ni piensa.

A medida que el espíritu perezoso rehusa reflexion y se deja llevar del éxito ó de las apariencias brillantes, desdeñando lo que es verdaderamente bueno y grande, se sumerge en las tinieblas, á la vez que la conciencia pierde la nocion de lo que son cualidades y defectos, virtudes y vicios, y el entendimiento se extravía en apreciaciones erróneas.

Es, recorriendo esos diversos grados, como se ha llegado á desdeñar la amable virtud, que es objeto de este pobre artículo: no existe una palabra que sea más usada, y á la vez ménos conocida y más desdeñada, una palabra que se comprenda peor, que esta palabra que representa la más noble de las virtudes humanas. La bondad.

Para los que impresionados por los brillantes triunfos del dios éxito, ven todo bajo el prisma de una ambicion insaciable, la palabra bondad significa la debilidad del carácter, la insuficiencia del espíritu, la necedad, y una multitud de cualidades negativas que se hacen constar cada vez que se alaba á una persona bondadosa: esta prodigiosa injusticia está tan arraigada, que las palabras "Es un buen hombre"—"Es

una buena mujer" están generalmente consideradas como muestra de una piedad desdeñosa.

II

Esta opinion, adquirida generalmente á fuerza de oir prodigar el calificativo de persona bondadosa, esta opinion lleva á desconocer la esencia misma de la bondad, y á confundir la más alta perfeccion que puede alcanzar la humanidad, con los sentimientos más pasivos y más insignificantes.

La bondad no consiste en conceder una benevolencia y una indulgencia iguales á todas las criaturas y á todos los caractéres. Cuando llega á este punto, la bondad es solo *debilidad*, ó bien un sentimiento culpable en su orígen como en sus efectos; es *indiferencia*.

La debilidad que concede igual dósis de simpatía al bien como al mal, es en realidad el agente, el instrumento ciego, el cómplice de los malos, más activos, más estimulados por sus intereses, y por lo mismo más inclinados á dominar y á dirigir las gentes débiles: estos no son ni pueden ser buenos; su organismo les condena á reflejar á los que les rodean, á ser la re-

produccion de los defectos y de las cualidades, de los vicios y de las virtudes que pertenecen á los que los dominan.

Rayemos á las gentes débiles de la lista en que figuran los que tienen el honor de ser buenos, y no les culpemos, porque no saben lo que hacen.

En ciertas organizaciones imperfectas, las decepciones y los sufrimientos inherentes á la existencia, producen una especie de cansancio que se manifiesta por un indiferentismo completo. Estas gentes no creen ya en el bien, ni el mal les aflige tampoco, y sin embargo se llama bondad á la tolerancia que manifiestan en todas las circunstancias y por todas las acciones: estas gentes no *son* buenas; están *gastadas*, y su desfallecimiento prueba que en vez de tener principios sólidos, tenian solo sensaciones, y que el valor, el sentido moral y la fé les ha faltado á la vez.

III

La verdadera bondad se compone de la reunion de los sentimientos más generosos. Para los que la saben comprender es á la vez el fin y

el medio, el principio y el fin de todas las cosas. La bondad es inseparable de la elevacion del espíritu, del perfeccionamiento constante de la inteligencia y del corazon. Proviene de un alto sentimiento de libertad moral, de una justa apreciacion del mérito de la humanidad; no se deja engañar ni detener en sus manifestaciones por las faltas aisladas, porque considera á la humanidad entera con una generosa é inquebrantable simpatía.

La bondad recorre su camino sin vanidad, sin resentimiento contra la ingratitud, sin exigir reconocimiento, sin temor de ser desconocida ó calumniada. La verdadera bondad es inmutable, porque no proviene de la debilidad, no depende de influencias extrañas ni de intereses personales: concede su apoyo con apresuramiento; pero cuando se la convida á la participacion de una obra injusta, sabe rehusar con firmeza. Reparte una dulce luz, un calor igual, sin gastar nunca sus fuerzas en esos fuegos artificiales, que engañan con resplandores brillantes, para desvanecerse inmediatamente en tinieblas más densas y más insoportables, por ese contraste á la vez inútil y cruel.

IV

El que posee la verdadera bondad, ha encontrado el secreto de su propia dicha y de la dicha de los otros. La bondad es la rama de dulce y verde oliva, ante la cual se abren los corazones más sellados y las puertas mejor cerradas, y que descubre los tesoros ocultos en las profundidades más misteriosas. Por feroces que sean los caractéres, por duros que sean los corazones, la bondad los suaviza y los mejora.

Mis queridas lectoras, que os dignais fijar vuestros bellos ojos en estas desaliñadas líneas, no olvideis jamás que la bondad es uno de los más gloriosos atributos femeninos. No permitais jamás que la vanidad, que la imitacion de los ajenos defectos os hagan desviar de los deberes que la bondad os imponen: considerad á los que os rodean; sed buenas para los que dependen de nosotras; no os acordeis del rango y de la fortuna, es decir, de las ventajas que os ha concedido el destino, más que para rodear vuestros beneficios de toda la gracia y la delicadeza que han de doblar su valor. Acordaos siempre de que sin la bondad, todas las supe-

rioridades son odiosas y odiadas, todas las cualidades son duras ó incompletas. Acordaos de que la bondad es la base y el sosten de las demás virtudes, es la primera de todas en el órden moral, la más útil para vosotras y para los demás; la más meritoria á los ojos de Dios, que pesa en su balanza eterna nuestras acciones, los móviles que las han impulsado y los resultados de ellas, de los que tenemos que responder ante su inapelable tribunal.

LA ETERNA HISTORIA.

TRILOGIA.

I

EL MARIDO.

Aun no habia cumplido 34 años: para los ojos del vulgo y de la materia, no era bonita; para los ojos de la imaginacion y de la estética era arrebatadora.

Un perfume de juventud y de poesía la seguia por todas partes: embellecia cuanto tocaba, y cuanto emprendia lo llevaba á cabo con esa rara perfeccion que es dado poseer á tan contadas personas; era el arte mismo bajo la forma de una mujer de estatura mediana y esbelta, con una deliciosa frente coronada de cabellos de un castaño dorado, con grandes ojos de color azul oscuro, con talle delicado y adorables manos.

Se llamaba Carolina, nombre sencillo y bo-

nito, que han poetizado tantas beldades encantadoras, y no pocas mujeres de talento.

Eran las once de la mañana. Carolina se hallaba en una estancia bastante grande, con una alcoba cuyas cortinas estaban corridas cuidadosamente: sentada en un sillon, apoyaba el codo en un velador próximo, y la mejilla en la palma de su blanca y delicada mano; sus mejillas estaban pálidas; sus ojos á la vez encendidos de llorar, y cargados de abatimiento de no dormir; un desaliento profundo, una sombría tristeza se hallaban impresas en sus facciones; y sin embargo se conocia que era muy fácil el encender en aquellos hermosos ojos una centella de alegría, que un instante de dicha bastaría para desplegar en una sonrisa el delicado contorno de aquella boca.

¡Cuántos meses de desaliento acusaban los círculos oscuros de los ojos, los tristes pliegues de los ángulos del labio superior, su postura abatida, su actitud desesperada! ¡cuánto dolor y cuántas lágrimas!

Era una bella mañana de Mayo; el aire tibio balanceaba un rosal y dos macetas de alhelíes y de pensamientos, donde reflejaban los rayos del sol que iluminaba las casas de enfrente. Carolina llevaba una bata de batista de lana azul, con encajes en el cuello y mangas; la pesa-

da masa de sus cabellos rubios, se reunia en dos largas trenzas, sostenidas con una flecha de plata.

La estancia elegante y lujosa era el aposento conyugal; el mueblaje de palisandro y tapicería de seda rosa, era de un bello dibujo artístico; en el hueco de la chimenea, sin fuego, habia macetas de flores y yerbas olorosas; una lámpara de alabastro pendia del techo; sobre la chimenea se veia un juego de reloj y candelabros de bronce oscuro, y de la forma más elegante; un sortijero de cristal y plata, un lavabo de mármol y palisandro, un armario con puerta de espejo, un velador cargado de periódicos, y algunas butacas de formas diferentes, amueblaban la habitacion.

Al dar las once el reloj de la chimenea, se levantó Carolina y fué á la alcoba; descorrió la cortina, y llamó dulcemente:

—¡Diego!

—¿Qué quieres? contestó una voz áspera y oscurecida por las nieblas del sueño.

—Decirte que son ya las once y que tienes que levantarte.

***

Diego salió de la alcoba pocos instantes despues.—Era un hombre como de 40 años,

alto, moreno, robusto, y cuyo semblante, de facciones distinguidas, tenia una expresion descontenta y ceñuda; parecia como agobiado por graves cuidados, y como alterado en su carácter por cóleras continuas, y cuidadosamente reprimidas.

—El almuerzo, dijo sin mirar á su mujer.

Esta hizo sonar un timbre, y repitió, dirigiéndose al criado, que apareció:

—El almuerzo.

—Tén entendido que no puedo perder tiempo, observó Diego: me esperan en la Bolsa.

—Pues vete, contestó la esposa con voz agitada: pero antes óyeme.

—Ya te he dicho que tengo prisa.

—No es cosa larga, repuso Carolina levantándose del sillon que habia vuelto á ocupar, y asiéndose del brazo de su marido: solo quiero decirte que la vida que me haces llevar es insoportable.

—Déjala pues.

—¡Eso me contestas! esclamó Carolina con una cólera dolorosa: ¿luego ya no tienes para mí, no amor, pero ni compasion siquiera? ¿luego te soy odiosa?

—No tengo tiempo para esperar á que me hagas una escena, Carolina, dijo el esposo; déjame que tengo prisa; el marido, no es ni puede

ser un amante; el tiempo, la posesion, cansan: sé mi compañera, mi amiga, y no pidas más.

—Diego, repuso la pobre mujer sentándose deshecha en lágrimas, tú me empujas al abismo; yo no soy tu amiga como tú dices; soy para tí el sér más indiferente, el que más te estorba en la vida... ¡oh Dios mio! ¡nada hay tan cruel como un hombre cansado!

—No me fastidies pues, dijo Diego: si conoces que estoy cansado, toma tu partido; calla y resígnate.

—¿Luego confiesas que estás cansado de mí?

—Tu terquedad é imprudencia me obligan á ello: sí; el matrimonio es cansado; ¡si es una institucion odiosa, que debiera desaparecer de la tierra! no me fastidies más, porque quiero almorzar, y tengo que hacer.

—¡Pérfido! ¡hombre sin corazon! ¡tú amas á otra! exclamó Carolina levantándose con los ojos secos y las mejillas rojas; por eso eres cruel y duro conmigo! ¿acaso piensas que lo ignoro? ¡pero yo tomaré mi venganza! ¡yo te pondré en ridículo á los ojos de todos! ¡cuéntame por muerta para tí!

El esposo se encogió de hombros y salió de allí, encaminándose al comedor; verdad es que almorzó muy poco; pero un observador inteligente hubiera podido descubrir en sus ojos

oscuros, rá fagas de alegría, que de vez en cuando les iluminaban con inusitado resplandor.

***

A las dos de aquella misma tarde Carolina bajaba de un coche de alquiler cerca de la casa de la Moneda, y se internaba en una de las calles del barrio de Salamanca.

Pronto se le reunió una persona que la esperaba; era un hombre de la edad de su marido poco más ó menos, de aspecto almibarado y dulce, de cabello rubio y ojos azules como un inglés.

Sin embargo pertenecia á la inmensa cohorte de esos hijos de Marte, que así conquistan una ciudadela como un corazon femenino, y que saben seducir á las mujeres, haciéndoles ver que el imperio que ejercen sobre ellos los subyuga y los suaviza hasta convertirlos en corderos.

—¡Cuántas gracias tengo que dar al cielo! exclamó acercándose presuroso á Carolina; ya no la esperaba á Vd!

—Pues aquí estoy, contestó bruscamente la pobre mujer, con voz sofocada y tímida; andemos; temo que me vean: viven en este barrio

algunas personas amigas, y no debemos estar parados.

—¡Miedo! ¿no estoy yo con Vd. y dispuesto á todo?

—Y yo estoy dispuesta á todo tambien; he salido de mi casa para no volver. ¡Manuel, ya no tengo más que á Vd. en el mundo!

El llamado Manuel, hizo un movimiento de espanto, en tanto que Carolina enjugaba dos gruesas y ardientes lágrimas que se desprendian de sus ojos.

Uno y otro hicieron un esfuerzo sobre sí mismos, y ninguno de los dos reparó en la turbacion de su compañero.

—No soy yo, prosigió Carolina, de las que viven al lado de un esposo cometiendo la vileza de engañarle; el mio ha dejado de quererme, yo ansío vengarme de su infidelidad, de su injusticia, y para lograrlo, le dejo: si le dijera á Vd. que le quiero como le he querido á él, le engañaria; pero estoy dispuesta á amarle, por que al pensar en las cartas de Vd., en sus frases de ternura, sentia un gran bien mi corazon dolorido y menospreciado por mi marido.

—Vd. me amará y olvidará las injusticias de la suerte, dijo el amante con acento apasionado; ese hombre no la merecia á Vd.

Y los dos se perdieron á lo largo de la

acera buscando lo más solitario de la calle, é internándose en las que cruzan el barrio en todas direcciones.

Me despido de mis lectores para que puedan reposar antes de ofrecerles la segunda parte de esta trilogia, que será como mostrarles la suave pendiente en la que tantas mujeres hallan la vergüenza, el deshonor y la muerte.

II

EL AMANTE.

—¿Sabes que es muy poco divertido el estar á tu lado, Carolina? ¡Qué deplorable manía tienes de hacerte la víctima! ¡creo que al fin me aburrirás del todo; y luego dicen las mujeres que los hombres son inconstantes! ¿Cómo no cansarse de ver siempre quejas ó acritud?

Carolina, que doblaba una mantilla de encaje, se volvió, miró con una amarga sonrisa al que la hablaba, y dejándose caer en el asiento más próximo, prorumpió en sollozos.

—¡Santo Dios! ¡otra vez llantos! ¡otra vez lamentos! exclamó un hombre que medía la estancia á grandes pasos.

—No, Manuel, no; exclamó Carolina descubriendo su rostro, que debia haber sido hermoso y de expresion encantadora, pero que estaba á la sazon pálido y desencajado: no oirás ya más quejas, no verás ya correr mis lágrimas... éstas son las últimas: nuestra amarga, nuestra desolada situacion no se mejorará con mi dolor: debo tomar mi partido, y le tomaré.

Manuel suspendió su paseo: se acercó á los cristales del balcon y empezó á tocar en ellos, con los dedos una marcha militar, acorde con su traje, sin preguntar á Carolina cuál era la decision que pensaba tomar.

La pobre mujer se reclinó en el respaldo de su silla, y apoyó en la mano su abrasada frente.

El silencio reinó por largo rato; silencio que aprovecharemos para tender una mirada por la habitacion y por las dos personas que se hallaban en ella.

Si las figuras eran tristes, el cuadro era casi mísero: una salita cuadrada con balcon á la calle, y cuyas paredes estaban cubiertas de papel del más barato, de un grís súcio con ramos verdes.

En un ángulo del cuarto habia un lecho casi mísero: algo más allá un baul mundo y una mesita que sostenia un tocador pequeño de madera blanca, una caja con peines y un bote de pomada: en la misma mesa, y como señal de estar habitada por una mujer aquella pobre estancia, se veian dos libros, dos novelas recien cortadas, una copa de cristal con algunas flores, y un bordado.

Carolina, la habitadora de aquel recinto, parecia haber envejecido diez años en los diez

meses que hace hemos dejado de verla; pálida, demacrada, sus dulces y graciosas facciones estaban desencajadas por un dolor sordo, por una cólera interna y contínua; el vendabal de las pasiones deja en la mujer huellas mucho más hondas y amargas que en el hombre, y en Carolina habia arrancado las últimas flores de la juventud.

Al ver que Manuel no rompia el silencio, levantó ella la cabeza y le dijo con voz trémula y agitada por una cólera interior:

—Veo que te es indiferente lo que yo pueda hacer; ¿pero no temes empujarme á la desesperacion? ¿no serás responsable de mi muerte, si busco en ella el descanso de mis penas?

—¡Por Dios, deja tu eterno romanticismo! exclamó Manuel; hablemos una vez en razon: ¿piensas que tengo amores contigo para que estemos siempre disputando? ¿te parece esta vida soportable para mí?

—¿Pero y yo? exclamó la pobre mujer exasperada; ¿y la vida que yo llevo, te parece mejor? yo dejé á mi marido indignada por que sabia que tenia relaciones con otra mujer; ¿y para qué? ¡para tenerte que dejar á tí, á cuyo amparo me acogí porque decias que me amabas; para tener que separarnos por una causa igual!

—Yo no te digo que nos separemos, observó tibiamente el amante.

—¿Y qué piensas hacer cuándo te cases?

—Ser siempre tu amigo; este casamiento me conviene mucho bajo el punto de vista de la familia y de los intereses; ¿por qué quieres perjudicarme?

—¡Qué lenguaje tan helado y tan odioso! ¡oh Dios mio! ¿por qué no me hablabas así cuando seducida por tus frases de amor dejé la casa conyugal? ¿por qué mentirme entonces amor eterno?

—No eras tan niña para ignorar que la mujer casada que llega á creer á un hombre soltero, se expone á verle casar.

—Manuel, exclamó Carolina, tu conducta es indigna, egoista, cruel para conmigo; á no ser por tu propósito de seducirme, yo hubiera sufrido con más paciencia las sinrazones de mi marido; te creí, abandoné la casa conyugal, y me confié á tí; buscaste provisionalmente esta habitacion para mí, y ya no he vuelto á salir de ella; vivo y he vivido, no solo más pobremente que cuando estaba con mi marido, sino de una manera mísera; se pasan tres y cuatro dias sin que vengas á verme; en una palabra, tu aficion por mí, porque no quiero dar el nombre de amor á lo que has sentido, se habia pasado á los ocho

dias de haberte confiado mi destino; no te cuidas de mis más precisas necesidades, y quiero librarte de esta carga superior á tus fuerzas; déjame, y no vuelvas más á verme.

***

Despues de otro nuevo y doloroso silencio, Manuel se detuvo delante de Carolina, y le dijo con gravedad, y como si midiera sus palabras:

—Amiga mia, yo no soy el que rompe el lazo que durante más de diez meses nos ha unido; eres tú, y acaso obras al hacerlo cuerdamente; yo soy cansable, versátil; hay en mí poca aptitud para el amor; además yo no creí que tomaras en sério mis galanterías hasta el punto de dejar la casa conyugal; eso no lo hace jamás una mujer de cabeza; tienes más corazon que talento, mi pobre Carolina; yo siento tanto verte sufrir privaciones, que prefiero que rompamos, que nos separemos, antes que verte llorar á todas horas; ya sabes que solo cuento con mi paga de Comandante de caballería, y puedo hacer poco por tí; aun así estoy arruinado; ¿qué quieres? la pobreza es enemiga del amor; estamos en el siglo del dinero; por eso me caso con una mujer rica, aunque fea; es además de una familia que está muy bien relacionada, y que

me hará adelantar en mi carrera; ¿qué dices? ¿nada me respondes?

—Estoy oyéndole á Vd., respondió Carolina: siga Vd. su bello discurso.

—Dálo por terminado: solo me queda por decirte que no pensaba porque me casara haber terminado nuestras relaciones: siempre hubiéramos sido amigos, y entonces hubiera podido hacer por tí mucho más que hoy...

—¡Basta! interrumpió Carolina, lanzando á Manuel una mirada tan despreciativa, que éste hubo de bajar los ojos: la infamia de Vd. va más allá de cuanto yo habia imaginado; haga Vd. cuenta que nunca me ha conocido; Vd. ha muerto para mí.

Manuel se inclinó y salió de la estancia con el corazon más oprimido de lo que él se habia figurado cuando pensaba en lo probable de un rompimiento, que venia iniciándose desde el primer mes de sus relaciones con Carolina.

***

La pobre desdeñada, que se habia puesto de pié para formular su despedida, volvió á dejarse caer en la silla no bien Manuel habia desaparecido, y un raudal de lágrimas alivió la opresion de su pecho.

Dos horas permaneció así: se estaba en los últimos dias de Marzo: á la caida de la tarde Carolina alzó su dolorida frente; fué hácia la mesa, encendió una bujía, tomó el bordado y se puso á terminarlo con afan.

—¡Es el pan de mañana! murmuró. ¿Por qué no tengo el valor de dejarme morir de hambre?

Cuando le hubo terminado, envolvió su rubia cabeza en una mantilla, y salió con direccion á la calle del Cármen, para llevarlo á la tienda donde le daban la labor más delicada que habia.

Al salir se halló á la puerta un jóven elegante, de bella y distinguida figura.

—Ahora sí que la acompaño á Vd., dijo con resolucion. Carolina, yo la amo, y Vd. es desgraciada; dígame á lo ménos que espere...

—Espere Vd., dijo Carolina con voz oscura y fatigosa.

—¡Gracias al cielo! exclamó el jóven presentándola su brazo, con un gesto de ternura y deferencia.

III

EL DESCANSO.

Hacia una noche horrible: era el 24 de Diciembre y nevaba y helaba á la vez.

Las calles de la coronada villa estaban llenas á las dos de la mañana de gente del pueblo que las recorria tocando panderetas, zambombas y guitarras, haciéndose la ilusion de que se divertia, cuando no hacia más que aturdirse con sus propios cantos, y con el ruido de sus discordantes instrumentos.

Habia algunas tiendas abiertas; los cafés y las fondas enviaban á la calle, á traves de los cristales de sus escaparates, torrentes de lúz.

Contrastando con el bullicio de las calles, una enlutada y triste figura subia por la Carrera de San Jerónimo hácia el sitio llamado *las cuatro calles*, donde en efecto, afluyen la calle de Sevilla, la del Príncipe, la de la Cruz, y la antedicha Carrera.

Era una mujer alta, esbelta, de andar airoso y elegante, á pesar de la especie de extravío que al parecer la dominaba.

Ya apresuraba el paso de una manera febríl, ya lo atrasaba, caminando con lentitud y como absorta en algun profundo pensamiento; dos ó tres veces hubo de apoyarse en la pared, sin lo cual irremisiblemente hubiera caido al suelo.

Una vez, y en tanto que se apoyaba desfallecida, llegó á su oido una dulce voz de mujer: la que hablaba, venia apoyada en el brazo de un hombre, y ambos iban envueltos en elegantes abrigos, ó salidas de teatro.

—¡Qué linda funcion! dijo la dama, que á no dudar era jóven, segun el timbre argentino de su voz.

—¿Te has divertido? preguntó el caballero.

—¡Mucho! y ahora te recompensaré por haberme traido al teatro; ¡verás que bien cenamos! nuestros hijos nos esperarán impacientes, y con el nacimiento encendido, y nuestros padres pasarán á nuestro lado algunas horas felices.

—¡Sí, mi amada Luisa! ¡tú tienes en tu mano el secreto de mi dicha! tú soportas con paciencia todos mis defectos.

—¿Y no soportas tú los mios?

—Tú no los tienes.

—¡Y muy grandes, pero tu indulgencia no los vé! ¡bendito sea el dia que uní al tuyo mi destino, amigo mio, mi único y tierno amigo!

La feliz pareja se alejó.—La pobre mujer

que iba sola y perdida en las sombras de la noche, oyó este diálogo sin perder una sílaba, apoyada contra la pared; cuando pasaron los esposos, alzó los ojos á la bóveda celeste.

—¡Es Luisa! ¡es mi amiga de pension! murmuró; he oido decir alguna vez que su marido no la hacia feliz; ¡y lo parece hoy tanto! ¡ah! ¿por qué no he sido paciente como ella, y hubiera ganado en la terrible batalla de la vida?

***

La pobre mujer llegó á la calle de Sevilla y á la puerta de una casa, hoy derribada para el ensanche; apoyóse en la pared, y murmuró:

—¡Aquí debe estar!

La nieve vestia de un blanco manto su traje de lana negro: un chal la envolvia, chal deplorable y que á la luz del dia hubiera dejado ver su matiz verdoso en fuerza del uso. Una toquilla de estambre negro é igualmente deteriorada, cubria su cabeza, y á traves de sus dobleces, se veian dos espesas bandas de cabellos rubios ligeramente ondulados.

—¡Diego! ¡Manuel! ¡Emilio! murmuró: ¡estos tres nombres encierran la historia de mi vida! ¡historia de oprobio y de dolor! ¡cómo han de llorar en el cielo, si es que allí entran

las penas, las almas de mi noble padre y de mi virtuosa madre! ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?

Despues de pronunciar estas palabras en voz tan baja que nadie hubiera podido oirlas, ocultó la cara entre las manos, y un diluvio de lágrimas se deslizó entre sus dedos.

Las cuatro de la mañana sonaron en el reloj de la iglesia de Italianos, y aún permanecía la desgraciada apoyada la espalda en la helada pared, inmóvil, casi desmayada de frio y de fatiga.

De vez en cuando murmuraba como entre sueños, y con voz apenas perceptible:

—Yo soy Carolina de Mendoza, hija de un hombre ilustre en la magistratura, y de una mujer enlazada á la más alta aristocracia y de una virtud proverbial: yo me casé con un hombre honrado y que ocupaba una posicion distinguida: y ahora estoy aquí, en la calle, esperando á un tahur, que además de serlo, me desprecia y me abandona... ¡oh! ¡es horrible!... ¡horrible!

Tan amargas reflexiones fueron interrumpidas por el rumor de muchas voces: cinco hombres salian hablando á la vez de la casa, al lado de cuya puerta cerrada, se hallaba recostada Carolina.

Ésta se extremeció, alzó la cabeza, miró á la cara á uno de aquellos hombres, y exclamó:

—¡Emilio!

—¡Qué demonio de persecucion esta! exclamó encolerizado el que salia de la casa con los otros cuatro: ¿se puede saber á qué has venido aquí?

—¡A esperarte! ¡á verte! ¡hace hoy ocho dias que no pareces por casa!

—¡Iré hoy! ¡ahora tengo que tomar la revancha de lo que he perdido en ese garito infame! dejame, Carolina.

—¡No, no te dejo! ven conmigo.

El jóven, que era el mismo que esperaba á Carolina en otro tiempo en la puerta de la tienda de los bordados, y que la perseguia con inquebrantable constancia, se desasió bruscamente de la mano que la pobre mujer apoyaba en su brazo, y repitió con enfado:

—¡Déjame, Carolina, déjame!

—¡No te dejo!

—¡Qué terquedad y qué empeño en que vivamos como palomitos! ¡piensa en que tienes doce años más que yo, y déjame alguna libertad! mira, no tengo un cuarto: voy á buscar mi desquite, y hoy mismo iré á verte: yo te quise, te hablé al plantar tu al militarote aquel, que tambien se cansó de tí; pero si sigues

siendo tan exigente, tendré que dejarte, y que te sufra otro.

Y diciendo estas palabras, empujó brutalmente á Carolina, y apresuró el paso para reunirse con sus amigos, é ir á buscar su desquite.

***

—¡*Otro!* repitió dolorosamente Carolina: no, ¡basta! no quiero caer ya más abajo: volvamos á Dios esta vida que podia haber sido pura, ya que no feliz, y que yo llegaria á hacer vergonzosa y despreciable.

Con paso lento echó á andar, parándose algunas veces, y llegó hasta la calle de la Paz: con una llave abrió una puerta mísera, y subió á oscuras una larga y angosta escalera: al llegar al último piso, abrió otra puertecita, y se halló en una pobre bohardilla ocupada por una cómoda, una mesita de labor y una cama casi pobre.

Sobre la mesa habia una copa de cristal que tenia dos dedos de agua blanquecina y parecida á almidon desleido.

Carolina agitó con una cuchara de metal el poso del fondo, alzó los ojos al cielo, movió los labios durante dos segundos como si orase, y la bebió de un sorbo.

Luego se quitó la toquilla, alisó sus cabellos, y miró con una triste sonrisa sus facciones marchitas y sus ojos hundidos.

Despues se tendió en el lecho, arregló los pliegues de su falda, y cruzando las manos, se puso á hablar con el pensamiento al que es el padre de todos.

—Ya lo veis, Dios mio, le dijo: yo estaba ya en la pendiente de la infamia; cada dia hubiera caido un poco más: estoy cansada de vivir y agobiada de fatiga; la mujer cuya vida se desquicia, no tiene más amparo que la muerte: acogedme en vuestro seno paternal. ¡Señor mio Jesucristo! ¡Perdonadme!

Una convulsion agitó todo su cuerpo: estaba tan débil, que la muerte tuvo poco que hacer para tomar posesion de ella, y pocos minutos despues la acogió en sus brazos, y la adurmió en su seno para siempre.

BIBLIOTECA PÚBLICA · LEÓN

LAS MUJERES FUERTES.

No quiero hablar de las mujeres que votan, porque no sabria hacerlo: hasta tal extremo desconozco el asunto, y cuál es el mal ó el bien que puede redundar á la sociedad de esa manifestacion de fortaleza y de importancia política que parece estima mucho *la más débil mitad* del género humano.

Confieso que no he leido el libro de Dumas *Las mujeres que matan y las mujeres que votan*: tengo acerca de este asunto mis convicciones profundas, arraigadas, inquebrantables: y cuando quiero admirar el gran talento de Dumas, voy á buscarle en uno de sus admirables estudios literarios, y jamás se me ha ocurrido leer esas páginas que en nada habian de variar mi punto de vista en cuanto al lugar que debe ocupar la mujer, social y moralmente hablando, pues políticamente no me parece que necesita ninguno.

Nada diré, pues, de las mujeres *que votan*; pero las *que matan* me parecen fieras más que mujeres, y pienso que con su inícua y feroz venganza justifican el abandono del hombre que las amó, quizá verdadera y fielmente, hasta que se hastió de sus condiciones de carácter.

Una escritora eminente, la Sra. Avellaneda, lo ha dicho en uno de sus mejores libros: "Tanto valdria pedir al amor constancia eterna, como pedir al cielo perpétua serenidad y al mar inalterable calma."—Y es dar muestras de una gran nulidad de inteligencia el pensar que en las cuestiones del corazon se hace lo que se quiere ó se debe, cuando solo hacemos aquello que podemos.

Si para las imaginaciones enfermas ó estragadas es interesante la mujer vengativa que atenta á la vida del hombre que la amó y que ha dejado ya de amarla, para mí es un sér que se despoja de todas las amables cualidades, de todos los encantos de la mujer. ¿Qué es ésta cuando pierde el pudor, la modestia, la bondad elevada del carácter y la dulce propension á perdonar? ¿Y quién que se detenga á pensar un poco podrá dudar de que acaso volveria á ser suyo el corazon que perdió, si en vez del rewolver ó del puñal se armase con el dolor y las lágrimas?

No está una mujer perdida de una manera irredimible porque haya sucumbido al atractivo del amor y á la seduccion de eternos juramentos: antes bien, la que guarda con ella y cuida á la desdichada criatura fruto de su credulidad es digna del respeto y de la consideracion de todas las almas buenas: pero la que dejando de ser mujer se convierte en tigre furiosa, sedienta de sangre, en Eumenide, ansiosa de venganza, ésta es la que renuncia para siempre á la estimacion de la sociedad, publicando su falta más vergonzosamente que la que alimenta y cuida al fruto de sus entrañas en el retiro, y con la esperanza puesta en Dios.

Más de una vez la resignacion ha alcanzado lo que los arrebatos más furiosos no hubieran podido lograr: más de una vez un noble silencio, una altiva y digna conformidad, han interesado al seductor, que hastiado al fin de las orgías y del vicio, ha pensado en el hogar solitario y apacible donde una mujer amante y una tierna criatura le llamaban con el corazon.

Y aun dado caso que los agravios sean de esos cuyo perdon se hace imposible; de esos que enfrian el corazon ó le convierten en cenizas, el desden silencioso y absoluto, pero digno y modesto—que hasta en la manifestacion del desprecio cabe la modestia,—seria la venganza

más noble y más completa del ultraje recibido.

Podrá objetarse que en algunas ocasiones la desgraciada seducida carece hasta del pan preciso para ella y para su hijo: más ¿acaso el crímen se lo dá? ¿y será alguna ventaja para esos hijos desventurados, el deber el sér á una madre homicida, ademas de deberlo á un padre desnaturalizado?

Nunca el hombre se ha dejado vencer por el dominio de la fuerza, á no ser que desconozca por completo la dignidad: y si le son tan antipáticos los ultrajes, tan odiosas las disputas, claro es que jamás cederá á tales medios, no de persuasion, sino de obsesion.

Preciso es confesarlo, aunque sea en detrimento de la fortaleza varonil; el hombre ama más lo agradable que lo bueno, y si la virtud severa y rígida le es algunas veces antipática y repulsiva, la ferocidad ha de serle odiosa.

No son esas nuestras armas, mis queridas lectoras; nunca lograremos nada por la fuerza ó por la venganza; habrá quien comprenda y admire á la mujer enérgica y fuerte; yo siento no ser de ese número para amar de otro nuevo modo á la mujer; mas aun cuando la voy á buscar al campo del pasado, y entre las páginas de la historia, admiro más á la mártir de las oscuras penas del hogar doméstico, que á las

heroinas como Juana de Arco y la Monja Alférez.

Bastantes hombres hay que derramen la sangre de sus semejantes; á las mujeres toca solo amar, persuadir y perdonar.

La resignacion es una de las armas más poderosas, y hasta se puede asegurar, una de las más grandes coqueterías de la mujer; no es la falta de sentimiento; es el sentimiento mismo embellecido con la paciencia.

No hay hombre de corazon tan duro que al ver sufrir á una mujer silenciosa y noblemente por sus estravíos, no se avergüence de ellos y procure corregirlos. La cólera exaspera al sexo fuerte; semejante al clarin del combate, le convida á la batalla, y le hace desafiar todos los peligros.

Sabed sufrir y esperar aquellas que esteis propensas á imitar el terrible y degradante ejemplo de *Las mujeres que matan;* porque si el amor ha de volver á renacer en el corazon del infiel, del voluble que os olvida, ha de ser al veros pacientes, y no al sospechar que podeis vengaros.

Si cada mujer no procura por su parte destruir las ideas de asesinato y de venganza que parecen germinar rápidamente en nuestro sexo, dia llegará, y debe estar muy cercano, en que

el más odioso de los calificativos sea el de *mujer fuerte.*

Nada hay tan libre, tan espontáneo como el amor, y por esto no hay nada tan grandioso, y tan noble; es, pues, inútil sujetarle á leyes, exigirle que viva cuando ha muerto ó que tenga fuerza, cuando se ha debilitado; cuando llegue este caso, es preciso cuidarle como á un enfermo, procurar reanimarle con remedios suaves; y si muere... si muere llorarle, pero no vengarse de su muerte con nuestra muerte moral y social, que ese es el solo bien que encuentra la mujer al convertirse en asesino.

LA CELEBRIDAD.

No lo creas, mi bien; el mundo miente:
¡El génio es un castigo...!

Carolina Coronado.

I

—¡Mira, mira qué mujer tan adorable! ¡qué dulce é inteligente expresion la de su semblante! ¿quién será?

—Ya sabes que acabo de llegar de mi provincia, y que no conozco á nadie: pero allí está tu amigo Luis que te sacará de dudas.

—Es verdad... Luis, tú que todo lo sabes, dime, ¿quién es esa damita pequeña y delicada que ocupa aquella butaca? ¿la conoces?

—¡Hum! contesta el interpelado con un gesto equívoco: ¡que si la conozco! ¿quién no la conoce en Madrid? ¡es *una celebridad!*

—¡Una celebridad! ¿en qué?

—Escribe novelas.

—¡Que lástima! exclama el admirador: ¡y á mí que me gustaba tanto!

—¿Sí? pues anda, ¡atrévete á decirla algo! ¡estás fresco! ¡no se burlará poco de tí!

—¿Burlarse con esa dulce fisonomía?

—¿Qué tiene eso que ver? las escritoras no son como las demás mujeres: fingen siempre y en todo: ellas no producen más que majaderías que hacen dormir: pero en cambio, son burlonas, satíricas, perversas; con que mira, te aconsejo que cierres los ojos ó te vayas de aquí para no ver á la celebridad, ó tendrás que arrepentirte mucho. Fernando, tú eres muy inocente, y no conoces el mundo y las mujeres.

Fernando suspira y guarda silencio: es una naturaleza tímida y orgullosa á la vez; *la celebridad* le espanta: y no obstante, sus ojos no pueden separarse del plácido y dulce rostro de la *literata* (asi la llama él, como es achaque comun en los hombres): la encuentra simpática, atrayente, dulce, la adora ya en secreto; pero una voz, la de su razon severa, le dice al oido:

—Huye de ella: ¡una mujer célebre! ¡no será poco burlona y poco incisiva, y no te hallará poco ridículo!

Y al terminarse la funcion la sigue con una mirada cuando se aleja, y exclama:

—¡Ah! ¡por qué no será la mujer más vulgar y más desconocida!

II

La escena es en el recien restaurado y elegante café de *La Iberia.*

En una mesa bastante grande, se hallan sentadas cinco ó seis damas, y á su alrrededor hay otros tantos caballeros.

Una de las señoras, muy pintada y muy vieja, adornada con un sombrero *carabá* muy exagerado, dice á media voz:

—Ahí viene la de Santiso: ¡qué fea es!

—¡Pero qué bien escribe! exclama uno de los caballeros volviéndose rápidamente.

—¿Quién dice que es fea? pregunta con sorna otro de los concurrentes, el mismo que lamentaba en el teatro que no fuese una vulgaridad.

—¿Pues qué le halla Vd. de bonita? pregunta otra dama muy picada.

—¿Qué le hallo? ¡todo! y por encima de todo, la atractiva expresion de su fisonomía.

—¡Pues hijo, dígale Vd. algo! bien fácil es.

—No me atrevo á decirle nada, señora, porque antes bien la creo muy difícil.

—Pues es un error; y además á sus años...

—¿Qué años *la dá* Vd., señora?

—¿Qué sé yo? ¡hace veinte que escribe!...

Amigo mio, las *celebridades* son como los reyes; no pueden ocultar la edad; en cambio de sus muchas dichas, tienen esa desgracia.

Otro de los concurrentes á la tertulia mira tristemente á la jóven que habla así; es su novio, y nada es tan sensible para un hombre de honor, como descubrir malos sentimientos en la que ha elegido para compañera de su vida.

—Tengo entendido que esa señora empezó á escribir novelas desde su más tierna infancia, dijo gravemente, y que su familia publicó la primera suya cuando aún no contaba 10 años.

—¡Patrañas! observó otra de las señoras; á los 10 años no se escriben novelas.

—Es un cerebro privilegiado.

—¡Pues buen provecho le haga á Vd! ódio á esas mujeres que invaden el terreno de los hombres.

—Yo las compadezco, dice el más anciano de los concurrentes; las mujeres las detestan en efecto, por emulacion, y los hombres las temen por su talento.

—¿Y con quién vá?

—Con una cursi; ¿quién ha de ir con una *celebridad*? Son tan extravagantes las mujeres notables, que su compañía debe ser muy fastidiosa.

—Y luego, tienen mala fama; ¡esa estuvo

separada de su marido, y despues de viuda se divierte de lo lindo, sin respetar á los maridos de las otras...!

En tanto que así desgarran su honra, calumnian sus sentimientos y acusan su corazon, la desgraciada víctima atraviesa dos salones, y distintas personas dicen á media voz:

—¡La de Santiso!

—¡Ahí vá la de Santiso!

—Me gusta mucho, dice una señora jóven y agraciada, y hubiera podido tratarla por medio de una parienta suya; pero me asusta su *celebridad;* ¡le pareceria yo tan vulgar y tan nécia!

III

La tarde está hermosa y apacible; el mes de Junio participa de los bellos dias de la primavera y del cálido ambiente del estío; por una de las alamedas de la Castellana va *la celebridad* con un caballero jóven, de figura agraciada y distinguida.

En la calle donde la gente se sienta, un grupo de señoras repara en ella, porque siempre son las señoras las que la ven así que aparece.

—La de Santiso viene *con uno*, dice dando la voz de alerta una de ellas.

—¡Qué atrevimiento! murmura otra púdicamente; ¡una persona *tan conocida*, ir así á paseo!

—¡Pero señoras, por Dios, si va por una calle que no hay nadie! observa un esposo indulgente.

—¡Solo faltaba que viniera por aquí! lo que es yo la trato algo de verla en casa de unos tios suyos; pero ya no la vuelvo á saludar.

—¡Y harás muy bien! es denigrante tratar á una mujer así, por más literata que sea.

—¡Si todo *lo que hace* fuera á la sombra de un marido, pase; pero así, viviendo sola, es inaudito!

—¿Pero señoras, no dicen Vds. que es vieja y fea? Entonces ¿qué puede hacer? ¿ó es que no quieren Vds. que vaya al teatro, ni que pasee, ni que mire á nadie?

—¿No es una celebridad? ¿no la conoce todo el mundo? ¡pues que se fastidie!

—¡Pues ya se fastidia! contesta el marido aburrido que defiende á la celebridad; y desde luego, ahora hablan Vds. por hablar; porque el que la acompaña es un hermano suyo, que acaba de llegar á Madrid.

—¿Un hermano? exclama el coro femenino con una carcajada; ¡probablemente será hermano

en Adan! ¡las celebridades, si tienen familia, reniega esta de ellas!

IV

¡Oh funesta, terrible celebridad! ¡tú eres el manto de plomo de que habla el Dante, y que abruma al que lo lleva!

Tú pones de relieve todos los defectos, aguzas el aguijon de la envidia, robas toda libertad, y sujetas á la más odiosa esclavitud.

¡Si al hombre impones rudos y terribles deberes, cuando alcanza la mujer á conseguirte es para ser tu víctima inerme, á la que desgarran todas las furias que habitan la tierra, y que son más crueles que deben ser las del infierno!

¡Cuántos amores tiernos y sinceros retroceden ante tí! ¡cuántas veces has ahogado una profunda y generosa simpatía!

¡Dichosa mil veces la mujer cuyo nombre no ha salido del plácido recinto de su hogar! ¡dichosa la que nacida con talento, lo ha consagrado solo á la dicha de su esposo y de sus hijos!

El génio radioso y reconocido es la túnica de Nesso, que abrasa al que la lleva; como dice Carolina Coronado, *el génio es un castigo.*

EL AMOR PROPIO.

Á MI AMIGO .....

No fruto, porque sería un fruto amargo, sino resultado de una de nuestras largas conversaciones, serán estas desaliñadas líneas, donde verás por completo el fondo de mi pensamiento, que en las cuestiones árduas de la vida no siempre me atrevo á mostrarte.

La cualidad, como algunos la llaman, el defecto, como lo llamo yo, que sirve de epígrafe á este artículo, es, á mi parecer, uno de los más grandes azotes de la humanidad, uno de los que hacen más víctimas y producen mas dramas en el seno de las familias.

¿Qué es *el amor propio?*

Una pasion exagerada del propio sér: una falta absoluta de generosidad, de abnegacion, de fortaleza de alma y hasta de piedad para los otros: una incapacidad aterradora del perdon, una gran falta de caridad para los errores ajenos, y acaso un gran convencimiento de la propia perfeccion.

Cuando á largos intervalos,—y de algunos años acá con horrible frecuencia—oigo estallar una gran catástrofe, cuando llegan hasta mí los vapores sangrientos de un asesinato ó de un suicidio, lo primero que me ocurre es esta idea:

—Consecuencia espantosa del amor propio.

Porque no es el amor ajeno, no es la pasion á otro sér lo que hace renunciar á la vida, no: es el despecho de ver malogrados los deseos y las esperanzas que se albergaban: es el amor propio herido ó desairado.

¡Cuántas veces el excesivo amor de sí mismo se cubre con el manto feroz de la venganza!

¡Cuántas un leve insulto, una falta ligera se castiga con la muerte, y con una muerte horrible y friamente premeditada!

La víctima del amor propio es muchas veces inocente y siempre poco culpable; porque una sola irreflexion puede desatar contra ella los mas furiosos deseos de represálias y de castigo, si el que se cree ofendido está dominado por el exagerado amor de sí mismo.

El que se halla ofuscado por esa pasion, créeme, amigo mio, está expuesto á todas horas á ser criminal; porque el orgullo—que es sinónimo del amor propio—el orgullo herido le empuja á los más grandes excesos.

¡Cosa extraña y terrible! El amor propio es la sola pasion que, como la túnica de Nesso, tortura y aniquila al que la posee. Todas las demás pasiones dan deleites ó proporcionan complacencia: el amor propio solo da tormento.

Habrás visto amantes que ciegamente enamorados de una mujer, han renunciado á ella solo por una palabra, por un gesto, por una mirada que haya ofendido su amor propio, y se han condenado á una vida de soledad moral, de terrible martirio, por no poder *ni querer* perdonar una ofensa leve; ¡para ellos la negra sombra de aquel ultraje cubría todas las perfecciones que antes habian adorado, toda hermosura, toda grandeza de alma, toda ternura, toda elevacion de sentimientos! El amor propio herido hablaba más alto que toda estimacion, que toda admiracion, y al ménos por el pronto se creian muy felices con huir de la que *les habia faltado.*

¡Ay! ¡Por el pronto solamente! ¡Porque luego, todas las gracias de la pobre delincuente volvian á la memoria del vengador, y se exculpian en ella con caractéres de fuego! ¡Toda cualidad les parecia mas sublime que antes de separarse de ella, sus sentimientos mas nobles, su belleza más encantadora! Y sin embargo, el amor propio, armado de punta en blanco á la

puerta de su corazon rencoroso, la mantenia cerrada á toda ternura, á todo dulce sentimiento de perdon, á toda esperanza de dicha, y decia al desgraciado:

—¡No abrigues ninguna esperanza de ventura, no perdones! ¡Sufre sin descánso, y muere!

Si alguna vez el egoismo puede ser dulce, yo te afirmo, amigo mio, que hay un dulce egoismo en perdonar: así nos lo hace ver Dumas (hijo) en su bello y consolador drama *La Princesa Georges:* una jóven, no muy bonita, pero sí muy buena y muy opulenta, se casa por amor con un hombre digno y honrado, que despues se extravía y se embriaga con el humo abrasador de las pasiones: la esposa, sin perder nada de su decoro y altiva dignidad, se le queja dulcemente, le asegura de su amor y de su perdon, y le ruega que no le cause tan amargos pesares: mas el Príncipe, seducido, agobiado por la persecucion de una mujer, cuya conquista le ha sido penosa, decide huir con ella, y dejar á la esposa que le ha consagrado su vida: la misma madre de la Princesa es la que avisa á su hija de la inícua trama, y le da las pruebas, añadiendo que se prepare á seguirla á la casa materna, pues no quiere dejarla ni una hora más en la de su ingrato esposo.

—¡Ah, madre mia! exclama la Princesa: ¿y

me será dado vivir sin él? ¡Imposible! ¡Si vivo, mi existencia será una tortura sin nombre! ¡Antes que renunciar á mi marido, prefiero perdonarle!

Tal es tambien mi modo de pensar en este asunto: antes que renunciar al objeto amado, cuando se le ama con pasion, es preferible perdonarle, y esto por la sencilla razon de que renunciar á lo que amo, es superior á mis fuerzas.

Hay muchas personas que llaman al amor propio dignidad, y al confundir un defecto con una virtud, caen en un gran error: la dignidad es amable, dulce, atrayente; el amor propio es cruelmente díscolo, susceptible y duro á la vez: la dignidad *sabe* perdonar y *puede* olvidar, hasta tal punto, que el perdon y el olvido van con ella en grata y dulce compañía.

El amor propio tiene ojos de lince para la ofensa, y tal afan por buscarla, que la ve donde jamás ha existido: la dignidad, por el contrario, la ve, la sufre, y rehusa creer en ella: el amor propio es acre, amargo, hiriente; la dignidad es dulce, tranquila y reposada.

Jamás la dignidad ha aconsejado el escándalo, el crímen ni la venganza: de todo exceso, de toda ostentacion culpable, huye aterrorizada: el ridículo la espanta, y las manifestaciones del amor propio son ridículas casi siempre, porque

indican un espíritu estrecho y sin idea ninguna de elevacion.

Tú sabes, amigo mio, con cuánta vehemencia aseguras que el amor propio lo puede todo en tí: pero yo creo tanto en la lucidez de tu razon y en la bondad y rectitud de tus sentimientos, que, antes que creer esa afirmacion desoladora, prefiero pensar que te equivocas y que has tomado hasta hoy la dignidad por amor propio: hazte más justicia; tú, tan fácil y tan pronto para el perdon, no puedes abrigar la crueldad fria y tenaz, hija de aquella pasion mezquina: podrás, y eres muy propenso á ello, torturarte á tí mismo; pero eres incapaz de explosiones vengativas, incapaz de hacer sufrir á nadie: yo, que te quiero con toda la verdad del afecto más tierno y mas puro, con la amistad más leal y más sincera, anhelo que salgas de ese error y que mires á la dignidad como á la huéspeda constante é inseparable de tu alma, y al amor propio como al mortal enemigo de la generosidad y de la abnegacion, como á la más grande, punible y traidora de todas las debilidades que el hombre trata de encubrir con el velo de la fortaleza.

UNA JUSTICIA DE LUIS XV.

NARRACION HISTÓRICA.

I

Era una noche del invierno de 1744: el Ayuntamiento de París, entre otros festejos para celebrar el matrimonio del Delfin de Francia con una Infanta de España, dió un magnífico baile de máscaras en el "Hotel de Ville," al que asistieron el Rey y toda la nobleza; jamás se ha visto una reunion tan numerosa de bellezas, ni tantos diamantes en un solo recinto.

Serian como las doce, y el Rey se hallaba de pié y hablando con algunas damas y caballeros de la corte; á su lado estaba la hermosa canonesa Olimpia de Valvelle, su amiga de toda la vida y su más ardiente defensora; allí, Juana Antonia Lenorman de Etoiles, cuya conquista ansiaba el Rey, y que poco despues fué la Marquesa de

Pompadour; allí Md. de Montesson, la Condesa de Egmont, Md. Chaulnes, y todas las estrellas femeninas de aquella corte, entonces la más brillante y la más licenciosa del mundo.

El Rey, que tenia un carácter muy dulce y que estaba dotado de la galantería más esquisita, las oia á todas, y á todas las aplaudia.

No ha habido Monarca más calumniado que Luis XV, segun las memorias más auténticas de su tiempo: lejos de ser egoista y duro de corazon, como su abuelo Luis XIV, que decia *El Estado soy yo*, Luis XV amaba al Estado con pasion, y el dia que perdió el amor de sus pueblos, aquel amor que él creia eterno, murió de dolor.

Los escándalos de la Regencia, que rodearon su infancia; las adulaciones y malas artes de sus cortesanos, manejaron el carácter débil del Rey, y le condujeron á los más culpables desórdenes, sin que imperasen á pesar de esto más que sobre sus sentidos, pues su corazon permaneció siempre bueno y generoso.

En la noche del baile de máscaras, y cuando el Rey se hallaba más entretenido, una máscara esbelta, de talle delicado y vestida de dama veneciana, se apoyó en su brazo.

El Rey se volvió vivamente, y vió la seductora aparicion; dos grandes ojos negros brilla-

ban á través de las aberturas de la careta; una pequeña y delicada mano, finamente enguantada, temblaba sobre su brazo; iba á dirigirle la palabra, pero la delicada damita se le adelantó.

—Señor, le dijo, he venido á buscaros aquí, por que necesito hablaros en secreto.

Las damas y caballeros que rodeaban al Rey abrieron un círculo, y se apartaron respetuosamente, dejando un gran espacio vacío, donde se hallaron solos el Rey y su compañera.

—¿Es cosa importante lo que quereis decir, señora? preguntó con dulzura; es ya la hora de la cena, y no quisiera que me esperasen.

—¡Es un asunto de vida ó muerte, señor!

—¿Para vos, ó para mí?

—Para mí, señor.

—En ese caso vamos á hablar ahora mismo, dijo el Rey; si fuera cosa mia, lo dejaríamos para otra ocasion; pero interesándoos á vos, iremos á mi habitacion reservada; contad desde ahora conmigo.

Luis XV, sin saludar á nadie, sin soltar del brazo á su compañera, se dirijió á la puerta de salida y desapareció tras de las grandes cortinas de terciopelo.

II

Atravesando corredores y estancias, llegaron el Rey y su compañera á un precioso saloncito, lleno de espejos, y tapizado de seda color de rosa, que se habia dispuesto por si el Rey queria reposar durante el baile.—Ya allí, el Rey dijo á uno de sus ayudas de cámara que se hallaba á sus órdenes.

—Salid, Lebel; cerrad, y que nadie se acerque á esa puerta.

Y volviéndose á la dama, añadió conduciéndola á un camapé:

—Hablad, señora, y nada temais.

La jóven desató su careta, y apareció el rostro de una niña; no llegaba á quince años; más que su belleza, que era encantadora, llamaba la atencion en su semblante una expresion desesperada y sombría.

—Señor, empezó á decir con voz oscura, pero con acento enérgico; yo soy la hija menor del Duque de Soubissé; tengo dos hermanas y tres hermanos, á los que han criado con todo cariño; desde que nací me enviaron con mi nodriza á un monasterio; mi madre murió

cuatro meses despues; yo he permanecido en mi encierro, hasta que una enfermedad de consuncion hizo pedir á las religiosas mi salida de su casa; en la de mi padre estoy encerrada, y tanto él como su hermano el Comendador parecen aborrecerme, y quieren que vuelva al convento á la fuerza.

—¿De modo que vos no teneis aficion á la vida religiosa?

—Antes la tenia señor: ahora...

—Y bien, señorita, preguntó el Rey, ¿ahora no? ¿amais ya á vuestra edad? no temaís decírmelo; yo quiero proteger vuestra libertad y vuestro amor.

—Señor, dijo la jóven, V. M. no se ha engañado; yo amo apasionadamente; cuando salí del convento, ví en casa de mi padre un retrato...

—¿Un retrato?

—El retrato de un hombre de una belleza ideal, y de él me enamoré...

—¿A quién representa ese retrato?

—¡Al Rey de Francia! respondió la jóven doblando la cabeza, cubierto su rostro de una confusion mortal, y cayendo á los piés del Monarca.

Luis XV quedó mudo de asombro; durante un instante miró la inclinada cabeza de aquella niña con una piedad profunda; luego la li-

cencia, que hacía ley en aquella época, las fatales máximas de la regencia, y el temor pueril de parecer ridículo si transpiraba esta aventura, cambiaron por completo su pensamiento.

Su angel bueno se cubrió el rostro con las alas, y voló llorando al cielo.

—Levantaos, señorita; tranquilizáos, y decidme vuestro nombre.

—Me llamo Jaquelina, señor, respondió ésta, cediendo á la presion del Rey, que la levantaba.

—Tranquilizaos, pues, Jaquelina; ni volvereis al convento, ni nadie os violentará; mas por atencion á vuestra familia, toda ella adicta á la mía hasta el heroismo, volvereis á vuestra casa esta noche; yo os daré un guia seguro; ahora tranquilizáos, habladme, hacedme dichoso repitiéndome que me amais; los Reyes somos amados de veras muy pocas veces, y vos no debeis mentir, por que sois una niña inocente.

III

El Rey, muy ocupado entonces de la conquista de Md. de Etioles, á la que deseaba mucho, sin amarla nada, olvidó á Jaquelina de Subissé á los pocos dias; pero al siguiente de su

entrevista con ella en el baile de máscaras, y al levantarse, halló en su cámara entre otros grandes dignatarios al Duque de Subissé.

Entonces el entrecejo de Luis XV se frunció; sus labios se agitaron; y fijando en el magnate una mirada de lince, preguntó:

—¿Es verdad que teneis tres hijas, señor Duque en vez de dos, como yo pensaba?

—¡Oh señor! la menor es tan jóven...

—Que la quereis volver al convento donde ha pasado toda su vida, ¿verdad?

—Es preciso, señor, repuso el Comendador mirando al Rey, y con acento sombrío.

—¡Preciso! ¿y por qué?

Una palidez mortal cubrió el rostro severo del Comendador y el altivo semblante de su hermano; pero ambos guardaron silencio.

—Desistid de ese pensamiento, continuó severamente el Rey, y presentadme á vuestra hija menor, Sr. Duque.

—Ahora está enferma, señor.

—Traedla en cuanto mejore; y tened entendido que estoy informado de su antipatía á la vida del cláustro, y que os prohibo penseis darle ese destino. Jaquelina se casará como corresponde á su clase y como sus hermanas.

El Rey volvió la espalda con aire descontento.

El Duque y el Comendador se miraron á la vez absortos y consternados.

—¿Quién le habrá informado? queria decir aquella mirada.

Pero podian estar tranquilos; el Rey olvidó desde el dia siguiente á Jaquelina.

IV

Nueve meses despues y en un suntuoso departamento situado en lo más profundo y escondido del palacio de Subissé, una jóven se retorcia sobre un lecho magnífico, dando gritos de desesperacion.

Un fuego inmenso ardia en el atrio de una gran chimenea; al lado de esta hoguera, dos hombres de alta estatura se hallaban de pié; uno de ellos de semblante fiero, y vestido de un largo ropon talar, tenia entre sus manos un niño recien nacido.

—¡Verdugos, infames! gritaba Jaquelina, que se hallaba sujeta y atada al lecho con una larga cadena de plata; dadme mil muertes á mí, pero perdonad á mi hijo... ¿que os ha hecho ese inocente?

El eco de estas palabras fué ahogado por un alarido del niño, al arrojarlo en el candente brasero el Comendador.

—¡Su padre es el Rey! el Rey que os dará la muerte! gritó Jaquelina, cayendo privada de sentido, pues el cielo, piadoso, quiso sin duda ahorrarle tan espantoso espectáculo.

El fuego devoró su tierno pasto; el Duque y el Comendador cerraron con llave la habitacion, y salieron dejando sola y dando lastimeros quejidos á Jaquelina.

Desde aquel dia, el Comendador fué el que llevó á Jaquelina algun alimento y un jarro de agua; este alimento se reducia á pan negro; las puertas y ventanas del aposento se habian cerrado herméticamente, y solo le alumbraba una lámpara pendiente del techo.

Dos meses despues aquella frágil existencia tocaba á su fin, cuando un dia entró á darle el alimento un criado viejo y arisco, que poseia toda la confianza del Comendador.

—Amigo mio... dijo Jaquelina con voz débil, me muero; ¿quieres hacerme un favor?

—No puedo desobedecer á mi amo, contestó rudamente el criado.

—¿Tienes hijos?

—Uno solo.

—Pues bien, tu hijo será rico, poderoso mientras viva, si haces una cosa muy pequeña, y yo moriré en paz...

—Hablad... dijo enternecido el anciano; sois

una niña á la que matan sin piedad, y si puedo dulcificar vuestra suerte, me daré por contento.

—Pues bien; vé á casa de la canonesa Olimpia de Valvelle, y dile que esta noche venga; cuando llegue, acompáñala aquí secretamente; era la mejor amiga de mi madre, y quisiera verla para tener por un instante un semblante amigo á mi lado.

El viejo servidor quiso complacer en tan pequeña cosa á la pobre niña moribunda; aquella casa quedaba silenciosa como un convento á las diez; el criado se dijo que no arriesgaba nada en que Jaquelina tuviese aquel supremo consuelo.

A las once de aquella noche, la canonesa se hallaba sentada junto al lecho de Jaquelina: era una mujer jóven aún y muy bella, y decia á la jóven:

—Estad segura, hija mia, de que diré al Rey lo que me pedís, y él os socorrerá.

En efecto, al siguiente dia y á las dos de la tarde un exento del Rey registraba el palacio de Subissé, desde la planta á los tejados; Jaquelina fué conducida en un coche al convento de las Ursulinas de París; el Duque y el Comendador en su propia carroza, fueron conducidos con una fuerte escolta á palacio.—Luis XV al anuncio de su llegada sintió subir á su frente

las llamas de la cólera; despidió con la mano á todas las personas presentes, y dijo al exento de guardias:

—Conducid aqui al Duque y al Comendador.

VII

—Señor, dijo el Comendador adelantándose con aire altivo, pero profundamente respetuoso; dejadme doblar la rodilla ante V. M., y en esta postura haré una relacion á nuestro Soberano: no para excusarnos; no para huir de su justicia; sino para explicarle hechos que ignora.

—¡Hablad! dijo el Rey separando la vista, y apoyando la mano en la mejilla.

El Comendador dobló la rodilla, y empezó así, en tanto que su hermano, á dos pasos de él, tenia los brazos cruzados sobre el pecho:

—Señor, mi hermano se casó muy jóven con la señorita de Chatellerault, que contaba 16 años, y que era de la primera nobleza, pero más pobre que el último mendigo del reino: se casó con ella por amor, contra la voluntad de su familia, é hizo de ella una Duquesa; desde el instante de su casamiento, su ternura, sus cuidados, no se desmintieron ni un solo dia;

esta mujer vió cómo mi hermano amaba á los cinco hijos que le dió; pues bien, señor, un dia llegó un seductor de oficio, un hombre necio y frívolo, una mariposa de la corte, y fijó los ojos en ella; por ese hombre olvidó su marido, sus hijos, y todos los deberes de la gratitud y del honor; una hija bastarda nació en la casa de mi hermano, cuando ya el seductor habia abandonado infamemente á su víctima; esta publicó su deshonor sin saberlo, por que el dolor le quitó la razon... V. M. era un niño y nada de esto recordará; pero esta historia trágica tuvo eco en toda la corte; en la misma semana fueron á dormir al panteon de la familia dos Duquesas de Subissé. ¡Mi madre, mi santa y noble madre, muerta de vergüenza y desesperacion; la esposa de mi hermano mayor, muerta de pesar!

El Comendador hablaba con voz seca y estridente; y el Rey ha dicho despues que jamás un semblante tan sublimemente terrible se ha puesto delante de sus ojos: el vengador prosiguió así:

—Quedaba una niña fruto de esta infamia, y fué el objeto de nuestro ódio: del mio sobre todo, que no he amado nunca más que el nombre ilustre de mi familia, y á mi hermano el jefe de ella: Jaquelina era una rama parásita en este árbol, objeto de mi culto: yo la arrojé

de nuestra casa: el infierno quiso que ella continuase el deshonor traido por su madre; ya que no la maté al nacer, juré que ella y lo que abrigaba su seno morirían.... y han muerto!

Yo mismo he arrojado al fuego al recien nacido, para no dejar de él el menor indicio: yo he visto con delicia sufrir, agonizar á esa jóven que nos habia arrojado el cieno á la frente con su nacimiento, y que nos hubiera llenado de él con su conducta; ¡y no me arrepiento de lo hecho! ¡cien veces lo volvería á hacer! Ahora ¡señor, castígueme V. M. segun su voluntad!

El Rey permaneció con la cabeza apoyada en la mano; el Comendador se retiró dos pasos; su fisonomía habia adquirido una expresion de tranquilidad, de contento y de triunfo.

Luis XV hizo una señal, y el Duque se adelantó: se arrodilló delante del Rey, y por un movimiento lleno de dignidad se quitó las insignias de sus órdenes, y las puso en una mesa que se hallaba á su lado.

—Señor, dijo con voz profundamente triste, enviadnos á la muerte: mas antes que el verdugo degrade nuestra nobleza, que no sean el Duque ni el Comendador los que suban al cadalso: que seamos rayados como indignos del árbol genealógico: pero que del viejo tronco

broten nuevas ramas para el servicio del Rey y del país; enviad á mis tres hijos á la armada como voluntarios: que se hagan matar, ó que reconquisten sus títulos y sus bienes: ellos son inocentes y todo lo ignoran.

El Rey permaneció en silencio algunos instantes, en tanto que los dos nobles esperaban inmóviles como dos estátuas de piedra. Luis XV meditaba; tenia que pesar aquellas dos existencias en la balanza de su justicia: el honor de aquella raza, el de la nobleza, atacada en uno de sus mienbros, y tenia que vengar un crímen espantoso; su propio hijo arrojado en la hoguera, la jóven que habia seducido y que su amor habia asesinado pedian venganza á su corazon. Mas de media hora quedó el Rey de Francia sumergido en una meditacion profunda.

Pálido y sereno, se volvió á los acusados, y les dijo con voz firme:

—Es preciso hacer justicia, y se hará: pero yo sé á qué almas me dirijo y de qué temple son.

Tomando despues un papel, escribió algunas líneas, firmó, y añadió:

—Aquí teneis una órden para el gobernador de la Bastilla, y es á vosotros á quienes encargo de llevarla; id á constituiros prisioneros, sin guardias, sin hablar á nadie, sin que vuestra

familia lo sepa, en vuestra propia carroza, y sin ruido ni publicidad. Esta órden será ejecutada con todo su rigor, y asi lo direis al que ha de recibirla.—Id ahora, y que Dios os perdone! nos vemos en la tierra por la última vez; que el cielo me juzgue ó me absuelva, porque he obrado segun mi conciencia.

—¡Gracias, señor! dijo el Duque; permítanos V. M. que le bendigamos, por la confianza que nos concede, y por el castigo que nos impone! ¡Largo y glorioso reinado á V. M.!

Aquellos dos hombres, dotados de una grandeza salvaje, salieron con paso firme y seguro continente, teniendo en la mano su sentencia cerrada. Luis XV no pensó ni por un instante en hacerlos seguir: por la ventana del aposento los vió subir á su carroza; los dos hermanos levantaron los ojos, hicieron bajar el estribo al apercibir al Rey, y descendieron del carruaje para saludarle respetuosamente; en seguida la carroza partió sin prisa, con lentitud, como si ni aun los caballos pudieran olvidar el decoro de la más alta nobleza.

Cuatro horas despues, el gobernador de la Bastilla enviaba un correo á S. M. para advertirle que los portadores del pliego se habian constituido prisioneros, y que el régio mandato seria ejecutado fielmente.

VIII

Al dia siguiente, uno de los pequeños patios de la Bastilla presentaba un aspecto lúgubre y extraño: hallábase tendido de negro hasta la altura del primer piso: en el centro se levantaba un cadalso enlutado, con un tajo igualmente cubierto de negro, que completaba esta decoracion terrible.

Al dar la una de la mañana, se abrió una puerta, y aparecieron cuatro soldados con antorchas; detras de ellos marchaban tres presidentes con sus togas rojas, precedidos de un macero y de un escribano vestido de negro: venia en seguida el ejecutor con el hacha al hombro: seguian dos hombres con el rostro cubierto con un crespon negro y llevando en las manos un Crucifijo: á cada lado de estos hombres iba un sacerdote: cerraban la fúnebre comitiva el gobernador de la Bastilla y cuatro soldados que conducian tambien antorchas encendidas.

Solo el gobernador y los tres presidentes sabian el nombre de los dos condenados; ninguno habia visto sus rostros.

Ambos subieron con paso firme las gradas

del cadalso; su continente era tranquilo, y se conocia que rezaban.

Una vez llegados á lo alto del tablado, se detuvieron, y el escribano leyó lo siguiente:

"Los prisioneros números 78 y 130 han sido declarados culpables por unanimidad del tribunal reunido; el tribunal, despues de haber tomado las órdenes del Rey, ha condenado á dichos números, que quedarán en blanco segun la voluntad de S. M., á ser degradados de nobleza; á que sus insignias les sean arrancadas por la mano del verdugo, sus nombres borrados de las listas de todos los féudos y vasallos de la corona, y á cortarles la cabeza en presencia de dichos Jueces por el verdugo de la Prebostía de París.

Los condenados se arrodillaron ante los monges, que extendieron las manos sobre sus cabezas, y oraron alzando al cielo los ojos.

En seguida de terminado el acto de la bendicion, el Duque se acercó al tajo; el verdugo le quitó los cordones de las órdenes, los arrojó al suelo, los dió un golpe de hacha, y los pisó tres veces; el Duque se arrodilló, puso la cabeza en el tajo, y el hacha brilló en el aire á la luz de las antorchas.

—¡S. M. indulta al número 78! gritó una voz fuerte.

El Duque no se levantó; estaba como desmayado.

Dos soldados se lo llevaron.

—¡Dios bendiga al Rey!—murmuró el Comendador al pasar su hermano al lado suyo; adios, mi mejor, mi solo amigo! hasta la eternidad.

Arrodillóse dicho esto al lado del tajo, y el verdugo le degradó del mismo modo que al Duque, quitándole todas las órdenes, rompiéndolas con el hacha, y pisándolas.

El Comendador apoyó la cabeza en el tajo; el hacha volvió á levantarse; mas antes de que cayese, la misma poderosa voz que antes la habia detenido, volvió á resonar.

—¡S. M. indulta al número 130! ¡que vuelva á su calabozo, donde permanecerá á perpetuidad!

—¡Ah! ¡yo hubiera preferido la muerte! murmuró aquel hombre de hierro levantándose;—pero ahora como siempre, ¡hágase la voluntad del Rey!

IX.

Algunos dias más tarde, el convento de la Trapa recibió un hermano, cuyo noviciado fué suprimido y que pronunció al entrar votos eter-

nos: el Prior supo solo por un correo del Rey su nombre y las razones de su retiro.

A la vez que el Duque de Subisse se vestia el sayal de la Trapa, se celebraba por su alma una pompa fúnebre, de una magnificencia sin igual en la iglesia de San Sulpicio, su parroquia: el jóven Duque de Subisse heredó á su padre, *muerto de repente*, y heredó tambien sus cargos en la corte.

El Comendador mostró tal dolor por esta pérdida, que abandonó la Francia, y se confinó segun afirmó Luis XV, en un convento de su órden, para rogar por el alma de su hermano: la terrible verdad era, que vivió diez años en uno de los calabozos de la Bastilla.

Tal fué la terrible, pero nobilísima justicia de Luis XV.

Ocho dias despues de la sentencia, la canonesa Olimpia de Valvelle fué por órden del Rey á las Ursulinas para ver á Jaquelina; las monjas rodeaban el lecho con velas encendidas y rezaban las oraciones de los agonizantes: la pobre Jaquelina iba á buscar á su infeliz madre y á su desventurado hijo.

NAVIDAD.

¡Navidad! es decir, el nacimiento de la alegría, del amor, de la luz, de la fé: el nacimiento del Hombre-Dios, es decir, de lo más grande y hermoso que puede concebir la humana imaginacion. Ved aquí lo que simboliza el 25 de Diciembre.

¿Por qué el Rey del cielo envió á su hijo á nacer en un pesebre y le envió en lo más crudo y riguroso del invierno?

Para enseñarnos la paciencia, la humildad, la mansedumbre y el desprendimiento de todos los bienes de la vida.

Jesús, que es la suma belleza, la suma sabiduría, la fuente de toda riqueza, el hijo único y amado del dispensador de todas las grandezas, quiso venir al mundo pobre, humilde, y tomó vida mortal en el seno de una modesta jóven, rica solo en belleza y en virtud.

¡Ah! si quisiéramos inspirarnos en tan grande ejemplo, toda ambicion, toda vanidad, se extinguiria en nosotros: la deporable manía

de elevacion, que hoy es como una enfermedad del ánimo, desapareceria, y el pobre y el humilde se tendrían por dichosos imitando á Jesucristo.

Su Eterno Padre podia haberle hecho nacer bajo los dorados artesones de un palacio soberbio, y bajo la púrpura que Tiro fabricaba para los Reyes de la tierra: podia haber inventado para él algo más alto que todo lo conocido, algo más rico, algo más hermoso y sublime; podia haber coronado su frente con un destello de la divinidad: pero rehusando para él todos los dones de la vanidad humana, solo le dió la hermosura y la virtud.

El Niño-Dios no tuvo más asilo para nacer que un mísero portal, y padeció frio, desnudez y persecuciones.

¡Qué admirable leccion para los que se quejan de no poseer más que una modesta fortuna, para los que están devorados de la sed de riquezas y de honores!

Jesús fué desde que nació el ideal realizado de la belleza y de la perfeccion: la imaginacion más soñadora no puede crear nada semejante á aquel rostro, grave y apacible, dulce y triste á la vez: el mundo del pensamiento estaba detrás de sus hermosos ojos llenos de luz: la inmensa grandeza es siempre triste por-

que ve todas las miserias de la humanidad. Jesús estaba constantemente melancólico: cuentan los doctores que jamás se le vió reir, aunque se sonreia algunas veces.

¡Cuánta melancolía, y á la vez qué dulzura habia en su sonrisa! ¡qué sublime sencillez en su doctrina y qué amor tan grande y tan ardiente á la humanidad!

Compréndese la ternura apasionada que hácia Jesús han sentido, no solo Santa Teresa, sino tambien otras almas generosas y enamoradas. Conociendo á Jesús, meditando su doctrina, sabiendo agradecer los beneficios que ha hecho á la humanidad, no puede amarse ninguna otra cosa.

Jesús es el bello ideal de la mujer cristiana; Jesús adolescente, Jesús mancebo, Jesús, cuando, hombre ya, recorria los pueblos y alumbraba la ignorancia con su palabra divina, siempre aparece grande y hermoso á la imaginacion femenil.

Jesús niño es el amor de la infancia y de las madres. ¡Cuántas gracias atesoraria la niñez del hijo de María, cuando los primeros años de la vida tienen tan natural y tan poderoso encanto! ¡Cuánta belleza, cuánta inocencia habria en aquel niño!

Así todas las mujeres amamos á Jesús, in-

fante, en los brazos de su bella madre; adolescente, trabajando al lado del santo carpintero; melancólico y hermoso mancebo, triste por las culpas de la humanidad; hombre, curando é instruyendo con el calor y el poder de su palabra.

Los hombres sufren y se agitan entre las sombras de la duda, dominados por el orgullo, ofuscados por la ciencia, que segun ellos piensan, se lo enseña todo y segun mi parecer, no les deja ver nada; mas para la mujer que cree sincera y humildemente, para la mujer que en el amor ve una necesidad de su alma y que pone un generoso empeño en admirar lo que ama; para la mujer, *el amor de los amores* será Jesús, en tanto que exista sobre la tierra su hermosa imágen y su consoladora doctrina.

Niños, dad á los pobrecitos de vuestra edad, en nombre del Redentor del mundo, una limosna que alivie sus dolores y su miseria; acordáos de él en medio de vuestras diversiones, y pensad que la infancia desvalida es su imágen. Cuando dais un vestido á un niño pobre, lo dais á Jesús; privâos de algo supérfluo por él, y pensad en que la caridad os llevará á su lado para verle radiante de gloria.

Madres, enseñad á vuestros hijos el amor del Dios-Niño, haciéndoles amar á los pobres:

la caridad es el lema del que nació pobre para sufrir y salvarnos: la caridad es un árbol frondoso que da ricos y abundantes frutos, porque fué fecundado con el martirio de Jesús.

¡NAVIDAD! ¡Nombre hermoso que encierras las alegrías más puras del alma humana! ¡Con justo motivo se celebra tu fiesta! ¡Desde el rico potentado al modesto artesano, todos se alegran, todos aclaman tu llegada!

Pensemos en los que sufren: partamos con los que nada tienen lo que el cielo nos ha dado, porque el mismo Jesús lo ha dicho:

—"No perdereis ni un vaso de agua que deis al menesteroso: porque me lo dais á mí en él, y yo os guardaré el premio en el cielo."

LA SALA DE CONFIANZA.

Suele haber en la casa habitada por una familia que cuenta con regulares medios de fortuna, además de las habitaciones particulares, otra donde se hace labor, donde se pasa la velada cuando no se esperan personas extrañas, y donde dan las lecciones los niños de la casa, que las reciben de una institutriz, de un preceptor, y en ocasiones de estas dos personas á la vez.

Cuando la educacion de los niños está encomendada á profesores que vienen de fuera, es tambien en la sala de confianza donde dan las lecciones; pues si bien es ridículo el tener el salon siempre cerrado, frio y sin vida, á no ser que se abra cuando llegan visitas, no es ménos verdad que su mueblaje y decorado sufririan notable deterioro si fuese teatro de los estudios de los niños, de la constante labor de aguja y corte, y de la reunion á todas horas de la familia.

La sala de confianza es, pues, una de las habitaciones mas útiles y de más uso de la casa;

se amueblará, por lo tanto, con objetos á la vez cómodos y de verdadera solidez, siendo oscura la tapicería de los muebles para que no se manche.

Si tiene chimenea, se encenderá desde temprano, y si no, se caldeará la temperatura con un brasero bien encendido, en el cual podrá quemarse algun perfume suave y agradable, aunque en corta cantidad, para que no ataque á la cabeza, lo que suele suceder á las personas nerviosas.

El mueble mas necesario en la sala de confianza es una mesa bastante grande y cubierta con un tapete que á su vez se cubre en la parte superior con un hule elegante, sobre el cual se cortan y preparan todas las prendas de costura que se hacen en la casa.

Si esta mesa pudiera hablar en las casas habitadas por una familia bien unida, protestaria contra ese grito lúgubre que oimos á todas horas:

¡La familia se va!

Una turba de dulces pensamientos revolotea como pajarillos por encima de la mesa redonda que ocupa el centro de la sala de confianza, y se agita alegre al derredor de la inquieta llama del quinqué: nada hay mas íntimo que esas gratas veladas en una habitacion abri-

gada, perfumada por el dulce aroma del lirio ó con un bello ramo de frescas flores, y con las puertas y balcones cubiertos con espesas cortinas de lana.

Esta mesa sirve para tomar té, para leer los periódicos del dia y hojear los libros nuevos; para que los niños dibujen y escriban, y para que las niñas mayores ó las bellas adolescentes borden y hagan crochet sentadas al derredor; en tanto que sostienen alegre y animada conversacion con su familia y con los amigos íntimos que van á visitarla.

Habrá en la sala de confianza asientos diversos y de variadas formas: butacas de dos tamaños, sillas volantes en los huecos, dos ó tres de las llamadas *de costura*, más pequeñas, y, sobre todo, un sofá cómodo y adicionado con almohadones de persa ó de tela de lana de las cortinas y sillería, que deberán ser iguales.

Estos sofás son el descanso de los ancianos y la delicia de los niños: yo recuerdo todavía uno muy grande, vestido de indiana de fondo azul con disformes figurones de majas y toreros, donde en mi infancia he dormido los mas dulces sueños de mi vida.

¡Qué encantadoras y risiueñas visiones pasaban por delante de mis ojos! ¡Qué horizonte de oro y rosa contemplaba! ¡Oh! ¡Cómo re-

cuerdo aquel sofá, que siendo niña me daba lecho en las largas veladas del invierno, y en la salita de confianza de mi abuela! ¡Cómo soñé allí con una dicha que no podia definir, y que nunca he llegado despues ni á vislumbrar! ¡Cómo las noches de los sábados soñaba con el paseo del dia siguiente, con el teatro donde me llevarian por la tarde, con el vestido, con el sombrero nuevo!

El sofá guarnecido de almohadones es mueble indispensable en la habitacion en que se reune la familia para las tareas y los placeres de la velada: sentado en él, lee el abuelo los periódicos y toma con grato reposo su taza de café; sentada en este sofá, reza la abuela su rosario, y aduerme á la nietecita que está inquieta y llorosa; y hasta el gato, amigo de la familia, y hasta el perrito, compañero de los juegos de los niños, anhelan el blando y dulce reposo que les ofrece.

Un costurero grande, un reló de instantes fijos, una mesa consola superada por un espejo ovalado, sobre la mesa dos ramos de flores, que se cuidará de renovar con frecuencia: tales son los principales accesorios de esta habitacion.

Si nada hay más bello, más agradable y delicioso que las flores frescas, nada hay más triste que la vista de las flores marchitas: cuando

no se pueden renovar los ramos con frecuencia, lo que es un poco caro en el invierno, vale más no tenerlos.

El gran quinqué de pié artísticamente cincelado, con pantalla de porcelana, que dé una luz clara y alegre, debe entrarse desde por la mañana y dejarle sobre la chimenea preparado y pronto para encenderle: la vista de este objeto durante el dia ejercerá un bien moral, haciendo pensar al esposo, al padre, á los niños que van á encerrase en los colegios, en la dulce intimidad que las de la velada, en la hora de las gratas lecturas, del té, de la animada é íntima conversacion.

Si cada casa tuviera una sala de confianza, cómoda, alegre, animada por el influjo encantador de una madre ó de una esposa inteligente y amable, los cafés y casino estarian ménos concurridos, sería mas feliz el hogar, cuyas puras alegrías no compensa la atmósfera abrumadora y sofocante de esos sitios donde se paga por estar algunas horas, y donde solo se puede conseguir el ruido exterior ó el fatal aturdimiento que busca el hombre en el fondo de una copa, para olvidar sus penas, sus decepiones, el frio de su hogar, su soledad moral. En una palabra, Trueba lo ha dicho:

De tus mil soledades
¡oh vida humana!
¡sólo me espanta una,
y es la del alma
¡Y es la del alma,
que á su inmortal destino
va solitaria!

Qué verdad tan triste y tan profunda hay en estos versos! ¡Cómo conoce lo terrible de esa mortal soledad el que los ha escrito, y cuántos hombres hay agobiados por el peso de esa soledad inmensa!

El hogar ha perdido mucho de su dulce prestigio, de su poderoso encanto, por una sola razon; porque la mujer, como la vestal pagana no sabe ó no quiere conservar el fuego sagrado: pero lo mismo que aquella sacerdotisa de Vesta á la que condenaron á ser sepultada viva, la mujer que solo ama la vida exterior, las fiestas, el lujo, los goces materiales, en una palabra; la mujer que descuida el decoro y la poesía del hogar, ve enterrar más que su cuerpo: ve sepultarse en el vacío todas sus ilusiones, el amor de su marido y de sus hijos, y la ventura de toda su vida.

El hombre anhela tener hogar desde que se gastan las ilusiones de su adolescencia: las uniones del amor ilícito no son otra cosa que remedos de la santa union conyugal: y si la mujer llevara al hogar que crea una pequeña

parte de la abnegacion, de la ternura, de la complacencia, de la graciosa coquetería, de los encantos, en una palabra, que llevan al nido del amor pasajero las mujeres locas que se ponen al paso de la vida del hombre, seguramente que en el hogar legítimo reiria de contínuno la felicidad, y habria más sólidas fortunas, y mas limpias y tranquilas conciencias.

Al llegar al otoño de la vida, lo mismo para el hombre que para la mujer, no hay nada que reemplace *la sala de confianza*: si *él* no la tiene en su casa, va á buscarla en la ajena: si *ella* no ha sabido arreglarla, crearla mas bien, con su tibia atmósfera, sus misteriosas ternuras, sus invisibles perfumes, su sofá, con almohadones donde duerme el niño y reza la abuela, vive solitaria y muere triste y abandonada de todo amor.

LO QUE NOS FALTA.

I

Achaque es de todo mortal, pero más particularmente de la mujer, el poner la dicha, no en lo que tenemos, sino en lo que dejamos de poseer.

La que no puede negar que es rica, bien nacida y amada de su familia, lamenta el carecer de hermosura aunque no se la pueda llamar fea.

La que ha nacido bella, suspira por aquellos dotes, ó dice que daria toda su hermosura por un poco de talento.

Yo conozco á una mujer extraordinariamente fea, pero dotada de un talento sobresaliente: una hermosa tarde de primavera se hallaba paseando conmigo en los frondosos jardines de Aranjuez; cansadas ya de andar, nos sentamos en un banco rústico, á la sombra de unos grandes árboles, y empezamos á hablar de mil cosas diferentes.

Mi amiga desplegó tal sutileza de ingénio, tal gracia y tanta lucidez de raciocinio, que yo me entusiasmé, é idólatra del talento, como he sido siempre, no pude ménos de exclamar:

¡Bendito sea Dios, que te ha dotado de tan elevada inteligencia!

Jamás olvidaré el gesto de tristeza con que mi amiga sacudió la cabeza al contestarme.

¡Toda mi inteligencia, dijo, la daria yo por una cara regular!

II

Lo mismo que nos sucede respecto de nuestras cualidades, nos sucede respecto de las de los demás; y sobre todo, en el matrimonio, la mujer es por demás intolerante.

¿Por qué causa es más indulgente y más benévola respecto de sus padres y de sus hermanos, que respecto de su marido?

¡Ay! porque al casarse cree haber conquistado la libertad de ser injusta y de juzgarlo todo con rigor, cuando debia ser lo contrario.

Muchas esposas hay que, favorecidas por la suerte con hombres honrados y que las aman

de todo corazon, les echan en cara el ser poco atentos, que no las miman, ú otra gran culpa por este estilo.

Es decir, que fundamos siempre nuestra desgracia en lo que nos falta, sin pensar en la dicha de lo que poseemos; y como dice muy bien Carolina Coronado

> Es lo mismo que todos pesares
> Del mundo tenga, ó que los sueñe todos,
> Si se sufre igualmente de ambos modos.

III

Hay una cosa, sin embargo, que preserva del dolor de carecer de los bienes que envidiamos á los otros.

La vanidad.

Las personas muy vanas creen lo que poseen perfecto, seductor, inmejorable.

He visto hombres muy graves, hombres de mundo, hombres sérios, atacados de esa feliz dolencia hasta un punto increible; y digo feliz, porque el modo de ver las cosas los que tal defecto tenian era para ellos un elemento de constante y completa dicha.

¿Se habla delante de esas gentes de la distribucion de la casa que cada uno habita?

Ninguno la tiene mejor que la suya.

¿Se habla de caballos?

Los suyos son de la más pura raza.

¿De un buen sastre?

El suyo tiene un nombre glorioso en los anales de la aguja.

¿De perros?

Ellos los poseen de castas desconocidas.

¿De la belleza de una mujer?

Su esposa ó su prometida llama la atencion general cuando se presentan en público.

¿De buena mesa?

Su cocinero tiene que ir á casa de sus amigos, cuando tienen convidados, para hacer alguno de esos platos de que él solo posee el secreto.

¡Oh dicha de la vanidad, quién pudiera disfrutarte!

IV

Hay otra tercera parte de personas á las que se les figura que les falta todo, á causa de una modestia que ya llega á ser como una dolencia del ánimo.

Esta clase es tambien desgraciada, y quizá

más que ninguna, porque cuando falta la completa estimacion de sí mismo, no hay valor para nada, y el alma está en una angustia contínua.

Apelemos á la razon para hallar el justo medio, que está tan lejos de la excesiva vanidad, como del extremo descontento, y tengamos equidad para los demás, á la vez que la tenemos para nosotros mismos.

VIRTUDES SIN MANCHA.

Cuando el corazon es el que resbala,
nunca se detiene en la pendiente.

Victor Hugo.

I

A la sombra de un hermoso y corpulento castaño de Indias hallábase ayer tarde sentada en el parque de Madrid una mujer jóven aún, y cuya fisonomía, más que hermosa interesante, tenia una expresion muy pronunciada de tristeza.

Vestia un traje negro muy sencillo, una pequeña manteleta, y cubria ménos que á medias sus cabellos castaños un sombrero de paja con cintas tornasoladas, como hoy ordena la moda.

Su pequeña mano, finamente enguantada, oprimía el cabo de una sombrilla de cretona de singular elegancia, con cuya contera describia círculos sobre la menuda yerba, y por debajo de los pliegues de su falda enseñaba la tercera

parte de un pié muy delgado, corvo y elegante.

Algo más allá, pero cobijada tambien por la sombra del castaño, se hallaba otra mujer de más edad, cuyo exterior participaba del de una doncella ó camarera y del de una dama de compañía.

El aspecto de esta persona era desagradable, arisco y antipático, sobre todo por la expresion estúpida y contrariada de su semblante.

Mas lejos, pero no á muchos pasos de distancia, se hallaban sentadas en un banco otras dos personas muy distintas entre sí: más distintas que las dos que quedan descritas: era la primera una dama que llegaria á los 60 años, y de una fealdad extrema; á pesar de estar sentada, se conocia lo desmesurado de su talla, que hacia más alta una extrema flacura: nada más parecido á la forma de su gran nariz que el pico de un loro; la boca grande, los ojos hundidos y pequeños, las mil arrugas que cruzaban en todas direcciones su cara de pergamino, y sobre toda la expresion acre, amarga, malévola de su semblante, hacian de aquella mujer un tipo soberanamente, repulsivo, á pesar de la elegancia de su traje de raso verde bronce, y de su capota adornada de plumas.

Acompañábala en su asiento un hombre que podria tener 30 años, de hermosa figura, de mirada alegre y franca, y cuyo rostro varonil tenia una expresion cautivadora de viveza y de inteligencia.—A algunos pasos de esta pareja se hallaba parado un elegante carruaje; cochero y lacayo vestian librea azul oscuro con grandes botones de metal blanco blasonados.

II

—¿Con que vienes de París sin un real? dijo la dama anciana y severa al caballero jóven y alegre que le hacia compañía.

—Sin uno solo: vengo como el gallo de Moron.

—¿Pero contando con mi bolsillo?

—¡Claro está, tia mia! ese bolsillo es tan grande como su corazon de Vd.

—¿Olvidas que me debes seis mil duros?

—Deme Vd. cuatro mil más, y serán diez mil.

—¡Qué viciosa y loca juventud! ¿y para qué tanto dinero? ¿para gastarlo en ese abismo..... en ese París que Dios maldiga?

—¿Pues cree Vd., tia mia, que no hay tambien donde gastarlo en Madrid?

Detúvose el jóven; habia mirado casualmente á su izquierda, y visto el suave perfil de la dama que jugaba con la sombrilla.

—¡Qué linda mujer! dijo volviéndose á su tia.

—¡Sí, sí! desde que nos sentamos aquí la estoy viendo, repuso con acento gruñon aquella: la conozco muy bien y hace tiempo.

—¿Y quién es?

—Una loca; una mujer separada de su marido.

—Pero tia, ¡qué rigorista es Vd.! dijo sonriéndose el caballero.

—Porque tengo el derecho de serlo: de mí nadie ha tenido nada que decir!

—¿Ha tenido Vd. en cambio lo que se llama mucho partido con los hombres, querida tiita? preguntó socarronamente el jóven.

—No, porque en vez de ser coqueta, era muy séria con ellos.

—¿Y no se atrevian á decir nada, verdad?

—Alberto, no gastes bromitas.

—Lo digo, porque segun he oido nunca ha tenido Vd. un solo novio; así, ¿qué mérito hay en su virtud inmaculada?

—¿Quién te ha dicho que nunca he tenido novios? preguntó fuera de sí la dama de las plumas.

BIBLIOTECA PÚBLICA · LEÓN ·

—Mi madre.

—¡Otra loca!

—¿Cómo.....?

La solterona palidecio al oir el acento que su sobrino dió á esta pregunta.

—Tu madre era mi hermana, dijo con una sonrisa; y aunque quise decir que era algo coqueta, es solo por que tuvo siempre muchos adoradores; pero jamás amó más que á su marido.

—Entonces mi madre era una virtud, repuso gloriosamente el jóven: toda su vida fué adorada por muchos, y nunca quiso ni pudo amar más que al compañero de su vida.

III

Reinó un breve silencio.

—Pero al fin, ¿qué es lo que ha hecho esa mujer que veo ahí sentada melancólicamente sobre la yerba, acompañada de una criada, y que parece absorta en tan tristes reflexiones?

—Su marido se fué á Cuba..... ella se enamoró de otro.....

—Y ese otro de ella: nada más natural.

—Tomó la vida en tonto: se separó del ma-

rido y se marchó con el objeto de su amor..... no se la veia en ninguna parte: llegó el esposo, y ella misma solicitó la separacion; el hombre á quien todo lo habia sacrificado la abandonó.

—¿Y despues?

—¿Qué se yo? todo el mundo dice que es una mala cabeza; está muy pobre: ha perdido su posicion social y todas sus relaciones; nadie la mira más que los hombres..... ¡Oh, esos sí! si alguna vez va al teatro, con esa misma criada, su sola compañía, se la tragan con los ojos!

—¿Y ella?

—Ella los mira tambien: si supiera que estabas aquí, te haria mil coqueterías.

En aquel instante la que era objeto de esta conversacion miró casualmente hácia el banco; sus grandes y melancólicos ojos estaban llenos de lágrimas: al hallarse con los de Alberto, un delicado color de rosa vistió sus blancas megillas: bajó la cabeza, y enjugó disimuladamente el llanto que ansiaba brotar de sus párpados.

Habia tanta y tan delicada modestia en aquella accion, que el jóven la contempló un instante profundamente conmovido.

—¡Oh virtudes sin mancha! pensó: ¡oh virtudes que nadie atacó jamás! Si entrais en las celestes regiones ¡qué bajo será vuestro sitio

comparado al glorioso que tendrán las mártires del corazon, las que poseyeron un alma sedienta de ternura, las que sucumbieron á las crueles mordeduras de la envidia y del egoismo!

ECONOMIA Y PRODIGALIDAD.

I

La economía es el gran tesorero de todas las casas: para las madres de familia representa la prosperidad y la abundancia del hogar doméstico; para los egoistas es el medio de obtener los goces personales; para los corazones generosos, es la via que conduce á la caridad y que permite las liberalidades hechas á tiempo; gracias á la economía, puede evitarse el disputar á una desgraciada obrera una parte de su humilde salario, tan penosamente ganado.

La prodigalidad ofrece naturalmente los resultados opuestos; marcha siempre en compañía de la mezquindad, porque no se alimenta lo supérfluo más que á expensas de lo necesario, y de esta suerte se tergiversa la importancia real de cada objeto, y se tratan sériamente las cosas frívolas, y ligeramente los objetos sérios.

Los caprichos—aun aquellos que parecen ser poco costosos—absorben poco á poco una parte del dinero de que se puede disponer, y se llega insensiblemente, ya á suprimir los gastos necesarios, ya á contraer deudas para poder tener lo preciso.

Hay mujeres—y entre estas ocupan el primer lugar las parisienses—que merecen la acusacion de frivolidad que se las prodiga, no porque pasen de la cantidad que pueden gastar razonablemente en su equipo y adorno, sino quizá porque atribuyen demasiada importancia á todos los detalles de su *toilette* ó compostura: porque á sus ojos esta cuestion es la primera entre todas las demás cuestiones de la vida.

Este modo de considerar las cosas, las conduce por una pendiente insensible al egoismo y á la sequedad del corazon; defectos que pueden resumirse en uno, pero que es de tal magnitud, que supera á todos los que pueden afear la parte moral de la mujer.

Por fortuna, no son generalmente las españolas las que imitan á las francesas en esta ánsia de lujo y de atavío, y antes bien puede decirse que caen en el opuesto extremo: la esposa, la madre española, suele ofrecer el tipo más completo de abnegacion; y tanto es así, que conozco más de una que se olvida absoluta-

mente de su persona porque nada falte, y aun porque todo sobre á sus hijos.

¡Qué tristes consecuencias ha producido esto que parece una virtud, pero que sin dejar de serlo, tiene tambien gran parte de imprudencia!

II

En la humilde opinion de la que estas líneas escribe, una mujer no debe descuidar jamás su persona; pero tampoco le es lícito dilapidar con una prodigalidad loca, con un ciego amor al lujo, los bienes de que debe participar toda su familia ó que pueden asegurar la tranquilidad de su vejez.

Interesándome desde que tengo uso de razon por la felicidad de mi sexo, pues sé que la mujer sufre siempre y en todas las condiciones de su vida, he observado los tristes resultados que tiene el abandono en que caen muchas mujeres, ya por una economía degradante y mal entendida, ya, como antes dije, por exceso de amor á los suyos, por una abnegacion que es pocas veces recompensada.

El hombre, ya sea padre, hermano, esposo ó hijo, lo primero que quiere es ver á la muje

agradable, ya que no pueda verla *hermosa:* esto halaga su amor propio, y el amor propio es mas grande en el sexo fuerte que en el débil.

El esposo que ve á su mujer despeinada, con una bata de mala tela y mal hecha, con las manos descuidadas, insensiblemente y sin que él se aperciba de ello, le va faltando poco á poco á la consideracion: si ella, por el afan de estar al frente de las haciendas de la casa, rehusa acompañarle cuando sale, él se resigna á irse solo, y á las pocas veces que la esposa manifieste deseo de no salir, el marido se irá muy contento, y se hallará muy á su gusto en completa libertad de elegir otra compañía.

Así, pues, una mujer que estime su dignidad, su dicha, su sosiego, jamás debe dejar su sitio, ni olvidar el decoro que le corresponde: debe vestir lo mejor posible segun sus medios, que acomodará á las exigencias de la moda, y debe diferenciarse mucho de sus sirvientas en su atavío y en el lugar que ocupe en su casa.

Hay mujeres muy buenas, que por su gusto se convierten en mártires, á las que se las quiere poco y se las estima ménos.

Y hay otras tan agradables, que nadie, ni su marido, ni sus hijos, ni sus amigas pueden pasarse sin ellas.

Sin embargo, las primeras sirven á todo el

mundo, y las segundas se hacen servir, ó lo que es mejor, complacer por todos.

Esta es la gran ciencia de la mujer: ser á la vez buena y feliz en lo posible; ser amable á los ojos de ser extraño irreemplazable á los ojos de los suyos.

Esto no es fácil, ciertamente: se necesita paciencia, fuerza de voluntad, abnegacion constante de todas las aficiones; porque así como á la perezosa é indolente le es penosísimo vestirse, visitar y cuidar de su persona, así á la que está dominada por la pasion del lujo le parece intolerable dejar de gastar en todo lo que cree, no solo agradable, sino hasta necesario.

Es un gran arte el de saber equilibrarlos gastos con los ingresos, y llega á la perfeccion cuando se consigue que estos sean menores que aquellos.

Una ilustrada escritora francesa, dama que, aunque ya de edad avanzada, escribia con rara elegancia y con gran conocimiento del mundo y de la vida, la Condesa Dhás, decia que hay una clase de economía que se puede llamar *generosa*, y que es la que permite gastar cuando se debe, y además economizar tambien cuando se debe hacerlo.

III

Hay mujeres que miran como el fin principal de su existencia el *hacer sensacion*, y á este afan pueril lo sacrifican todo: la riqueza y la excentricidad del traje les parece indispensable, y se creen desairadas cuando no pueden llevar cosas que llamen la atencion.

Estas se pueden llamar muy desgraciadas; devoradas por la necesidad de cambiar con la mayor frecuencia posible sus trajes, sus confecciones, sus sombreros y sus adornos, su pensamiento no se ocupa de ninguna cosa séria: su corazon está vacío, su vanidad constantemente herida, porque el lujo es como la simbólica túnica de Nesso, que abrasa á la que la lleva.

Pero hay otras, por el contrario, que se contentan con llevar solo los trajes que su posicion permite, y que se distinguen por su moderacion y sencillez; esta mesura de buen gusto les permite consagrar alguna cantidad á los goces intelectuales, al arreglo y ornato elegante de su casa, y al socorro de los desgraciados.

Este noble resultado solo puede alcanzase proscribiendo cuidadosamente todos los gastos

inútiles, todos los caprichos que parecen pequeños, mas que por lo repetidos, constituyen al fin del año una cantidad respetable.

La casa y la mesa deben estar en armonía con el traje de la señora de la casa y de los indivíduos de su familia; porque no hay nada más ridículo, ni que dé más lugar á la crítica, que ver á una mujer muy elegante, y al entrar en su casa hallar esta míseramente amueblada, ó descuidado su aseo y su buen órden: como no hay nada más triste y más punible que la diferencia que se nota entre una mujer que viste bien, y el descuido de sus hijos y de su marido:

La armonía es la gracia de todas las cosas sin armonía no hay nada bello, nada que cautive, nada que atraiga y fije.

Una de las mejores medidas económicas. que se puede recomendar á la mujer, es el aprender á cortar y coser todos los objetos de que su casa y su familia puedan tener necesidad: esta ciencia es una de las primeras en que se debe iniciar á las niñas, porque es la más necesaria, la más importante, si se consideran los resultados que produce.

Si una mujer es pobre, si su fortuna es módica, aumentará considerablemente los recursos de la casa, economizando los gastos de las hechuras, que son siempre crecidos: si se trata,

por el contrario, de una mujer rica, la costumbre del trabajo la entretendrá en su casa, á la vez que la posibilidad de hacer por sí misma algunos de sus vestidos ó de los de sus hijos, ocupará agradablemente sus ocios: su experiencia en este caso, le permitirá dirigir bien á su doncella ó á su costurera, cuando se trate de vestidos sencillos, de trajes de campo y de casa, y el dinero que hubiera tenido que gastar en esos objetos, podrá aumentar sus recursos para lo supérfluo ó para ayudar á algun desgraciado á tener lo preciso.

Privándose de los caprichos, no falta nunca la necesaria decencia, y hasta una elegancia relativa: más para esto, una mujer necesita ser hábil, laboriosa, activa, fuerte, contra los antojos de su fantasía: esta es la manera de no caer en desigualdades ridículas, porque cuando falta el equilibrio, van juntas, como ya dije, la prodigalidad y la mezquindad.

GOCES Y ESPLENDORES DEL HOGAR.

CARTA Á UNA JÓVEN.

Vas á casarte, mi querida Luisa, y quieres que te diga algo acerca de una cosa muy importante en nuestros dias; acerca del terrible desequilibrio que se advierte entre los gastos y los medios de vida; esta árdua y tenebrosa cuestion te preocupa, lo que prueba la elevado de tu inteligencia y lo profundo de tu penetracion.

Sí: quieres abordar con verdadero valor uno de los más difíciles problemas sociales, y haces bien; el casarse no es solamente conquistar la libertad de salir sola, la de usar brillantes y la de asistir á las diversiones siempre que se quiere; el casarse es crear un hogar, una familia, es unir el destino á otro sér de cuya dicha hay que responder ante Dios, y cuyo honor y bienestar descansa casi por completo entre las manos de la esposa; el casamiento impone árduos deberes, y las que los ignora ó los cumple mal, puedeer causa de muchas desgracias.

La vida habitual no se compone de acciones heróicas, de sacrificios sublimes, ni de abnegaciones sobrehumanas, sino mas bien de pequeños esfuerzos contínuos, renovados cada dia, y á veces cada hora, para los cuales es forzoso desplegar más valor positivo del que al casarse es dado imaginar.

Sin ser gran estadista, y hasta sin serlo absolutamente, como á mí me sucede, se puede advertir claramente y solo con meditar un poco, de qué provienen la angustia, la escasez de medios y la amargura moral que han hecho del suicidio una enfermedad endémica: del afan de figurar, de la sed de lujo, fiebre espantosa de nuestro siglo, y que devora en primer lugar á la mujer.

Y sin embargo, el dique está al alcance de nuestra mano; es ligero, suave y fácil; es la más modesta de las virtudes la que puede contener el torrente devastador de la vanidad, á la manera que un hacecito de flores contiene algunas veces el riachuelo desbordado, que iba á anegar y perder un plantío de arbustos preciosos.

Esta modesta, esta humilde virtud, es la *economía;* sí, Luisa, con algo de inteligencia y de corazon, con un poco de amor á los nuestros, las mujeres podemos hallar la solucion del terrible problema.

Para que veas hasta dónde puede arrastrar la

vanidad á nuestro sexo, oye el relato que voy á hacerte de lo que yo misma he presenciado, y que aunque es un acontecimiento sin valía para los ojos indiferentes, á tí te servirá de gran leccion y saludable ejemplo.

Yo fuí á pasar un invierno en una capital del Mediodía con unos parientes ya de alguna edad, y que me profesan el cariño más tierno; uno de los obsequios que discurrieron para hacer agradable mi estancia en su casa, fué el reunir una noche á sus amigos, con el fin de hacer un poco de música y tomar una taza de thé; durante la velada, una de las señoras presentes nos invitó á pasar otra semejante en su casa; asistimos, y noté que la taza de thé y las galletas, se hallaban escoltadas por otras tazas de chocolate y diferentes bandejas de bizcochos de varias clases: no habia querido ser ménos la dama que invitaba.

A la tercera reunion que tuvo lugar en casa de otra de las señoras amigas de mis parientes, se sirvieron helados y ponche; se cantaron algunas piezas, y hácia el fin de la velada, los jóvenes de ambos sexos pidieron tímidamente permiso para bailar un rigodon.

La cuarta se tituló ya valerosamente *pequeño báile;* se vieron muchos vestidos de muselina blanca y de seda de colores claros; las bandejas

cargadas de helados y de jarabes circulaban con profusion, y hácia media noche se sirvieron dulces y ponche; la reunion, en la que se bailó bastante, duró hasta más de la una de la mañana.

Tres dias despues recibimos una gran tarjeta charolada, sobre la cual leimos con asombro profundo:

"Los señores de... ruegan á ustedes les hagan el honor de asistir esta noche á su casa.—Se bailará."

Era un báile, un báile de veras, al cual fué preciso asistir con vestido escotado. La fiesta fué brillante, y el báile se prolongó hasta muy tarde, amenizado por una excelente orquesta.

Nuestro asombro no habia terminado; una de las notabilidades de la ciudad dió otro báile; esta vez, al lado de la advertencia, "Se bailará," se leia: "Se cenará."—La cena reunió todos los esplendores imaginables.

Esta fué la última de las reuniones: no pudiendo ganar en lujo ni ir más adelante en ostentacion, todo el mundo se dijo:—¡Basta! Porque el principal objeto no era el reunirse para pasar algunas horas en el seno de una buena y cordial amistad, sino el de hacer ostentacion de un lujo creciente y ruinoso; se llegó hasta donde se pudo, y cumplido el objeto, las reuniones tuvieron fin, dichosamente, pues de

no ser así, aquel ridículo pugilato hubiera traido la ruina á muchas familias.

Este ejemplo que he puesto ante tus ojos, mi querida Luisa, se repite cada dia en todas las clases de la sociedad; el lujo lo invade todo; el afan de *no ser ménos*, ciega los ojos de la razon y empuja al precipicio, porque no hay haberes que basten á los caprichos de cada dia.

Acojámonos á la economía, mi querida Luisa, como á una amiga que puede salvarnos del más horrible precipicio; la economía no consiste solo en no hacer ningun gasto supérfluo; consiste tambien en hacer con inteligencia los gastos que son necesarios, porque no debe confundirse la mezquindad con la economía.

Las mujeres tenemos la obligacion ineludible de vigilar todos los gastos del interior, y á nosotras incumbe la más grande responsabilidad en la administracion de los recursos de la casa; calculemos, pues, las necesidades de la misma, y pongamos de buen gusto y de inteligencia todo lo que quitemos de esplendor y de vanidad.

Conténtate, mi querida Luisa, con un trage de sedalina ó de lana, en vez de llevarlo de raso ó de faya, y con un sombrero de paja, en vez de llevarlo de encaje, y está segura de que no por eso serás ménos elegante, sino acaso más que las que gastan diez veces como tú.

Y en vez de asistir á esas fiestas, de las que has de volver con el espíritu fatigado y el corazon vacío, procura hacer de tu casa el santuario de la más pura y perfecta dicha: además de sus goces íntimos, el hogar tiene tambien sus explendores; cuídalos con esmero, y procura que aquello que gastes sea útilmente empleado; hay objetos caros que su belleza y duracion hacen baratos, y en este caso la esplendidez es una economía.

Sobre todo, mi amada Luisa, créate un lugar, llega á él y no le abandones jamás, ni aun por otro más alto; desconfia de la vanidad, y no sacrifiques nada á ella; no procures nunca ser la que lleve un vestido más lujoso, sino una de las que los lleven bonitos; un lindo vestido vale más que un vestido hermoso; las joyas, en vez de embellecer como las flores, aumentan la edad y roban al rostro toda su ingenuidad y toda su gracia.

No desees en tu casa, en tu salon, muebles de apariencia magnífica, dorados y sederías; conténtate, y por ello tendrás motivo de aplaudirte, con muebles sólidos, modestos y cómodos; anima tu vivienda con objetos de arte, con bronces, cuadros, libros y un buen piano, del que tus lindos dedos harán brotar torrentes de armonía; y haz, en fin, de tu casa un retiro

agradable, un santuario donde no penetren las borrascas de la vida, prefiriendo á los esplendores ruinosos del hogar, sus dulces goces y su grato reposo.

HISTORIA DE UN RAMILLETE.

I

La bella, amable y poética emperatriz Josefina, tenia una pasion decidida por las flores; hija de los Trópicos, las amaba como á las compañeras de su infancia, y no pocas veces la vista de los hermosos ramilletes, de que estaban llenas sus habitaciones, la habian consolado de la soledad del corazon en que la dejara el repudio del coloso que engrandeció á Francia, pero que destrozó muchos corazones.

Durante el bloqueo continental, cuando los mares estaban guardados por las flotas de Inglaterra, la Emperatriz recibia de las colonias, donde habia visto la primera luz, las flores que le eran más queridas, y las recibia como otros tantos dulces recuerdos, á los que la majestad imperial habia permanecido fiel.

Estas flores tan deseadas, hijas del sol que habia alumbrado su risueña infancia, eran los mismos marinos ingleses, caballerescos siempre

á pesar de la política militante, los que se las llevaban de los Trópicos, y se hacian contrabandistas de muy buena gana para conducirlas á Francia, y complacer así á la encantadora mujer que habia sido arrojada del trono imperial.

Los ingleses odiaban á Napoleon, y desde que éste sujetó á su esposa á aquel cruel repudio, que fué el principio de sus desgracias, se interesaban por Josefina, de cuyo talento, dulzura y bondad se habia extendido la fama por todo el mundo.

La Malmaison, residencia ocupada por la augusta víctima de la razon de Estado, reunia casi todas las flores de las cinco partes del mundo; mas Josefina recordaba algunas que faltaban á sus inmensas colecciones, y que ella habia cogido otras veces bajo el cielo de la Martinica.

Estas florecitas, humildes hijas de la pradera ó de las rocas, no eran magnificencias vejetales, ni su especie ofrecia ningun adelanto en la horticultura; pero la Emperatriz, que se habia coronado con ellas tantas veces siendo niña, hubiera dado todo un mundo por poseerlas.

El placer hubiera sido mayor para su corazon que para sus ojos.

Creíase condenada á desearlas siempre, pues ninguno de los galantes conductores de flores decia conocerlas, cuando un dia le anunciaron qne acababa de abrirse en París una Exposicion de pinturas, y que las flores componian la más brillante parte de ella, á pesar del mérito incontestable de los grandes cuadros de historia y de costumbres.

II

Josefina amaba las artes, y no podia faltar á visitar las galerías de pinturas; mas creyendo, y con razon, que podría admirar hermosos cuadros de flores, y desando llegar á ellos cuanto antes, pasó rápidamente por delante de las batallas y de las grandes escenas de la historia.

Detuvo al fin su paso para admirar la coleccion magnífica de cuadros de flores, para la cual algunas de la Malmasion habian servido de modelo.

Juzgad de su sorpresa al fijar sus ojos en un cuadro de pequeñas dimensiones, relegado á un ángulo del Museo, y colocado casi en la sombra, en la cual parecian abrirse con todo su brillo tropical, las deseadas y pobres florecillas.

Imposible le fué contener una exclamacion de alegría; creia hallar un tesoro para siempre perdido, porque aquellas flores le hablaban de felicidad, de inocencia y de los dias venturosos en que corria con sus amigas por las inmensas sábanas de la Martinica.

Volvióse á uno de los conservadores del Museo que la acompañaba, y le preguntó el nombre del autor de aquel cuadro.

—Señora, respondió el empleado, es obra de una dama, de Mad. Loret.

—¿De la jóven baronesa? preguntó sorprendida la Emperatriz.

—Sí, señora.

La Emperatriz volvió á mirar el cuadro; representaba un ramillete de modestas florecitas, unas abiertas del todo y ostentando su púdica gracia, y otras cerradas todavía en su virginal capullo, pero todas coronadas con algunas frescas gotas de rocío, esas lágrimas que deja caer la aurora sobre las bellas hijas de los jardines.

Eran otras tantas estrellas perfumadas que reian sobre un nido de follaje lleno de frescura y de gracia.

El ramillete estaba atado con una cinta de color de rosa, que por una rara coincidencia era el color favorito de Josefina.

Esta examinó el cuadro en sus menores

detalles, acarició con una última sonrisa el delicado ramillete, y se alejó diciendo:

—Yo sabré lo cierto; para pintar con tan extrema facilidad mis queridas flores, no basta la memoria; solo se puede pintar así con un modelo á la vista.

III

Josefina hizo comprar el ramillete, y lo pagó como una princesa sabe pagar lo que le agrada; pero exigió que la misma artista llevase la obra adquirida á la Malmaison.

Era aquella una jóven encantadora, admitida en todos los altos círculos de la nobleza; pero ella, fuera por gusto ó porque su posicion no se lo permitiese, aparecia pocas veces en los saraos, y hacia una vida muy retirada.

Sus gracias, sin embargo, el encanto de su rostro y la elegancia de sus maneras, habian llamado la atencion de la Reina Hortensia, hija de Josefina, que la habia visto una vez en palacio, en aquellos dias felices en que su madre ocupaba aún el trono de Francia.

No faltó quien, por complacerla, averiguase

la historia de aquella bella y reservada jóven, que huia de las fiestas con el mismo empeño que otras empleaban en buscarlas, y le refirieron todo lo que concernia á la jóven Baronesa.

Cuando se presentó con su obra en la Malmaison, la Reina Hortensia se hallaba al lado de su madre, y al verla, dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

—¡Y qué! exclamó, ¿sois vos, mi querida señora, vos, de quien ya poseemos tan bellas obras, la que ha encontrado las flores favoritas de mi madre? ¡Ah, sí yo esperaba algo bueno de vos, y no en vano me arrastraba á quereros una ciega simpatía! ¡Vos sois la preciosa mujer que ofrece á mi buena madre uno de los pocos placeres verdaderos que goza desde hace mucho tiempo!

En tanto que la Reina de Holanda hablaba de esta suerte, estrechando con afecto las manos de la artista, Josefina examinaba de nuevo su precioso ramillete.

Era una obra de una finura exquisita, y el sencillo asunto estaba tratado con la perfeccion de los pintores flamencos; la Emperatriz mandó que la reuniesen en su galería á las otras obras que ya poseia de la misma autora.

—¡Decid, decid! exclamó Josefina, dirigién-

dose á la artista con aquella dulce familiaridad que encantaba á todos los que eran recibidos en la Malmaison: ¿teneis el original, el modelo, la verdadera flor?

No, señora, respondió la Baronesa, inclinándose con respeto; si yo la tuviera, ya estaria en los invernaderos de V. M., porque sé que la busca hace mucho tiempo.

—¿Habeis adivinado cómo eran esas flores que yo amo tanto?

—Tampoco, señora; me ha guiado el recuerdo.

—¿Es posible que no sean copiadas del natural? exclamó Josefina.

—Las he copiado solo de mi memoria.

—¿Habeis visto esas flores?

—Sí, señora.

—¿En Francia?

—No, señora; no ha sido en Europa.

—¿Acaso ha sido en la Martinica?

—En las rocas de la costa.

—¡Oh, Dios mio! ¿Habeis estado en mi querida é inolvidable Martinica?

—He tenido esa dicha, señora.

La Reina Hortensia, que hacia largo tiempo se hallaba habitualmente indispuesta, asistia silenciosamente á esta entrevista; despues de su arranque de gratitud, expresado tan vivamente

á la que habia hallado las flores tan deseadas por su madre, habia caido en una triste meditacion; sentada en un gran sillon, que se hallaba un poco separado del de su madre, miraba al cielo por la ventana más próxima, con una inquietud creciente; el dia, que habia empezado espléndido y caluroso, amenazaba concluir con lluvia.

Sabido es que la Reina Hortensia necesitaba un cielo radiante, un ardiente sol; como una delicada planta de los Trópicos, tenia horror á la lluvia, á la bruma fria y al tiempo oscuro; el sol habia sido la pasion de toda su vida, como las flores eran la de su madre.

Poco á poco, y contra todo lo presumible, el cielo se despejó, la atmósfera se llenó de luz, y, pasando libremente por entre las cortinas de la ventana, un ancho rayo luminoso fué á acariciar uno de los pequeños piés de la Reina, que ésta apoyaba indolentemente sobre un almohadon.

Este rayo espléndido devolvió la alegría á aquella hermosa y jóven Reina, que era una niña, á la que la luz animaba, á la que la sombra entristecia y dejaba muda é inmóvil. Volvieron con el sol sus pensamientos agradables; la jóven alzó la cabeza, y, sonriéndose con la expresion dulce y simpática, á la que la etique-

ta no mezclaba sujecion alguna, dijo á la Emperatriz:

—Preguntadle á la señora, madre mia, por qué se hizo artista, y sabreis la razon de su viaje á la Martinica.

Josefina vió al mismo tiempo la sonrisa de inteligencia de su hija y el rubor que, al advertirla, cubria el rostro de la jóven.

—¡Ah! exclamó, ¿tenemos, pues, una historia?

—Sí, contestó Hortensia; hay historia y muy extraña; preguntad, madre mia.

—Señora, dijo la Emperatriz, puesto que habeis tenido la bondad de cederme el precioso ramillete que ha salido de vuestro pincel, ¿seríais tan amable que me refiriérais tambien su historia?

La artista habia tenido ya el tiempo necesario para reponerse de su turbacion, y contestó con dulzura:

—No tengo el honor de comprender, señora, á qué historia alude S. M.

—A la vuestra, dijo Josefina, mirando á su hija, que sonreia maliciosamente, agitando sus piés en el rayo de sol, del mismo modo que un pajarillo sacude gozoso sus plumas.

—Señora, dijo la Baronesa, yo no tengo historia.

—¿No habeis visitado la Martinica? preguntó la Reina.

—Ya he tenido el honor de decir que sí á VV. MM.

—¿No es verdad que habeis estado algun tiempo sin tomar los pinceles, y que despues habeis vuelto á haceros artista?

La Baronesa se inclinó.

—¿No llevais un título de nobleza?

—Es verdad, repuso la artista; pero todo esto no constituye una historia digna de la atencion de VV. MM.; mi historia es la de todo el mundo.

La Emperatriz miró de nuevo á la Reina, como preguntándole qué deberia decir.

—En primer lugar, señora, dijo Hortensia, todo el mundo no va á la Martinica, todo el mundo no tiene un gran talento como vos, ni todas las mujeres llegan á ser Baronesas.

—Vamos, objetó Josefina, veo que, en efecto, aquí hay historia; contádnosla.

—¿Quereis que dé yo un título á la historia que se os pide? dijo maliciosamente la Reina.

—V. M. honrará mucho á la historia y á mí.

—La llamaremos, pues, dijo la Reina vacilante; veamos, ¿cómo haré para acertar?

Luego, con tono decidido, añadió:

—Puede llamarse „Un beso en el Puente Nuevo; historia de un ramillete."

—Puesto que V. M. me honra con su augusta colaboracion, dijo la jóven, debo creerme muy honrada con ella: por otra parte, lo más difícil está hecho, puesto que el título se ha encontrado.

IV

La Emperatriz se apoyó en el brazo de su sillon y adelantó la cabeza como para escuchar mejor.

En cuanto á la Reina, que parecia estar al corriente de los hechos, descubrió sin ceremonia sus dos pequeños piés y los acercó al rayo del sol para tomar así un baño de dulce calor.

La artista, á una señal benévola de la Emperatriz, tomó tambien una banqueta y se sentó enfrente de las dos Princesas, empezando su narracion del modo siguiente:

—No hace mucho tiempo habia una jóven obrera parisien, que pintaba países de abanico y que ganaba solo lo estrictamente necesario para alimentarse ella y un pajarito, que era su sola compañía.

Hija de Eva, ella hubiera querido morder el fruto prohibido; es decir, rendir culto á la vanidad y tener blondas, bellos trajes y esas mil monadas tan costosas que constituyen la verdadera elegancia.

—A lo ménos no lisonjeais á esa pobre niña, dijo sonriéndose la Emperatriz.

—V. M. desea una historia, y la historia exije ante todo la verdad.

—Teneis razon, proseguid.

La jóven obrera se veia bonita en un espejito, ante el cual peinaba cada mañana sus largos cabellos rubios; sonreíanle á ella misma sus rasgados ojos, veia su graciosa frente, su linda boca y su torneado cuello, y se decía:

—Si yo pudiera trabajar de la mañana á la noche, sin distraccion, sin perder una hora, podria hacer quizá economías: podría ahorrar para comprar un bonito traje y una linda gorra.

Pero esto era imposible para ella; era preciso correr los almacenes, llevar su obra, y perder así con frecuencia lo mejor de su tiempo.

A pesar de su deseo de vestir bien, la pobre niña no pensó jamás en que hubiera quien se habria llamado dichoso en satisfacer sus inocentes caprichos; su amor era una flor cándida que permanecia encerrada en su capullo; jamás en

el cuartito que ocupaba en un quinto piso, habian resonado otras voces que su canto y el de su pájaro.

En aquel nido de dos aves, todo era mísero, pero limpio y primoroso; una camita blanca, una mesa con un pequeño tocador, y otra mesa redonda, donde pintaba sus países, componian todo su mueblaje, con una cómoda y dos sillas; lo más lindo era la jaula del canario, único fruto de sus ahorros, único objeto á que habia encaminado todas sus privaciones, que consistian en no comer muchas veces todo el pan y la leche que necesitaba.

¿De dónde habia salido aquella criatura tan jóven, tan desvalida, y que vivia aislada en medio de aquella gran ciudad, como la paloma campesina en las inmensas arboledas que se extienden á la falda de un monte?

¡Dios solo lo sabia! El destino la habia arrojado allí desde muy pequeña, á la manera que el viento lleva las semillas de las flores al erial, que cubre el polvo y defienden los cardos.

Hasta los 10 años vivió en un pueblecito cerca de París, con una buena aldeana que la habia criado; aquella mujer la tomó un dia por la mano, y la dijo:

—Ven conmigo, hija mia; voy á llevarte á París para que aprendas á ganar tu vida, que

ya es tiempo de que sepas lo que esto cuesta.

La aldeana la llevó á un taller donde se iluminaban países de abanicos, la recomendó á la que vigilaba á las obreras, mujer severa y digna, que por la noche le dió hospitalidad en el cuarto que habitaba.

Pocos meses despues murió aquella su segunda protectora, y la jóven se trasladó á otro cuarto aún más pequeño, pero más alegre, pues se hallaba situado sobre el tejado, como un nido de golondrinas: allí es donde la hemos encontrado, viviendo á los 17 años con su pobre jornal, sin otra compañía que el pajarito que habia comprado para que la alegrase con sus cantos.

La Reina Hortensia, que no habia prestado más que una atencion distraida á este largo preámbulo, volvió á sonreirse en este momento, pues la artista llegaba á la parte interesante de su historia.

—Un dia, continuó la narradora, la jóven obrera atravesaba el Puente Nuevo; era una bella mañana, la acera estaba libre, ocupándola la jóven y un solo hombre.

Aquel hombre representaba unos 40 años; tenía una bella figura extranjera, y una cabeza blonda, un semblante noble, encuadrado en dos patillas rubias é iluminado por dos ojos azules.

El caballero y la jóven, que marchaban en sentido opuesto, con paso precipitado, sin verse y absorto cada uno de ellos en sus pensamientos, debian cruzarse en el punto culminante del puente.

Llegaron, en efecto, el uno enfrente del otro, la jóven levantó la cabeza, y viendo un obstáculo, se apartó á la derecha.

El extranjero hizo el mismo movimiento.

La jóven se ladeó á la izquierda; el caballero hizo otro tanto; repitióse esto mismo una, dos, hasta tres veces, sin que la jóven mirase una vez siquiera el semblante del extranjero, por más que le dijese cada vez que se tropezaban:

—¡Perdonad!

El hombre de las patillas rubias tenia excelentes maneras, pero debia ser un poco excéntrico; miró muy bien á la jóven, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos mútuos y sinceros para pasar adelante, abrió los brazos y dijo con acento benévolo:

—Mi querida niña, abracémonos y acabará esto.

E imprimió un beso en su frente antes de que la jóven hubiera podido pensar en evitarlo.

—¡Hombre estraordinario! dijo la Emperatriz, que seguia la narracion con un interés risueño.

—Aquel extranjero, prosiguió la artista, era uno de esos caballerescos marinos ingleses que arrostraban los cruceros, la opinion pública y la severidad de las consignas para traer á V. M. las plantas de los Trópicos.

—¡Generosos marinos! murmuró la Emperatriz: pero, añadió en voz alta: ¿y la jóven? ¿qué fué de ella?

—La jóven encontró la misma noche inopinadamente en un almacen, al extranjero de los ojos azules; al dia siguiente era domingo, y le apercibió detrás de ella en la iglesia; el domingo siguiente volvió á encontrarle en el boulevard; por último, despues de un mes, la jóven obrera, la huérfana, tan pobre, tan desvalida, era la esposa de un oficial de la marina real de Inglaterra, y llevaba además por su esposo el título de Baronesa.

—¿Y por qué causa volvió despues á hacerse pintora?

—El noble oficial era inmensamente rico y dió á su esposa los mejores maestros; la hizo viajar con él; en su compañía cruzó los mares, y en las costas de la Martinica fué donde vió entonces esas modestas florecitas; una irresistible simpatía la arrastró hácia ellas, y las conservó en la memoria; luego, sabiendo que V. M. las buscaba sin encontrarlas...

La artista vaciló.

—Quiso dármelas, ya que no tales como la naturaleza las produce, creadas por su pincel, ¿no es verdad?

—Es cierto, señora.

—Formó un ramillete y lo ató con una cinta rosa.

—Sabia que ese color agrada á V. M.

—¡Muy bien, mi querida niña! proseguid la historia.

—¡Como no hay perfecta dicha en la tierra, prosiguió la jóven con voz alterada por una emocion profunda; como los amores verdaderos y correspondidos harian, si durasen largo tiempo, olvidar las dichas del cielo, el Baron murió...

V

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de la jóven.

La Emperatriz suspiró á su vez; la desgracia la habia herido tambien en sus más caras afecciones.

—La familia del Baron, prosiguió la artista, despojó á la viuda, que volvió á ser la niña

desvalida; todo se lo han arrebatado; pero no han podido quitarle el más precioso de sus bienes, el recuerdo imperecedero que guarda de un noble carácter, de un gran corazon, de un hombre que amó con un afecto grande y profundo.

La jóven se cree muy dichosa en deber su subsistencia á su pincel; dedicada á una vida de trabajo y asiduidad, no se deja ver en los salones que le abren su clase y el noble nombre de su esposo, que lleva con orgullo, y que no ha trocado ni trocará por ningun otro; y hoy es más dichosa que nunca, concluyó la jóven inclinándose, porque ha podido agradar á V. M. con la creacion de ese sencillo ramillete, que pintó con el solo deseo de que fijase un instante en él sus angustos ojos, y de que viese sus queridas flores en el lienzo.

—¡Gracias hija mia! dijo Josefina abrazando á la artista con tierna efusion; yo bendigo á la suerte que aún me deja el poder de recompensar una virtud tan pura como la vuestra; desde hoy trabajareis solo cuando tengais gusto en ello, pero nunca por necesidad; la hija de los Trópicos toma á su cargo vuestra suerte venidera; sed mi amiga; venid á pasar á mi lado una parte de vuestro tiempo; hablaremos de la Martinica y de esas flores que, por una misteriosa simpa-

tía, amais como yo; vuestra historia está unida para mí á ese bello y delicado ramillete que habeis creado, y que me será doblemente querido como obra de vuestro talento y de vuestro corazon.

MEYERBEER.

I

A principios de Mayo de 1864 desapareció del gran teatro de la vida una de esas celebridades cuyo nombre y cuyas obras han llenado el mundo.

Echemos una ojeada sobre esa existencia que ha brillado como una luz llena de explendor y de hermosura, y que se ha apagado bajo la sombra del laurel y de las siemprevivas, y tributemos al gran Meyerbeer un homenaje sincero y entusiasta, debido á sus virtudes y á su gloria de artista.

Jacobo Meyerbeer nació en Berlin, segun unos biógrafos, en el año de 1791, y, segun otros, en el de 1793: en lo que todos convienen es en que su familia era noble y rica, si bien perteneciente á la raza desgraciada y proscripta de los judíos.

A los cuatro años admiraba ya á todos por su precoz inteligencia y su maravillosa organi-

zacion musical; á los siete años daba conciertos que continuó con largos intervalos hasta los nueve, á cuya edad ya no era un niño, sino un gran pianista.

Tenia quince años cuando le conocieron los abates Vogler y Clementi, quienes sorprendidos de su talento de improvisacion, se ofrecieron á darle lecciones de composicion y de armonía: marchó despues á Darmstadt, al lado del Abate Vogler, y su duro noviciado de artista, las crueles pruebas de su varonil educacion, empezaron en esta época; entró al instante en esa severa escuela en que tuvo por condiscípulos á Wiater, Ritter, Kuecht, Gausbacher y Weber, el más célebre de todos: estos jóvenes no trabajaban como músicos, sino como ascetas: los ejercicios piadosos, las meditaciones y el trabajo más asíduo se partian sus dias: las horas estaban fijadas con una regularidad monástica: por todo recreo, el abate Vogler conducia á sus discípulos á una iglesia, en la que tenia dos órganos: el maestro improvisaba un tema en uno de estos instrumentos, y uno de los discípulos debia desarrollarle sobre el otro.

De esta suerte se formaron aquellos ilustres génios, aquellos artistas sublimes: nada desarrolla más el talento que la constancia en un trabajo austero y exento de distracciones; y el

sábio abate Vogler lo sabia muy bien al emplear con sus discípulos tan riguroso método de vida; eran tiernos arbolillos que hacia crecer rectos y derechos, para que diesen algun dia magníficos y sazonados frutos.

II

Esto duró dos años.

Un dia el Abate cerró su escuela y emprendió con los discípulos, que habian hecho voto de no abandonarle, un largo viaje musical á través de la Alemania.

Diez y ocho años cumplia Meyerbeer cuando hizo representar en Munich su primer oratorio *La hija de Jepthé*, que alcanzó gran éxito, así en aquella capital como en Viena: por aquellos dias conoció á Hummel y quiso oirle; el hermoso estilo de aquel sublime artista, su modo de tocar tan puro y exquisito, su elegancia y gracia inexplicables, causaron la más viva impresion en el jóven Jacobo, y en vez de debutar en el teatro de Viena al dia siguiente de su llegada, segun tenia pensado, se encerró en el estrecho y lóbrego cuarto de su posada, trabajó dia y noche durante diez meses, con

esa poderosa voluntad que ha sido la mitad de su génio, y no tocó en público hasta que estuvo seguro de haber tomado de las dos escuelas de Clementi y de Hummel, sus más preciosas cualidades y sus más brillantes efectos.

Puede imaginarse el entusiasmo que excitó en los salones de Viena á su aparicion: si Meyerbeer no hubiera dejado de tocar el piano en los conciertos, Listz, Thalberg y otros músicos de los más ilustres no le hubieran aventajado en nombre y gloria.

Pero su destino le señalaba otra vía más peligrosa y más árdua: hizo represntar *Los dos Califas*, que habia escrito con la paciente lentitud que le era peculiar; sin embargo, el éxito fué inferior al de *La hija de Jepthé:* la ópera cómica era casi tan séria como el oratorio.

Meyerbeer no se desanimó; pasó los Alpes, y poco despues se escapó de su pecho el grito supremo de los artistas.

—¡Italia!... ¡Italia!

En Florencia admiró el *Tancredo* en toda su novedad, gracia y ternura...., y descubrió el camino que le ocultaban las sombras de su melancolía y del humor tétrico adquirido en su penosa enseñanza.

III

Con ardor infatigable se puso á trabajar, y escribió obras para los teatros de Venecia, de Turin y de Pádua; pero los éxitos de *Emma* y del *Crociato* levantaron en Alemania una general reprobacion; jamás ha sido tratado artista alguno con mayor dureza y acritud, y hasta el mismo Weber, en una correspondencia que ha llegado á ser célebre, le reconvino amargamente por lo que él llamaba un *error* y era solo una nueva fase bajo la cual aparecia el génio deslumbrador de Meyerbeer.

Por aquella época se representaron tambien *Margarita de Anjou* y *El Proscripto de Granada*, y estas dos obras no fueron más afortunadas para su autor que las anteriores. Meyerbeer, aterrado, escarnecido, humillado, calló: durante seis años devoró en el silencio, no solo sus decepciones, sino tambien los ultrajes que se le habian inferido; pero al cabo de este tiempo volvió á la arena con la frente levantada: tenia armas; llevaba escrito el drama musical, y habia señalado á este género sublime el límite, diciendo á los que intentaran seguirle:

—¡No ireis más allá!

Sucesivamente dió á la escena *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes*, esa obra que, entre mil bellezas, encierra el incomparable duo, sin rival en el arte; *El Profeta*, *Struensée*, *La Estrella del Norte*, y el *Pardon de Ploermel:* estas son sus grandes obras, ejecutadas en todos los teatros del mundo, y que todo artista comprende con el corazon.

La salud de Meyerbeer habia recibido grandes ataques en 1851: el gran maestro se sostenia solo á fuerza de cuidados, de reposo, y conformándose, aunque su pasion por el arte no estaba acorde, con las prescripciones de sus médicos. Pasaba todos los veranos en Spa, cuyas aguas saludables y aires puros le hacian mucho bien; pero en estos últimos años su delgadez habia llegado á la diafanidad, y su debilidad á la estenuacion: toda su fuerza, toda su vida, se hallaban concentradas en su cabeza, en sus ojos: se le ha visto en todas las primeras representaciones que se dieron en aquel último invierno: no perdia una palabra, ni una nota, y estas veladas le fatigaban: las representaciones de *Los Hugonotes*, en que probaba y ensayaba dos artistas que debian trabajar en su obra inédita *La Africana*, le desalentaban y le fatigaban, sin que jamás haya querido confesarlo: postróle

una indisposicion ligera que le obligó á quedarse en cama, y que tomó de repente un carácter grave y alarmante.

IV

Meyerbeer no dudó un instante de que se hallaba en peligro; pero prohibio á su ayuda de cámara que lo avisase á su familia; á pesar de esta órden, se comunicó la noticia por el telégrafo, y sus dos hijas llegaron en la mañana de 1.° de Mayo: por algunas horas no pudieron verle, porque se temia el peligro de la sorpresa para el ilustre enfermo; pero viendo que se debilitaba por instantes, se le advirtió que se habian puesto en camino y que iban á llegar.

El gran maestro recibió á sus hijas con ternura, se informó de si se las habia instalado convenientemente, y dió gracias á todos por sus cuidados: cerca de las cinco y media de la mañana del 2 de Mayo pidió un poco de caldo, le tomó, exhaló un suspiro y pareció dormirse tranquilamente.

Habia muerto.

Un temor habia atormentado durante toda su vida á Meyerbeer: el de ser enterrado vivo:

para evitarlo habia tomado las más minuciosas precauciones.

Muchas veces habian anunciado los periódicos franceses la próxima representacion de su gran obra *La Africana*, noticia que han reproducido los periódicos españoles; sin embargo, Meyerbeer decia aún:

—La escena está en decadencia; yo esperaré.

Aceptó, por fin, á Mlle. Sax, y en defecto de Villacet, con quien no podia contar, habia prometido oir á Naudin, ú otro tenor que le propusieran, y añadia:

—El papel de tenor es de importancia secundaria para mi obra, y veo además que es preciso concluir.

Se sabia que apresuraba á su copista, y todas sus disposiciones estaban tomadas para que el estreno tuviese lugar el 1.° de Julio.

Pero ¡ay! ¡el gran maestro habia esperado demasiado, y la muerte no espera!

¡Los resortes de aquella naturaleza de artista, los lazos de esa vida tan activa, tan laboriosa, tan fecunda, se habian roto para siempre!

Meyerbeer tenia en Berlin un palacio de príncipe, que casi nunca habitaba: artista cosmopolita, viajero infatigable, desdeñando por el amor de su arte los cuidados vulgares y las molestias de la vida, él, que rodaba sin cesar por

BIBLIOTECA PÚBLICA LEÓN

los caminos de hierro, murió en un *hotel garní* (casa de huéspedes), y las honras fúnebres le fueron tributadas en la estacion del Norte.

Los funerales fueron, por decirlo así, improvisados: habia dejado mandado que su cuerpo fuese trasladado á Berlin, y una Comision se reunió con presteza para que, al ménos su féretro glorioso, fuese escoltado como merecia, ya que el ilustre compositor quiso que sus cenizas reposasen lejos de Francia, que le miraba como á su hijo.

El cortejo fúnebre partió de la casa mortuoria á la una en punto: el tiempo era magnífico; y yo, en pié é inmóvil en el boulevard de los Italianos, pues no quise otro sitio para contemplar más de cerca aquellas ilustres cenizas, le ví pasar con una mezcla inexplicable de asombro y de pena: buscaba entre aquella pompa la figura augusta de nuestra santa religion, y no la hallaba! ¡No la ví, porque no iba en el entierro del judío!

¡Pobre raza, que tiene el mismo Dios que nosotros, que cree lo que nosotros creemos, y á la cual, sin embargo, jamás se acerca Jesucristo, ni bajo la forma de los Sacramentos, ni bajo la forma de la Redencion, erigida por ella como instrumento de infamia! ¡Pueblo verdugo de tu Dios! ¡Es en vano que tus hijos sean

grandes por el talento, nobles por el génio, y poderosos por las riquezas: ninguno de ellos puede dormir en los brazos de la muerte, á la sombra protectora de la Cruz!

La vanguardia de honor estaba formada por la Guardia Nacional: las músicas de la Gendarmería de la Guardia Imperial y del primer regimiento de Granaderos de la Guardia, dirigidas la una por M. Diedel y la otra por M. Magnier, y la música del tercer batallon de la Guardia Nacional, dirigida por M. Dufrene, precedian el carro fúnebre y tocaban composiciones del maestro, entre otras la marcha de *Schiller*, los coros de *Roberto* y del *Pardon de Ploermel*.

Los cordones del féretro eran llevados por el Embajador de Prusia, Conde de Gottz, y el Superintendente de los teatros, Conde Baciocchi (quienes los cedieron durante el trayecto á M. Camilo Doucet y al primer Secretario de la embajada prusiana); por M. de Gisors y M. de Beulet, miembros del Instituto; M. de Saint-Georges, Presidente de la Comision de los autores dramáticos; el Baron M. Taylor, Presidente de la Asociacion de los artistas dramáticos; M. Auber, Director del Conservatorio, y M. Perrin, Director de la Ópera.

Inmediatamente despues del carro, dos criados enlutados llevaban, uno sobre un almohadon,

las condecoraciones del maestro, y el otro una corona de siemprevivas. El ataud estaba cubierto de flores.

Se veian entre los personajes oficiales y convidados al Mariscal Vaillant, al Mariscal Magnau, al Baron de Rotschild, á M. Emilio Pereire, á todo, en fin, lo que habia de ilustre y de conocido en las letras, en las artes y en la política.

M. Julio Beer, sobrino de Meyerbeer, y dos mienbros más de la familia, presidian el duelo. Seguia la Comision encargada de organizar los funerales, los indivíduos del Consistorio, la Seccion musical del Instituto, la Sociedad de autores y compositores dramáticos, la de los artistas, la Ópera, la Ópera cómica, el teatro lírico-italiano, el Conservatorio, etc., etc.

Quince carruajes fúnebres y una columna de Guardia Nacional cerraban el cortejo.

Más de 200.000 personas le esperaban de pié desde la calle Montaigne, en que se hallaba la casa mortuoria, hasta la estacion del ferrocarril. En los balcones, en las ventanas, en los tejados, y hasta en los andamios de las casas en construccion, hormigueaban innumerables cabezas.

Era uno de esos imponentes espectáculos que solo se presencian en París.

El cortejo tardó más de dos horas en atra-

vesar una parte de la Avenida de los Campos Elíseos, la calle Real, los boulevars, la calle Drouoty la calle Lafayette. La antigua estacion del camino de hierro del Norte estaba completamente cubierta de negro; varios escudos, colocados sobre los paños, contenian los títulos de las principales obras del maestro; las tribunas levantadas sobre toda la extension, estaban ocupadas por muchísimas hileras de damas enlutadas, por artistas, escritores, personas de la alta sociedad y extranjeros de distincion. Los artistas de la Ópera y de la Opera cómica cantaron un coro de *El Profeta* y otro del *Pardon de Ploermel;* pero las voces se perdian en aquella enorme sala, y apenas llegaban algunos débiles sonidos á la extremidad opuesta al estrado de los cantores. En cambio, la admirable marcha de *El Profeta,* muy bien ejecutada por la orquesta, produjo sobre el inmenso auditorio una profunda impresion.

Despues, M. Beulé, en nombre de la Academia de Bellas artes; Mres. de Saint-Georges y Taylor, en nombre de las sociedades que presidian; M. Perrin, en nombre de la Ópera; M. Emilio Doucet, en nombre de la Administracion de los teatros, y M. Emilo Ollivier, en nombre del público, pronunciaron discursos notables, que fueron muy aplaudidos.

Tal fué, lectoras mias, la imponente ceremonia que la suerte me llevó á presenciar en París el viernes 6 de Mayo: me pareció que á través de tanta gloria y de tanta pompa, la muerte se alzaba sobre el féretro fria, lívida, descarnada, y me dije elevando al cielo los ojos:

—¡Bendita sea nuestra católica España, en la que solo residen cristianos, y bajo cuyo hermoso sol, el más modesto y pobre entierro camina bajo el amparo de la Cruz, y vá á buscar á su sagrada sombra la paz del sepulcro!

HISTORIA DE UN DIAMANTE.

I

El mes de Agosto iba á espirar, y en una salita, cuyas ventanas daban á un hermoso jardin, se hallaban reunidos, y al parecer discutiendo un asunto de alguna importancia, un jóven que contaria apenas 25 años, una muchacha de 20, y un anciano, padre de ésta, que habia cumplido los 50.

La escena tenia lugar en Lugonville, cerca del Havre.

—¿Para qué necesitamos las riquezas? decia Teodoro; así se llamaba el jóven: ¿pueden acaso alimentar nuestra felicidad? Ana y yo viviríamos muy dichosos en una choza, y el pan fruto de mi trabajo, seria para los dos una dulce ambrosía.

Ana respondió con una mirada llena de ternura, mirada que pareció muy elocuente á Teodoro, porque repetia ostensiblemente lo que

el corazon de la jóven le habia dicho en secreto muchas veces.

El tercer interlocutor, que era un hombre de fisonomía bondadosa, se volvió para ocultar una sonrisa.

Despues exclamó:

—Hijos mios, podria deciros muchas cosas que solo os servirian para repetirlas inútilmente á vuestros hijos dentro de veinte años; hasta entonces no creereis en ellas ni las comprendereis siquiera; pero como amo á mi hija más que á mi vida, y estimo al que aspira á ser su esposo lo bastante para confiarle el cuidado de su felicidad, no consentiré en vuestra union hasta que Teodoro regrese del viaje que debe emprender por órden de su principal.

A propósito de este viaje, motivado únicamente por razones de comercio, Teodoro habló muy mal de las riquezas; pero el padre de Ana fué inflexible, y los dos enamorados tuvieron que resignarse y ceder á lo que juzgaban un mero capricho del viejo.

—Adios Teodoro mio, concluyó Ana; sin cesar pediré al Cielo, no que vuelvas rico, sino constante.

Teodoro aseguró á Ana con una amorosa mirada que su deseo se veria cumplido, y á los pocos dias se embarcó.

II

Durante su larga navegacion, el jóven tuvo tiempo de pensar en los sitios que iba á visitar, y que eran completamente nuevos para él.

Los esplendores de Oriente, evocados por su imaginacion, le ofrecian maravillosos cuadros, y le hacian formar poco á poco una idea extraordinaria del lujo oriental.

Al fin llegó á Constantinopla, y su desencanto fué terrible:

Desesperado al ver la distancia que hay de lo vivo á lo pintado, resolvió limitarse á pensar en su amada; y como el negociante á quien acompañaba debia darle participacion en sus ganancias, comenzó á calcular acerca de lo que podia prometerse, y decia al final de cada esperanza:

—El padre de Ana quedará satisfecho; estoy seguro de que no pondrá ningun obstáculo á nuestra ventura.

Una noche, retirado en su humilde habitacion, con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza reclinada sobre sus manos, se ocupaba en arreglar los gastos de su futura casa, discu-

tía la grave cuestion de los criados, formulaba la interminable lista de los muebles que consideraba necesarios para adornar sus habitaciones, y no contento con eso todavía, hasta pensaba en el traje con que su amada asistiria á la boda, é imaginaba su peinado, cuando de pronto dos golpes sonaron á la puerta y le sacaron de la agradable tarea que le absorbia.

Levantóse, abrió, y con no poca sorpresa vió entrar en su estancia á un hombre que miraba á todas partes con recelo, y que cerró la puerta por dentro.

Antes de que Teodoro pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el desconocido le dijo:

—Caballero, únicamente podemos disponer de diez minutos para arreglar un negocio del que depende vuestra fortuna y mi vida.

—No os comprendo, observó Teodoro.

—Escuchad, repuso su misterioso interlocutor; soy un esclavo empleado en las minas, he robado un diamante, y fingiéndome enfermo, he conseguido que me traigan aquí. Ningun príncipe del universo posee una piedra tan preciosa como la que yo tengo; pero mi diamante es un tesoro inútil para mí, porque carezco de dinero, y sin recursos no puedo fugarme para venderlo. Con todo, como comprendereis, debo esperar de él algun beneficio; así, pues, dadme

lo suficiente para huir, y la piedra es vuestra.

—Pero.... balbuceó Teodoro.

—Miradla, y aceptad mi proposicion; ella os hará rico y á mí feliz, porque me permitirá volver al seno de mi familia.

Y el esclavo mostraba un enorme diamante á Teodoro, que le contemplaba cada vez con mayor asombro.

—Con efecto, dijo el jóven al fin, es una hermosa piedra; he visto muchas de su clase, pero ninguna tan perfecta ni tan grande. Cualquier soberano se enorgulleceria en poder adornar con ella su corona.

—Pues no perdamos tiempo; con solo privaros de algunos ducados, sereis millonario y yo dichoso.

—¿Y si me persiguen?..... observó Teodoro.

—Os perseguirán ¿quién lo duda? pero vos podeis huir.

Teodoro se quedó perplejo; al ver que el esclavo se disponia á marcharse, tomó el diamante, dió por él los ducados que tenia, y huyó tambien con algun dinero que le proporcionó su principal.

III

Teodoro se proveyó de un buen guía, y emprendió su camino por los terrenos más escabrosos á fin de poder sustraerse con más seguridad á todas las pesquisas.

Pero un dia, Teodoro, quizá por huir demasiado de sus perseguidores, vino á dar con una banda de árabes ladrones.

—¿Llevais dinero? le preguntó el guía.

—Llevo únicamente el necesario para el camino, contestó Teodoro.

—Entonces no opongamos resistencia; despues de registrarnos, nos han de dejar lo suficiente para terminar el viaje.

—Eso no me basta, repuso Teodoro, y preparó una pistola que disparó al primer árabe que se le acercó.

Los ladrones acudieron en auxilio de sus compañeros, desnudaron los alfanjes, y despues de una reñida pelea, quedó muerto el guía de Teodoro y éste cayó en poder de los enemigos.

Registráronle en seguida, y á pesar de la resistencia que el jóven opuso y que le ocasionó algunas heridas, se apoderaron del diamante.

La inmensa pena que sentia al perderlo hizo creer á los árabes que era un amuleto, y una mujer hizo un juguete á su hijo con la piedra.

El jefe de los ladrones cobró aficion al prisionero, y manifestó á éste al poco tiempo, que apenas estuviese curado podia marchar con todo lo que le habian quitado.

Así sucedió en efecto.

Teodoro recobró, con la salud, el diamante y la libertad.

No sabiendo qué camino tomar, se refugió en una caverna, donde permaneció dos dias sin comer.

Al fin acertó á pasar por ella una caravana, á la que Teodoro se unió, pudiendo de este modo proseguir su viaje.

Siempre intranquilo, desconfiado y hasta grosero, pedia en las posadas las peores habitaciones y los más pobres alimentos, para que nadie pudiese sospechar que poseia un tesoro.

Próximo al fin de su viaje, escribió un dia al padre de Ana, y comenzó su carta con esta frase:

—¡Soy rico! ¡Inmensamente rico!

Esto disgustó á Ana, que consideró que Teodoro debia de haber empezado su carta hablando de cosas más importantes; pero la jóven se tranquilizó en breve, pensando que la

conducta de Teodoro no era más que un nuevo sacrificio que hacia por su amor.

De todos modos, la idea de la inmensa fortuna de su amante le arrebató su natural alegría; su padre se mostraba reservado para no parecer codicioso; y Teodoro, calculando que no iba á ser favorecido casándose con Ana, sino á favorecerla, se daba aire de protector.

Como que unos á otros se engañaban, su primera entrevista fué fria y á ninguno satisfizo.

Dos ó tres dias despues pudieron hablar á solas Ana y Teodoro.

—No sé por qué, le dijo aquella, me asusta tu fortuna; ella destruye nuestros proyectos.

—¿Y qué importa? observó Teodoro; gracias á mi riqueza, podremos ir ahora á París y vivir en uno de los más suntuosos palacios.

—¡Ay! Yo hubiera preferido nuestra casita, nuestros árboles, nuestra felicidad soñada, á todos los palacios y riquezas del mundo!

IV

Teodoro fué á París con el objeto de ver al diamantista de la Corona; pero, segun le aseguraron, éste se hallaba ausente y no debia regresar hasta dentro de seis ú ocho dias.

El jóven aprovechó este tiempo para buscar una espléndida habitacion y los muebles y adornos correspondientes; ajustó tambien una carretela y un magnífico tronco de yeguas.

A la vez iba tomando nota de cuanto veia, y en las excursiones que hacia, le acompañaba una multitud de parientes que hasta entonces no le habian hecho caso alguno.

Cuando entraba en un salon, las gentes pronunciaban su nombre con asombro y aseguraban que habia hecho una inmensa fortuna en Oriente.

Todos le agasajaban, las madres procuraban atraerle para sus hijas, y éstas decian que Teodoro era muy simpático.

A cada momento corria la pobre Ana grave riesgo de ser olvidada; sin embargo, hace poco he visto á los dos antiguos amantes convertidos en esposos, en la misma humilde casita donde tantas venturas se prometia la jóven.

¿Cómo se explica esto?

V

Cuando se presentó Teodoro al diamantista de la Corona, examino éste la piedra y le dijo:

—Con efecto ¡es admirable! Sin embargo, no me conviene su adquisicion, por que no co-

mercio en piedras falsas. Esta es una magnífica imitacion, y no os será difícil venderla; en cualquiera bisutería os darán por ella diez francos.

Estos diez francos sirvieron á Teodoro para poder regresar al Havre á pié.

Allí encontró un empleo de mil quinientos francos; al poco tiempo se casó con Ana, y hoy dice á todos que la ambicion no es otra cosa que un diamante como el suyo.

LA FLORECITA AZUL.

LEYENDA DANESA.

I

Un niño de seis años murió en la aurora de un bello dia de estío, y el ángel de su guarda bajó á buscar su alma inocente, y con ella se remontó á los cielos.

Ya habian abandonado la opulenta ciudad donde quedaban entregados á la desesperacion los padres del niño muerto; ya habian perdido de vista los campos de trigo donde cantaba la alondra, los bosques en que resonaban las risas de los leñadores, los jardines cubiertos de flores y de frutas, y el ángel de la guarda no habia mirado nada.

Pero cuando llegaron en su vuelo el ángel y el alma del niño á cruzar sobre una pobre aldea, aquel se detuvo, y sus ojos buscaron una callejuela solitaria, á cuyos lados se veian algunas míseras cabañas.

La yerba crecia entre las piedras de la mísera calle como prueba de su silencio y abandono, y en muchos sitios se veian cenizas arrojadas al viento, desechos de los pobres hogares, cristales, y groseros platos de barro rotos.

II

El ángel miró tristemente y durante largo tiempo aquel pobre y abandonado sitio; pero de repente, su celeste mirada fué á posarse en una florecita azúl que un rayo de sol habia abierto y que parecia sonreir á la tierra: el ángel dejó oir un grito de alegría: abatió su vuelo y fué á cogerla.

El alma del inocente muerto preguntó entonces al ángel:

—¿Por qué has pasado sin mirarlas por delante de tantas grandezas? ¿Por qué pareces indiferente á toda la naturaleza, y por qué te detienes ante esta flor sin perfume y sin belleza?

—Mira, amigo mio, allá abajo hácia el fin de esta triste callejuela, le respondió el ángel: á poca distancia de nosotros descubrirás una cabaña, cuyo techo se ha hundido con la lluvia y las nieves y cuyas paredes húmedas están tapi-

zadas de yedra: mira bien esa triste morada.

—¡Oh! exclamó el alma del niño: qué pobre asilo, ahora que lo ha destruido el tiempo!

No era mucho más alegre que ahora, cuando sucedió lo que voy á referirte: era una mísera cabaña donde habitaba la pobreza y la honradez: se componia de dos esposos y de dos niños, hijos de los mismos: la mayor tenia 12 años, y durante todo el dia iba á conducir un rebaño de vacas: el niño, débil y enfermizo desde su nacimiento, tenia tu misma edad, seis años, y su cuerpo endeble hubiera necesitado de esos costosos cuidados que ahuyentan los dolores de la enfermedad, y que robustecen las naturalezas más delicadas; pero ¡ay! la pobreza agobiaba á la pobre familia, y los padres trabajaban todo el dia para llevar por la noche un poco de pan y leche para ellos y para sus hijos!

III

—¡Ah! ¡yo ignoraba que hubiera pobres en la tierra! exclamó el alma inocente: mi cuarto en el palacio de mis padres estaba vestido de sedería color de rosa, de encajes y de espejos; tenia juguetes de oro y plata, y me servian mu-

chos criados con la cabeza descubierta. Si hubiera yo imaginado que habia tanto dolor y tanta miseria, el dinero de mis juguetes lo hubiera dado mi madre á los pobres.

—Hay tanto dolor, mi inocente amigo, que los ángeles lloramos allá arriba cuando miramos á la tierra: cuando seas tú un ángel pide por los que sufren ahí abajo.

El pobre niño que vivia en esa cabaña, continuó el espíritu celeste, creció en la sombra, y jamás vió el sol más que desde la ventana de la sola pieza que habia en la casa de sus padres; todo el dia estaba solo; su madre lavaba la ropa en casa de un rico arrendador; su padre labraba los campos; su hermana llevaba á pacer las vacas de un vecino; cuando con gran trabajo conseguia el pobre niño dejar su camita de paja, se apoyaba en dos pequeñas muletas que su padre le habia hecho de las ramas de un sauce, y salia á la puerta de la calle: pero allí no llegaba el sol nunca; la calle era tan estrecha y tan oscura.....

Y aun eso, solo podia hacerlo los dias buenos, cuando no hacia frio, ni aire, ni habia humedad en la atmósfera.

Sus padres no podian sacrificar ni una hora de sus tareas para llevarle al campo: el trabajo de los padres es rudo y despótico, y ocupa to-

dos los instantes de su vida. Como educacion tampoco podian enseñarle otra cosa que amar á Dios sobre todo, porque es el padre de los tristes.

IV

Desde que el estío venia á dorar con su cálida luz toda la tierra, la pobre criatura iba á sentarse en la aureola luminosa, que sin ser el sol, reflejaba delante de su puerta: miraba circular la luz en sus delgadas manecitas, y se decia con una triste sonrisa:

—Ya estoy mejor, y antes que llegue de nuevo el frio estaré curado.

Y él lo creia firmemente, porque en el corazon del niño, como en el del hombre, el Criador ha colocado la esperanza.

El desdichado niño no habia visto jamás la verdura de los prados, ni el follage de los bosques; todo lo ignoraba en la naturaleza; algunas veces los niños del pueblo le traian ramas de álamo, que él colocaba con cuidado sobre su lecho al derredor suyo; y cuando se dormia, soñaba que estaba en un hermoso valle á la sombra de grandes árboles, que el sol brillaba á través del follage, y que los pájaros cantaban y saltaban alegremente al derredor suyo.

Un domingo, su hermana mayor, que le queria mucho, obtuvo permiso de los labradores á quienes servia de pastora para ir á ver al desdichado enfermito, y le trajo una florecita azul que habia cogido en el campo, y que por casualidad habia salido de la tierra con una parte de su raíz.

El niño recibió el humilde presente con una gran alegría: los dos hermanos plantaron la florecita en una maceta vieja, que llenaron de tierra, la regaron con cuidado, y Dios hizo prosperar la planta, que á los pocos dias se adornó con algunas hojitas: cuidada por la pequeña y débil mano de un niño doliente, constituyó, no solo el jardin, sino el universo entero del pobre enfermo: porque aquella pequeña flor le representaba los prados, los bosques, los jardines, los rios, en una palabra, toda la creacion.

Mientras el niño vivió, ningun cuidado faltó á la humilde planta: él le daba todo lo que la angosta ventana dejaba pasar de aire y de luz: y cada noche la regaba, despidiéndose de ella con dulces palabras como de una amiga; y la florecita azul se llenó de hojas, y fué un hermoso adorno para el pobre tiestecillo donde la habian plantado.

V

Dios llamó un dia al inocente mártir, predestinado á una dicha eterna.

Al caer la tarde de un hermoso dia, le dio fiebre, y hubo de acostarse en su camita: al otro dia estaba peor: los niños del pueblo sus amigos, vinieron la tarde del domingo y cubrieron el lecho de ramas verdes y de flores del campo; sus padres lloraban, y su hermana, avisada de lo que sucedia, llegó llorosa y afligida: tomó la maceta de la ventana, y la puso al lado de la almohadita del niño, sobre la única mesilla de la mísera estancia para que la viera hasta que la muerte cerrase sus ojos.

La florecita parecia sonreir cuando el niño voló al seno de Dios.

La madre, desolada, quiso dejar aquella al dea; el dueño de la cabaña deseó arreglarla; al entrar en ella hizo tirar todo lo que la familia habia olvidado por inútil: la florecita azul, que habia perdido su solo protector, fué arrojada en su viejo tiesto con todo lo demás: roto su frágil asilo de barro, quedó entre estos escombros y yo acabo de reconocerla.

—¿Y cómo sabes todo eso, mi buen amigo? preguntó el alma inocente del muerto.

—Porque soy yo mismo el pobre niño enfermo que andaba con muletas, y que habia nacido solo para sufrir; Dios me ha pagado esos dolores, que han durado poco en la tierra, dándome todas las alegrías del Paraiso: pero la dicha que hoy disfruto no me ha echo olvidar mis alegrías de la tierra, y daría la más bella estrella del cielo que habito por esta pobre florecita azul que acabo de encontrar, y que voy á trasplantar á los jardines celestiales.

El ángel tomó la flor, la colocó en las plumas de sus alas, y llevando en sus brazos el alma del niño muerto, remontó su vuelo á las regiones donde la luz es eterna, donde el sol no se pone jamás.

EL ABANICO.

Cuando el calor se hace sentir con toda su fuerza, nada es tan agradable y tan necesario como este gracioso y delicado objeto.

Nadie puede dudar ó negar que el abanico es de suma importancia para la mujer, y que es uno de sus mejores amigos, y uno de los primeros auxiliares de su coquetería: puede hacer con él mil graciosas evoluciones, ocultar el rubor de sus mejillas si se ve obligada á mentir, ó la irónica sonrisa que entreabre sus labios, cuando delicadamente se burla de alguno.

El abanico, cuando lo agita suavemente una linda mano, hace ondular los encajes del corpiño, las plumas del sombrero y los bucles de los cabellos: sirve para saludar desde lejos al amigo, para rogar á la amiga por medio de una seña que se acerque, para refrescar la atmósfera abrasada del estío: ¿qué sería de nosotras en el teatro, en el baile, en la visita de etiqueta durante los meses caniculares, sin el dulce ambiente del abanico? Bien puede asegurarse que el aba-

nico es un amigo benéfico que nos liberta de un sufrimiento muy grande durante los meses en que el sol nos envía sus rayos más ardientes.

Voy á dar á conocer á mis lectoras la historia del abanico: todas las cosas, con muy raras excepciones, la tienen, y la del objeto que nos ocupa es tan antigua como la de la humanidad.

De la necesidad nace el remedio, y donde quiera que se hace incómodo el calor ó abundan los insectos, que no mortifican ménos, se ha procurado refrescar el aire y ahuyentar tan molestos enemigos, agitando una hoja de palmera, un mazo de plumas ó cualquiera otra cosa que reuniese estas dos condiciones: ligereza y elasticidad.

En algunos pueblos se empleó desde luego el abanico en las ceremonias, para preservar las ofrendas sagradas, y ha sido y es á la vez un atributo de soberanía.

Los Faraones egipcios estaban rodeados de señores que empuñaban enormes abanicos, los cuales tenian la forma de una elegante pantalla semi-circular, con un mango bastante largo; hacian oficios de estandarte, y se confiaban á los príncipes de la sangre ó á otros funcionarios de valor acreditado.

En Egipto se fabricaban mosquiteros y

abanicos de hojas de *Deum (crucifera thebaica)* y plumas de avestruz, con mango de madera de unos cincuenta centímetros de largo.

Los primeros abanicos de la India eran de hojas de palmera, y los mosquiteros se hacian con la cola del yak (buey del Tibet).

En Persia, y entre los árabes, contaban una remota antigüedad los abanicos de pluma de avestruz.

En Grecia y en Roma eran muy comunes, pues de ellos hablan Eurípides, Longino, Virgilio, Ovidio, Propercio, Apuleyo y otros, figurando tambien en las piedras grabadas y en los vasos etruscos.

Si hemos de dar crédito á Boettiger, el sábio autor del *Tocador de una dama romana*, la forma que en Grecia se dió primero al abanico fué la de la hoja de plátano. Por el siglo V antes de Jesucristo, las mujeres griegas se servian de abanicos de plumas de pavo real, las cuales estaban ya en uso en el Asia menor.

En el *Orestes* de Eurípides, cuenta un esclavo frigio que ha acariciado con una dulce frescura las mejillas y cabellos de Elena, adormecida, sirviéndose de un abanico de plumas, segun la costumbre de los frigios.

El abanico de los sacerdotes de Isis, cuando tomaron á ésta por divinidad propia, era

más sencillo, pues se formaba de las alas de un pájaro, unidas lateralmente y adheridas á un mango que les prestaba cierta semejanza con el caduceo de Mercurio.

En los vasos italo-griegos del museo del Louvre hay multitud de abanicos griegos y romanos, y tambien pueden verse algunos en las obras de Clever, Hancarville y Fischbein.

Estos pormenores prueban hasta la evidencia lo interesante que es la historia del abanico, el cual ha llegado á constituir uno de los objetos más delicados en los anales de los trajes.

En la Edad media, y en los tiempos modernos sobre todo, se ha acrecentado su uso cada vez más, dando á su forma más condiciones de ligereza y comodidad.

La China empezó á fabricar millones de abanicos, que inundaron, desde el siglo XVII, los almacenes de los mercaderes de Europa; pero el siglo de oro del abanico fué, sin contradiccion, el siglo XVIII, durante la regencia y reinado de Luis XV y Luis XVI.

En el dia se ve el abanico prolongado con mangos en forma de agarrador, ó montado como una pantalla, en todas las islas del mar de las Indias, de la Oceanía y en la córte del más insignificante reyezuelo del Asia y Africa.

Actualmente se pueden comprar abanicos á

dos cuartos, y los hay tambien que cuestan hasta mil y dos mil reales, segun el corte de los varillajes y el mérito de los países, algunos de los cuales están pintados por los artistas más célebres del siglo XVIII.

Las innumerables y magníficas fábricas que se sostienen prueban que el abanico está muy lejos de hallarse en decadencia, y por consiguiente, que su consumo alimenta á multitud de trabajadores.

A pesar de eso, no falta quien sostiene que el abanico es una prenda puramente de adorno; pero esta opinion no puede defenderse..... con calor.

En cambio, y acaso con más fundamento, sin negar su utilidad, se le atribuye otra condicion que no deja de tener alguna importancia: la de hablar, obedeciendo al impulso que le imprime la persona que lo maneja, y la de ayudar, como dije mas arriba, á todos los inocentes manejos de una graciosa coquetería.

Cada dia se hacen más bonitos abanicos, y puede decirse que esta industria es una de las que marchan al frente de los más grandes adelantos de la moda: hoy se hacen abanicos encantadores, de raso, de encaje, bordados, pintados á la aguada, dibujados á lápiz, y adornados de ricos sobrepuestos, de ramitos de nácar y de flo-

res de brillantes: la concha, el ébano, el marfil, el nácar blanco y de colores, y las maderas de sándalo, violeta, rosa y cerezo, producen una cantidad fabulosa de abanicos elegantes, que son el complemento de los trajes de mejor gusto.

BOCETOS SOCIALES.

I

LA ESPOSA FIEL.

Virginia tiene veinte y ocho años, y una figura encantadora: hace seis que se casó con un hombre que la adoraba, y que la quiere todavía, porque los sentimientos verdaderos y profundos se debilitan lentamente.

Virginia amaba á su marido con tranquilidad, cuando no era más que su novio; seguramente ahora le quiere más que entonces; porque la gratitud se une en la esposa al cariño conyugal, para dar á éste más fuerza y más vida.

Dos hijos, hermosos como dos rayos de sol, han alumbrado durante algunos meses el hogar de estos esposos: pero uno despues de otro, se han apagado en la tierra, para brillar de nuevo en el cielo.

Virginia sintió traspasado su corazon con un dolor mortal al perder el último; su carácter

suave y apacible se amargó, y á la dulzura un poco fria de sus maneras, ha sucedido una impaciencia nerviosa que la domina á la más leve contrariedad.

Se contiene, no obstante, con los criados, por el temor de cambiarlos continuamente: con su familia, por evitar que la critique: con las personas de su trato, por ese natural pudor que es una parte de la buena educacion, y que impide mortificar á los demás, manifestando á sus ojos la vulgar y contínua irascibilidad, que arrebata á la mujer toda su gracia y todo su encanto.

En cambio Virginia descansa de esta violencia con su marido: á él le regaña á todas horas: con él se queja de lo desgraciada que es una union sin hijos; con él llora por lo que le hacen sufrir los criados y las modistas: y á él reconviene porque la empresa del Real fastidia á los abonados dándoles siempre las mismas óperas, y porque en "La Comedia," donde está abonada tambien, no hacen, con ligeras excepciones, más que tonterías y frivolidades.

Cansada su viva imaginacion de las prosáicas ocupaciones domésticas, que se asemejan á la tela de Penélope, pues se reducen á hacer y deshacer las mismas cosas siempre, Virginia tiene temporadas en que se entrega con febril

agitacion á visitas, paseos y reuniones; en todas partes, su esbelta figura, su espiritual y gracioso rostro, su distincion y su elegancia, tienen apasionados admiradores: pero Virginia ama á su marido, y faltarle ni aun en el pensamiento, sería para ella imposible, tan imposible como cometer un crímen.

Mariano, el esposo de Virginia, tiene treinta y seis años: su figura arrogante y varonil dice claramente que su carácter es noble, elevado, firme y templado en las luchas de la vida: sus grandes ojos negros, llenos de vida y de altivez, se vuelven dulces al mirar á una mujer: enérgico para los fuertes, nadie es más dulce é indulgente para la debilidad. Mariano es una bella muestra de una generacion que ya pasó, y á la que pertenecian aún nuestros padres: algunas veces le he visto parado ante los escaparates que ostentan las novedades de la moda: me he acercado á la vidriera, y he visto que no contenia bastones, corbatas ó armas: sino esas mil *nadas*, esas monerías que hacen el encanto de las mujeres, y que todas adoramos, por lo mismo que son caras é inútiles.

—¿Qué hace Vd. aquí? le he preguntado, deteniéndome á su lado alguna vez.

—Buscar algo para mi mujer, me contestaba: vamos á elegirlo entre los dos.

La semana pasada le ví parado ante un escaparate que encerraba objetos de hombre: esto no me hubiera extrañado tratándose de otra persona por que sé que hay muchos indivíduos del sexo fuerte, que solo piensan en realzar sus gracias con los inventos de la moda: pero en Mariano, me causó una sensacion penosa.

—¿Qué hace Vd.? le pregunté, segun costumbre.

—Distraerme: vea Vd. qué bonitos alfileres de corbata.

Un pensamiento muy triste pasó por mi mente.

—Mariano pensaba antes en su esposa, me dije; y la hallaba bonita, puesto que creia le estarian bien las cosas que lo son. Ahora piensa en otra mujer, y para agradarla se ocupa de su propia compostura. ¡Pobre Virginia!

—Acompañaré á Vd. un rato, me dijo Mariano: su conversacion me aliviará, porque estoy

muy dolorido. Virginia me hace la vida insoportable: cree que el solo deber de una mujer es ser fiel á su marido, y que todo lo demás puede permitírselo: con esta idea por norte de su vida, hace de la mia un infierno: es dura, amarga, quejumbrosa: me arruinan las cuentas de su modista: descuida la direccion de la casa: se manifiesta constantemente aburrida, displicente, y jamás me dice una palabra agradable. ¡Deplorable fidelidad! si no la tuviera, si fuese siquiera *un poco culpable*, procuraria compensar su falta con cuidados, con ternura y halagos para mí; al paso que ahora.....

—Mariano, por Dios ¿está Vd. loco? exclamé: ¿se puede en asunto tan vital ser solo, *un poco culpable*? No hay más medio que ser buena ó mala esposa: las medias tintas son imposibles!

—Lo sé, lo sé, contestó el pobre marido con mal humor: pero estoy metido en tal infierno, es tan triste y tan amarga mi vida, que desearia gradaciones en la fidelidad de mi mujer, para que esta no fuese tan completa que excusase todas sus demás detestables cualidades.

Antes de ayer vino Virginia á mi casa; su bello semblante estaba alterado y contraido: la

cólera crece como la espuma, y destruye todos los encantos de la fisonomía, y todas las gracias del carácter: se convierte en pasion, y llega á extremos increibles de ceguedad y de barbárie: Virginia habia ya llegado á un grado lastimoso de exasperacion y de acritud.

—¿Qué tienes, le pregunté; qué te hace sufrir? tu marido se queja de tu continuo mal humor.

—Pues que lo sufra, repuso; no tengo más obligacion que la de serle fiel.

—Dice que no atiendes al gobierno de tu casa.

—Pero le soy fiel.

—Se queja de tu indiferencia.

—Tanto más mérito tengo en serle fiel.

—Las cuentas de las modistas le agobian.

—Pues que las pague, que para eso le soy fiel.

—Y si á lo ménos fueras dichosa! pero tú sufres, pobre amiga mia, y tu marido tambien; ninguno de los dos sois dichosos, y es por tu causa; por que, créeme: yo pienso que todos los deberes de la esposa no se resúmen en la fidelidad, sino que le quedan otros muchos que llenar despues de cumplir este.

Virginia quedó muy pensativa: la expresion amarga y ceñuda de su rostro se volvió triste,

pero á la vez profundamente dulce; quizá pasó por su mente el vago temor de tener que llorar un bien perdido: el bien inefable del amor de Mariano; levantóse en fin, y estrechando mi mano, me dijo:

—Has hecho brotar en mi alma un rayo de salvadora luz. Mariano ha sido generoso, y nada me ha dicho: pero yo conozco ahora que le haria muy amarga la vida..... porque además de todo lo que sabes, apoyada en mi ferozvir - tud, he sido para él muy intolerante, y no le he disimulado defecto alguno..... en adelante será otra cosa: solo se ama lo que es amable, lo que halaga, lo que seduce, lo que despierta y sostiene la simpatía, base la más firme del amor: refiere en un libro este caso de dolencia moral, que debe ser bastante comun, y dí para bien de nuestro sexo que si el primer deber de la mujer casada es el sér fiel á su marido, no es el único, sino que, como tú me has dicho, le quedan otros muchos que cumplir.

II

LA ESPOSA INFIEL.

Cármen tiene treinta y dos años y una belleza indefinible, pero fascinadora; la belleza que es como un castigo del hombre frívolo de nuestro siglo: la belleza de la mujer vampiro.

Para los ojos de las personas vulgares, ni siquiera es bonita: para quien la mira con ojos é imaginacion de artista, tiene una atraccion irresistible. De estatura más bien alta que pequeña, se la pudiera tachar de estremada delgadez, á no ser por la gracia infinita de sus formas: un bosque de cabellos rubios, cortados desde la mitad de la cabeza, se ensortija sobre su frente, pequeña como la de las estátuas griegas, y llega casi á sus sedosas cejas, de color castaño, como sus largas y convexas pestañas; dos grandes y rasgados ojos, que participan del gris de la pizarra y del azul de los záfiros, alumbran su cara oval, blanca como una camelia, y terminada por una barbilla adorable, que señala un gracioso hoyuelo: cuando ríe, otros dos hoyos, más grandes, se forman en el centro de sus

mejillas, y al abrirse su boca, algo grande, de lábios finos y sonrosados, enseña una sarta de dientecitos de nácar.

Hay en su cara algo de la dulzura de una vírgen, y algo de la expresion mimosa de una cortesana de alto coturno; su dulce y cándido semblante se halla muy bien pintado de blanco: sus ojos, grandes ya, están agrandados todavía con líneas de *Khol* y están llenos á la vez de centellas y de caricias.

Cármen se halla dotada de un organismo extraño: el mal ejemplo pervirtió y asombró dolorosamente su infancia; en casa de sus padres ha conocido siempre *un íntimo;* siempre el mismo, es verdad, pero que se interponia entre su padre y su madre, y que le compraba juguetes y lindos trajes, que ella detestaba casi lo mismo que al *íntimo* que se los daba: en cambio adoraba á su padre: los hijos son siempre los vengadores en estos asuntos. Cármen, educada con pureza, hubiera sido un ángel; hay en su corazon una irresistible tendencia á la ternura, y en su loca imaginacion un insaciable deseo de agradar: pero esa imaginacion turbulenta necesita pasto contínuo; y como no le han enseñado á buscar el sano alimento del deber y de la virtud, le da lo que halla á la mano, y el otro dia decia á una de sus amigas:

—Si no tuviera alguna coquetería que me entretuviese, me moriria de fastidio.

Cármen carece de fortuna: su marido disfruta por todo haber 10.000 reales de sueldo anual, que en Madrid es lo mismo que tener la doble patente de *persona fina*, y de pobre de solemnidad. Porque Cármen, que es una loca, tiene un marido, y un marido excelente, que la adora con ceguedad.

Cármen duerme poco; se levanta temprano, prepara el desayuno y la ropa para su marido. Manuel es para ella lo primero, y su persona es sagrada á los ojos de su mujer.

—¡Pobrecito de mi alma! se dice. Bastante le ofendo con mis tonterías!

Se acerca á la cama, le abraza, le presenta su taza de café con leche bien caliente y sus tostaditas bien cargadas de manteca, diciéndole:

—Está hecho por mi mano; ¿te gusta?

En tanto que Manuel come, le da conversacion y se ríe con él como una loca; luego arregla la colcha, le da un fósforo encendido, para que él encienda á su vez el cigarro, y le dice dándole palmaditas en la espalda:

—Ahora á dormir otra vez hasta las diez; en una hora estás listo y almorzado para ir á las once á la oficina.

Manuel obedece, y se duerme de nuevo pen-

sando en que su mujer es un ángel descendido del cielo para su ventura.

Nada hay desarreglado jamás en casa de Cármen; es esta muy activa, y duerme poco, como ya dije: el aseo es ademas una de sus cualidades naturales: la mesa es modestísima, pero limpia: en la colocacion de cada cosa hay una armonía indefinible: la armonía que Cármen comunica á cuanto toca; todo alrrededor suyo tiene el sello de la alegría, de su fantasía caprichosa y de la ternura de su corazon; si su conciencia estuviera pura de toda mancha, sería un ser celestial; y los ángeles no pueden vivir en la tierra!

Mientras que su marido echa el último sueño de la mañana, Cármen se peina, se pinta, prepara sobre su cama un traje de seda negra, un manto con velo de encaje, una exajerada gola blanca, el collar de terciopelo negro, que tambien ciñe su blanco y esbelto cuello, unos guantes largos con cuatro botones, que oprimen y dibujan maravillosamente su pequeña mano, y unas botitas de hada para sus diminutos piés.

Almuerza con su marido un solo plato, siempre el mismo, y Manuel, dice al verla comer con tanto apetito, fijando en ella enternecido sus grandes y leales ojos negros:

—¡Qué deseos tengo, Cármen de mi alma,

de que me aumenten el sueldo, para que comas algo más delicado que carne con patatas!

Sale Manuel para ir á la oficina, y aun no ha llegado á la esquina cuando Cármen sale detrás, elegante, coqueta, con ese seductor *trapillo*, más esmerado y llamativo que el más suntuoso traje. Cármen deja tras ella un embriagador perfume de lirio y bervena; los hombres se vuelven á mirarla cuando ya ha pasado, y ella camina modestamente, con su aire dulce y virginal, y los párpados inclinados, que al levantarse una vez dejan ver dos hermosos ojos, á un tiempo claros y sombríos, profundos é inocentes, como los de un niño voluntarioso.

¿A dónde va Cármen?

Solo lo sabe Dios, porque ella misma no lo sabe muy bien.....

—Hija mia, tú no vas por el camino recto: mira que empieza á transpirar algo; mira que las criadas se cambian hoy mucho, y hablan. Por Dios, por el nombre de tu padre, por el honor de tu marido, por el amor de tu madre, mira lo que haces.... ¿has perdido el juicio á los treinta y dos años, cuando debias empezar á tenerlo? Cármen, ¿qué piensas hallar en esos de-

vaneos más que penas y escándalos? ¿qué pasa en tu interior?

— Pasa, mamá, que me aburro! Manuel es bueno, pero vulgar y pesado! me quiere, pero no me entretiene: he pasado diez años á su lado siéndole fiel, por que no queria pensar..... ya me canso de ser un autómata: el tédio me mata..... ¿qué peligro hay en que me distraiga un poco? Manuel no piensa mal de Luis como tú....! Papá tampoco ha tenido celos nunca de D. Tomás, y hace veinte años que te quiere, y los tres os habeis hecho viejos, y tan amigos.....

La madre culpable, palideció al oir estas palabras, y un temblor convulsivo agitó sus hombros; habia encontrado un juez inexorable..... y ¿en quién, gran Dios? En su hija.

—Haces mal, dijo tristemente á Cármen, en echarme ahora en cara la única falta de mi vida..... pero sabe que si tu padre ha sido ignorante ó indulgente, yo no lo he sido, y que el remordimiento ha extendido siempre sobre mi alma su negra sombra; el suplicio de mi vida ha sido doble; por que han entrado en él, por partes iguales, el desprecio hácia tu padre que consentia ó no veia mi culpa, y el odio al cómplice del delito.

Luis es ya el íntimo de la casa de Manuel, como D. Tomás lo es aún, despues de muchos años, de la casa de los padres de Cármen: y el viejo galan llevó un dia al marido jóven á un café retirado, y le habló largamente de lo peligroso que es el admitir á *un íntimo* en la casa de un matrimonio, que aun no ha llegado á viejo.

Manuel contaba ya treinta y seis años: pero de todas las tormentas que una imaginacion ardiente y un ejemplo funesto habian levantado en el corazon de su esposa, estaba tan ajeno como el niño que acaba de nacer: su naturaleza plácida y reposada, su alma recta y leal, no podian comprender lo terriblemente complejo de la esfinge que tenia á su lado, que le amaba, le acariciaba y le vendia: era un hijo inocente de los siglos pasados, unido á la encarnacion tenebrosa de una hija de la civilizacion presente.

—Señor D. Tomás, contestó á las oficiosas insinuaciones del viejo seductor, yo adoro á mi Cármen, y sin ella no podria vivir..... el amor que la tengo corre con mi sangre por mis venas: yo leo tambien alguno de los libros franceses que ella devora, y hoy mismo he terminado uno titulado *Madame Bovary:* es la historia de una dama jóven y elegante, y de su marido, ordinario y bonachon como yo; ella le engañaba

él lo ignoraba, y era feliz; el amante que no la queria, la abandonó, y entonces la pobre mujer tomó un veneno; despues de muerta, el marido descubrió su culpa, y aun así, se murió del dolor de haberla perdido. No creo que Cármen me engañe, pero si asi fuera, antes que renunciar á ella, la perdonaria: lo que es en mí un deber de dignidad, es decir muy claro á D. Luis que no vuelva á poner los piés en mi casa.

Dos años han pasado. Cármen se cansa de Luis, y éste, como todos los hombres que la conocen, no puede renunciar á ella.

Cármen se distrae con otras coqueterías; hay en ella una exhuberancia de imaginacion, una ánsia de afectos, que el no ocuparse de algo en que ella crea que toma parte su corazon, la aburre; pero, ¡ah! que el corazon es mejor que la soñadora cabeza, y solo ama á Manuel, al prosáico y pacífico Manuel, al honrado esposo que le da amparo, apoyo moral, sombra en el mundo, y el pan de cada dia.

Este es el castigo de Cármen; ódia al tirano que le está unido por los nudos fatales de la mútua falta, y se hastía profundamente de todos sus demás devaneos: su inteligencia es de-

masiado clara para guardar necias ilusiones: las mujeres de elevado entendimiento no sirven para el mal, porque este las cansa mortalmente.

Fatigada del *íntimo* que fué, y que Manuel echó digna y honradamente de su casa, tiene que soportarle cada dia más apasionado: y cuando ve dormir á su marido, rendido por un dia de trabajo en su pobre destino, y por tareas extraordinarias que desempeña para que Cármen pueda comprar flores y libros, la desgraciada esposa se arrodilla ante el lecho, cruza las manos, y llorando amargamente, exclama:

—¡Oh mi solo, mi verdadero, mi único amigo, bendito seas! No me has dado otro castigo que mi conciencia, pero bien vengado estás!

UNA PÁGINA DE LA VIDA DE BEETHOVEN.

I

Algunos años hace encontré en Bona, pueblo natal de Beethoven, á un músico anciano, amigo íntimo del ilustre compositor, y me contó la anécdota que á mi vez voy á referir á mis lectores.

—Ya sabeis, me dijo, que Beethoven nació en una casa de Rhein Gatte, calle del Rhin.

Cuando yo le conocí, ocupaba una humildísima habitacion, cuya ventana daba al Roemerplatz.

Era entonces muy pobre: tanto, que el miserable traje que llevaba solo le permitia salir á la calle por la noche.

Sin embargo, tenia un piano, plumas, papel, tintero y libros, y con estos elementos pasaba todavía algunas horas felices, á pesar de sus privaciones.

Aun no era sordo, y podia gozar de las armonías de sus composiciones: en sus últimos

años se vió condenado á renunciar á este consuelo.

Una noche de invierno, en que fuí á visitarle, le encontré sentado junto á su ventana, sin fuego ni otra luz que la de la luna que iluminaba pálidamente la estancia.

Tenia oculta la cabeza entre ambas manos, y todo su cuerpo tiritaba de frio.

Le propuse dar un paseo y cenar juntos despues, con la esperanza de distraerle de los tristes pensamientos que debian agobiarle.

El célebre maestro consintió en salir; pero no pude lograr que se disipara la nube de tristeza que le envolvia, ni el profundo desaliento que de él se habia apoderado.

—Detesto el mundo, contestó á las observaciones que le hice y me detesto á mí propio. Nadie me comprende, ni nadie se ocupa de mí: creo que tengo génio y todos me tratan como á un pária: tengo corazon, y no encuentro, por do quiera que voy, más que séres indiferentes. Soy muy desgraciado.

No le contesté.

Era inútil disputar con Beethoven: pero él no dejó de hablar hasta que regresamos á la poblacion.

Entonces volvió á su habitual silencio.

II

Al cruzar una calle oscura y estrecha, cerca de la puerta de Coblentz, se detuvo Beethoven.

—Escuchad me dijo ¿qué rumor es ese?

Apliqué el oido y percibí á lo lejos las débiles notas de un piano.

Era una encantadora melodía á dos tiempos; y aunque el instrumento que la producia no era muy bueno que digamos, el ejecutante sabia imprimir á las notas que le arrancaba un profundo sentimiento, y una ternura admirable.

Beethoven me miró con ojos chispeantes.

—Esta pieza está sacada de mi sinfonía pastoral. Es en esta casa, oid: ¿no os entusiasma la ejecucion?

La casa era en extremo humilde: á través de las hendiduras de las puertas se veia brillar una luz.

Nos aproximamos para apreciar mejor la ejecucion.

Hácia el final hubo una interrupcion repentina, despues un momento de silencio, y por fin se oyó una voz de mujer que dijo:

—Esta noche me es imposible continuar, Federico.

—¿Por qué hermana mia?, repuso otra voz.

—No puedo explicarlo; acaso porque esta composicion es magnífica y me siento incapaz de interpretarla como se merece. ¡Soy tan apasionada de la música!

¡Cuánto daria yo por oir esta pieza ejecutada por una mano experta!

—Querida hermana, observó con acento triste el llamado Federico; se necesita ser rico para procurarse semejante placer. No apetezcamos nada que sea superior á nuestra modesta existencia.

—Tienes razon hermano mio: y sin embargo, no puedo ménos de desear, una vez al ménos durante mi vida, oir buena música y bien ejecutada; pero comprendo que es en vano.

La expresion de este deseo interesaba de una manera singular.

Beethoven me miró de nuevo, y dijo de pronto:

—Entremos.

—¿Para qué?

—Quiero ejecutar esa pieza, exclamó con el fuego de entusiasmo que brotaba lo mismo de sus palabras que de su música. Esa mujer está dotada de sentimiento y de inteligencia, y sabrá apreciarne.

III

Seguí á Beethoven á través de un corredor oscuro que conducia á una puerta que se veia entornada.

El inmortal maestro la empujó, y nos hallamos en un aposento donde habia una estufa y algunos muebles ordinarios.

Un zapatero jóven trabajaba junto á una mesa, y á su lado se veia una mujer, más jóven todavía, inclinada tristemente sobre un piano,

Ambos tenian un aspecto decente, y se levantaron para recibirnos.

—Perdonad, dijo Beethoven, que no podia disimular su confusion; desde la calle he oido música, y no he podido resistir á la tentacion de entrar; soy músico.

La jóven se ruborizó, y el zapatero nos dirigió una mirada grave y casi severa.

—Tambien he oido algo de lo que habeis hablado, continuo mi amigo y he creido comprender que no os disgustaria oir la pieza que ejecutábais..... En una palabra: ¿quereis que la toque?

Esta última frase fué pronunciada con tan-

ta gracia, que todos nos sonreimos sin poderlo remediar.

— Gracias dijo el zapatero; nuestro piano es malo, y ademas, no la tenemos escrita, porque mi hermana.....

—¡Qué miro! ¿Esta señorita?.....

Mi amigo se interrumpió ruborizándose.

Acababa de ver que la jóven era ciega.

—Perdonad, señorita, dijo Beethoven despues de una ligera pausa; no me habia fijado en vuestros ojos, que me están diciendo que tocais de memoria.

— En efecto, balbuceó la jóven.

—¿Y cómo habeis aprendido la pieza que acabais de ejecutar.

La oí tocar á una señora vecina nuestra hace dos años en Bruhl. Era un verano: ¡oh! jamás se borrará de mi corazon el recuerdo de las deliciosas veladas que pasaba al pié de su ventana entreabierta.

—¿Y no habeis oido nunca otra música?

— Nunca, á no ser la música de las calles.

La jóven pareció asustarse, ó al ménos turbarse, al contestar á las preguntas, bastante bruscas, de Beethoven.

Este lo advirtió, y sin pronunciar más palabras, se sentó ante el piano y principió á tocar.

IV

Durante los muchos años que le conocí, nunca oí tocar al ilustre maestro como lo hizo entonces para la pobre ciega.

¡Qué acentos tan apasionados y tiernos arrancaba al piano!

Desde que los dedos de Beethoven recorrieron las teclas, las notas del instrumento eran más suaves y armoniosas.

Largo rato le escuchamos inmóviles y sin atrevernos á respirar.

El zapatero y su hermana estaban mudos de asombro.

El habia dejado el trabajo, y ella se habia aproximado cuanto le fué posible para no perder ni una sola nota de tan divina música; tenía las manos apoyadas en el pecho, como si temiera que el latido de su corazon le impidiese oir aquellos acentos de mágica dulzura.

Parecia que todos estábamos bajo el encanto de un sueño extraño, del que temíamos despertar demasiado pronto.

De repente la llama de la tosca lámpara que iluminaba el aposento, lanzó un vivo resplandor, y se apagó.

Beethoven se detuvo.

Abrí entonces la ventana, y la luna que brillaba en el cielo, inundó la estancia de una luz blanquecina.

Este incidente rompió, sin duda, el encadenamiento de las ideas del artista.

Beethoven inclinó la cabeza sobre el pecho, dejó inmóviles sus manos sobre las rodillas, y pareció abismado en una profunda meditacion.

V

El inmortal maestro permaneció en esta actitud durante algunos instantes; pero el zapatero se acercó á él, y le dijo con respeto:

—Hombre prodigioso ¿quién sois?

Beethoven levantó la cabeza y miró al zapatero maquinalmente, y como si no hubiera comprendido el sentido de sus palabras.

El jóven le suplicó por segunda vez que se diera á conocer.

—Oid, dijo el artista, y ejecutó la primera frase de su sinfonía.

Apenas terminada, brotó de los lábios de los dos jóvenes una exclamacion de júbilo.

Le habian reconocido, y gritaron en el colmo de su entusiasmo:

—¡Sois Beethoven!

El artista se levantó; pero nuestras súplicas le decidieron á permanecer algunos instantes más, y á ejecutar por segunda vez su sinfonía.

La ventana del aposento no tenia cortinas, y los rayos del astro de la noche daban de lleno en la sublime cabeza del artista.

—Voy á improvisar una sonata á la luna, dijo con tono de buen humor.

Contempló por un instante el firmamento sembrado de estrellas, y despues sus dedos se apoyaron en el instrumento y preludiaron de una manera lenta y dulcísima.

La armonía brotaba tranquila y suave como los rayos de la luna esparcidos sobre las sombras de la tierra.

Este delicioso preludio fué seguido de una pieza á tres tiempos, rápida, animada, caprichosa, especie de intermedio burlesco como una danza de hadas á media noche sobre los prados. Despues sucedió un rápido *ajitado* que heria el aire, semejando un choque de alas que nos arrebataba sobre sus palpitantes notas.

El artista se levantó, y dirigiéndose hácia la puerta, dijo:

—¡Adios, amigos mios, adios!

—¿Volvereis? preguntaron á un tiempo los dos jóvenes.

Beethoven se detuvo, contempló á la ciega con expresion compasiva, y respondió:

—Sí, sí, volveré á dar lecciones á esta señorita ¡adios!

Los dos hermanos nos siguieron hasta la puerta y permanecieron en el umbral, con un silencio más expresivo que sus palabras hasta que el zapatero nos perdió de vista.

VI

—Apresuremos el paso, me dijo Beethoven; deseo copiar esa sonata que aun conservo en la memoria.

Asi que llegamos á su casa, entró en sn cuarto y escribió hasta los primeros albores de la mañana.

—¿Y dió Beethoven lecciones á la ciega? pregunté al anciano músico al ver que habia terminado su relato.

El amigo del célebre maestro se sonrió y movió tristemente la cabeza.

—Beethoven no volvió más á aquella humilde morada, me contestó; el interés del artista por la pobre ciega desapareció con la excitacion del momento. Los dos hermanos esperaron largo tiempo la prometida visita.

¡Beethoven los habia olvidado!

LA INSTRUCCION EN LA MUJER.

I

Desde que se han abierto tantos centros de enseñanza para el bello sexo, desde que la mujer tiene acceso á las carreras científicas, se matricula en las Universidades, y puede adquirir títulos de licenciado y de doctor, he recibido muchas cartas de padres de familias, haciéndome el honor de querer saber mi modo de pensar en este asunto.

Sirvan estas pobres líneas de leal, si no de discreta respuesta, á todas las personas que me han dispensado aquella distincion.

Creo que ninguna hija de una familia como debe ser, pensará nunca en seguir una carrera científica, ni en dedicarse á estudios civiles: y yo entiendo por familia modelo, la que vive unida, la que tiene costumbres regulares y sedentarias, la que es más amiga de las buenas obras que de los placeres ruidosos.

A la sagrada sombra del techo paterno; ba-

jo el dulce calor del ala maternal, una jóven podrá sentir vocacion por elevarse á las regiones del arte, porque estará predispuesta á sentir la irresistible influencia de lo bueno y de lo bello,—casi sinónimos á mi parecer,—y acaso llegará á ser una gloria de su pátria en la pintura, en la música ó en la literatura.

Si la familia tiene los defectos contrarios á las cualidades que la hacen respetable y respetada; si es disipada, ligera; si el padre y la madre no se entienden; si la vida no es arreglada y séria, la infancia crece asombrada y triste con el mal ejemplo, y la adolescencia suele buscar los estudios sérios para llenar ese vacío del alma, que no existe cuando el amor y el respeto mútuo reinan en el hogar.

Pero supongamos una familia, si no modelo, en la que al ménos ni palabras ni acciones puedan ofender la mirada inocente y penetrante de una niña: su educacion puede decirse que se hace sola, no teniendo más que modelarse por la de su madre: para la instruccion, su madre la lleva cada dia á una de esas instituciones donde se enseña todo lo que es agradable y útil; en una de esas pensiones modelo, todo es ó debe ser perfecto: claridad, método, inteligencia, interés, emulacion, nada falta; la educanda aprende á amar el estudio, y cumple sus deberes con

amore: por poco perseverante que sea, adquirirá alguna erudicion y llegará á ser verdadera artista.

Lo mismo le sucederá si está á cargo de una institutriz y hace su educacion con buenos profesores, bajo la tierna y vigilante mirada de su madre. Y en la época tormentosa é insegura en que vivimos, puede suceder que tenga que pedir á la educacion el pan de cada dia.

Una jóven bien educada puede, en el dia de la desgracia, enseñar cosas buenas y agradables; puede ganar su vida y unirse al hombre que ama, aunque la fortuna de ese hombre sea modesta, porque puede ayudarle; una señorita cuya educacion abrace el amor y el cuidado del hogar y el conocimiento perfecto de una de las manifestaciones del arte, puede educar á sus hijos y hasta escribir algunos libros que ayuden al bienestar de los suyos, porque la literatura va siendo ya lucrativa.

II

Todas estas seguridades contra un porvenir incierto, toda esta cultura del espíritu, todas esas gracias, todos esos dones, los posee la hija educada por una madre inteligente.

Los estudios que comprenden á lo ménos los elementos de las ciencias, cambian por completo las cuestiones de la existencia de la madre y de la hija; la vida íntima, sedentaria, doméstica, desaparece; los estudios áridos secan la sávia del corazon; el amor del hogar, con sus pueriles y modestos cuidados, se extingue; la hija se cree superior á la madre, y le contesta con desdén; todas las bellas labores femeninas, tan útiles y tan benéficas, quedan olvidadas. La jóven alejada del hogar y que pasa su vida en las cátedras ó en la calle, no aprende esa dulce ciencia del menaje doméstico, que se adquiere siguiendo á su madre á la despensa, á la cocina y al cuarto de costura, oyéndola dar órdenes y discutir con los proveedores; la jóven que se dedica á ser abogado, farmaceútico ó médico, creo que ni ganará ningun pleito, si sabrá jamás bien el latin para preparar una droga; en cuanto á *curar* enfermos, quizá los cuidaria mejor si se dedicara á eso solamente.

Creo que es un gran mal para la mujer el invadir los caminos abiertos hasta hoy solo á los hombres; las carreras científicas no le darán jamás mucho provecho, y esos estudios son mortales para la educacion, para la formacion del alma, para el desarrollo de las virtudes femeninas, que son la modestia, el silencio, el gusto del

retiro y el culto de la sencillez: si por crear sabios y bachilleres con faldas dejamos el hogar sin la madre y la esposa, la sociedad no ganará en el cambio.

Dediquemos la mujer á la familia, y dentro del círculo protector que la familia le crea, al cultivo del arte. Tengamos en España españolas, y dejemos las norte-americanas para el nuevo mundo: allí es tierra donde prosperan las doctoras: aquí la gloria mayor de la mujer es la de ser bella, buena é inteligente, dentro de su modesta y dulce esfera.

III

El cultivo del arte no hace ningun daño á los encantos de la mujer, si no todo lo contrario; en vez de agriar su carácter y volverle severo, como sucede con los estudios científicos, el cultivo del arte eleva sus ideas y dá á su pensamiento una serenidad y un reposo que se refleja en todo cuanto le rodea: la mujer que se dedica á la enseñanza de la música, la que pinta, ó escribe libros, es pocas veces inclinada á la murmuracion, porque la preocupacion contínua en que vive no la deja pensar en esas pequeñe-

ces, en esos detalles de las vidas ajenas, que por otra parte la interesan muy poco.

Y entre todas las artes á que puede deber la mujer su bienestar y su gloria, la que responde mejor á su organismo delicado, es la literatura: porque su sensibilidad exquisita y los principios de religion y de sólida virtud que haya recibido en su infancia, se reflejarán á no dudar en sus libros, y harán un bien grande y positivo á las demás mujeres.

Si es verdad que el estilo es el hombre, aun se puede asegurar con más verdad que la mujer deja en sus libros una parte de su alma, y sin duda á causa de éste reflejo poderoso é inevitable, los libros de algunas mujeres son más buscados que los de muchos hombres; no por su mérito literario, si no por el exquisito perfume de sensibilidad, de persuasion, de sinceridad, que hay en ellos: por las heridas que adivinan en el alma humana; por el bálsamo delicioso que saben aplicarles, con un tacto tan delicado como admirable.

IV

No aconsejaré á ninguna mujer que, ni aun dentro de la esfera del arte, consagre su

talento á obras viriles: es decir que me parece tan impropio de una mujer el pintar cuadros de historia, como el escribir libros donde las pasiones fuertes traigan como consecuencia la inmoralidad y los crímenes: bueno es que pinte el mal, pues sin conocerlo nadie puede evitarlo, y la ignorancia no es la virtud: pero con cierto pudor, con la delicadeza que debe ser inherente á la condicion femenina, y siempre valiéndose de los medios usuales en la vida, sin acudir á recursos extremos.

Las novelas de *brocha gorda*, así como los grandes cuadros de batallas, no son propios de la dulce y suave condicion femenina, así como los paisajes, las escenas de familia, y los libros tiernos y conmovedores nadie los puede escribir ó pintar como ella.

Ninguna madre que anhela la felicidad de su hija, y creo lo serán todas, debe educarla para que sea un *espíritu fuerte;* cuanto más mujer y más delicada, será más interesante, y alcanzará más amor y más proteccion, que es su precisa consecuencia.

LA MUJER AMERICANA.

I

Nadie como yo puede consagrar un recuerdo tierno y lleno de gratitud á la mujer americana, porque no puedo olvidar que mis escritos han sido recibidos por ella con un entusiasmo que están muy lejos de merecer.

Yo, que guardo entre mis más queridos recuerdos multitud de cartas de hijas, de esposas y de madres, en las que se me dan gracias por algunas verdades cristianas que he depositado en mis libros, sin otro mérito que el que contrae el labrador que deposita en tierra fértil y buena la semilla que ha de dar ópinos y sazonados frutos, merced á la bondad de la misma tierra.

Yo, que cada año envío á aquellas apartadas regiones muchos volúmenes de los que salen de mi pluma, que son recibidos con alegría y que siempre parecen pocos á mis amigos.

Por las cartas que recibo y guardo, por

los informes que algunos amigos veraces y residentes allí largo tiempo me han dado, y por las americanas que han venido de aquel hermoso y floreciente mundo, paréceme, y tengo motivos poderosos para creer que la mujer americana es la más entusiasta, la más amable, la más caritativa de todas cuantas habitan la extension del globo.

Dotada de una natural poesía que bebe en el aire que respira en su hermoso cielo y en las brisas de sus verdes montañas, todo lo que es verdaderamente bello y bueno la entusiasma hasta el delirio.

Dícese—y yo lo he oido mil veces—que las americanas son exageradas en todos sus afectos: que la piedad cristiana raya en la exaltacion; que el amor á los hijos llega hasta darles una educacion descuidada; que la pasion del amor es allí terrible, y asimismo la de los celos; pero; ¿en qué pais del mundo no ha sido el desórden de los afectos el orígen de muchas desgracias? ¿Y no es mejor la exageracion en los sentimientos, que una dura y helada impasibilidad, un cálculo refinado y egoista?

Muchas veces he oido decir tambien que no hay país más hospitalario que el de América, y que el desgraciado halla siempre en él pan y consuelo para sus penas: que la generosidad

toca los límites de la esplendidez, y que todo es allí grande, magnífico, soberbio, como aquella vegetacion gigante.

Y ¿quién si no las mujeres son las que dan más ó ménos vuelo á los sentimientos? ¿Quién educa á la familia? ¿Quién trasmite á los hijos las primeras ideas? No hay que dudarlo: todos los paises llevan el sello del carácter de la mujer.

Ved si no á nuestra España, cristiana, caballeresca, amante y guardadora de sus glorias: tales son sus mujeres.

Ved á Francia, coqueta, superficial, y llena de locos caprichos: ella refleja el carácter de sus hijas.

Ved á Inglaterra, helada, calculista y metódica: así son las inglesas.

América es tan bella y entusiasta como sus mujeres: como ellas, es hospitalaria y poética, porque la poesía reside en el alma de sus hijas.

II

No he pisado nunca la tierra encantada descubierta por Colon, y no puedo hablar de ella con la seguridad que de otros paises que he

visitado; y no obstante, por no sé qué misteriosa intuicion, y además por las páginas que, escritas de su mano, he recibido, conozco el carácter y las bellas relevantes cualidades de las mujeres de aquel país.

De dos graves defectos las acusan los que han vivido á su lado algun tiempo: y es de una extrema pereza, y de una aficion desmedida al lujo.

¿Pero qué mucho que no haya actividad en un país donde el calor enerva, y donde la raza de color está casi dedicada al servicio de la blanca?

Ni, ¿por qué ha de ser culpado el gusto por lo rico, cuando la riqueza tuvo allí su asiento y el oro corre aún en tanta abundancia por lo ménos como en Europa el cobre?

No hay cosa á mi juicio más opuesta á la condicion de la mujer que la aficion al dispendio: ella parece como que ha sido creada para ser la guardadora de su casa y para economizar algo, por si una enfermedad viene á ocasionar gastos y dolores inopinados.

La debilidad de su sexo y la escasa instruccion que se le concede, no la hacen apta para los negocios y para discurrir el modo de sostener una familia; pero las tareas fáciles y dulces del hogar, los cuidados tiernos y previsores pa-

rece que han sido hechos para ella: la mujer, pues, debe ser quien dirija y gobierne el timon de la casa, y quien libre á su marido de esos pequeños cuidados, tan repetidos como mecánicos, que llenan su vida y que son ocasionados por el buen régimen de la familia.

Verdad es que su mision es muy sencilla en la apariencia: pero en realidad, ¡qué árdua y qué pesada!

Cuidar de la cocina, de la despensa, de la limpieza de la casa, del arreglo de las ropas, de la buena distribucion del tiempo; de que una cortina deje pasar ó evite que pase un rayo de luz, de colocar convenientemente un ramo de flores: todo esto no es nada á primera vista; pero constituye un trabajo tan silencioso, ignorado y constante, que agota la paciencia de muchas mujeres, y las ahuyenta del hogar doméstico para distraerse de las miserias de la vida.

¡Ay! Desgraciada de la que olvide esas *miserias*, que deben ser su incesante ocupacion, para pensar en otras mayores! pues "la felicidad, como dice una espiritual escritora francesa contemporánea, es un mosáico compuesto de mil pequeños pedazos: cada uno solo y por sí no es nada: pero reunidlos todos con arte y talento, y obtendreis un precioso dibujo."

¿Cómo puede la mujer americana dejar de

conocer esto? Ella, dotada, por lo regular, de tan claro talento y despejada razon, no puede ignorarlo, y aunque las haya perezosas é indiferentes para su hogar, en todas partes las hay tambien; más que en otras las habrá en ese país privilegiado, amantes y cuidadosas, y para estas no doy consejos, sino para las que se dejen llevar de una natural indolencia, vivan en el país que quieran, ó que la suerte les destine.

III

Digna de lástima es la mujer que necesita estar rodeada sin cesar de personas que la sirvan, que nada sabe hacer por sí sola, y que para todo há menester extrañas manos.

Jamás será verdaderamente elegante la mujer que necesite peinadora, que vaya vestida de mano de su doncella ó de su modista, y que nada invente, ó se ponga, segun su gusto; por que es evidente que entonces irá peinada á voluntad de su peinadora, vestida segun el capricho de su modista y hará como una abdicacion ó cesion completa de su propio deseo.

Además, hay en el modo de ponerse las co-

sas la misma persona que las ha de llevar, cierta ligereza y elegancia inimitables; porque el instinto natural indica el mejor medio de colocarlas.

He visto á mujeres muy felices y muy libres de las mil incomodidades de la vida, porque estaban acostumbradas á servirse por sí mismas en todo lo que se avenía con el decoro y la buena educacion: no necesitando para nada á la modista, no les apuraban los preparativos de una fiesta ó de un baile: sabiendo asear bien y con primor su casa, no se afligian si tenian que despedir á la doncella, porque no les era necesaria tampoco ni para el peinado, ni para qne las vistiese, ni para que planchase y rizase su ropa blanca; todo esto lo sabian hacer ellas perfectamente y con el primor conveniente á la decencia y al buen gusto.

Dos jóvenes hermanas y amigas mias entrambas, recibieron un dia en mi presencia dos esquelas de invitacion para un gran baile, en casa de uno de los más opulentos títulos de Castilla.

La mayor, casada con el marqués D.... hacia pocos meses, perdió el color: la más jóven, casada con un menor de una ilustre casa, se puso muy alegre al ver la invitacion.

—¡Dios mio! exclamó la Marquesa: que

poco tiempo dan! ¡y mi modista no podrá hacerme un traje nuevo!

—Háztelo tú, dijo su hermana.

—¿Yo? ¡si jamás he hecho ninguno!

—Yo tampoco los habia hecho hasta que me casé: pero, hija, la falta de medios para pagar el crecido gasto de la modista, y el deseo de no hacer un papel desairado me han hecho aprender.

—¿Y te vas á hacer tú el vestido?

—¡Sin duda! ahora, antes de ir á mi casa, compraré la tela; esta noche y mañana me acostaré algo más tarde, y á eso se reduce todo; mejor dicho, no compraré tela, reformaré uno de mis trajes cambiándole los adornos, y nada más.

—¡Dios mio! ¡qué feliz eres! exclamó la Marquesa.

—¿Por qué no lo eres tú tambien?

—Ya sabes que no valgo para eso.

—Porque no quieres: hace mucho la fuerza de voluntad; y debes advertir que tu modista te hace quedar en casa muchas veces que podias divertirte, porque le falta el deseo ó el tiempo para confeccionar tus trajes; haces muy mal en no aprender á complacerte á tí misma, en vez de complacer á tu modista y de pagarle muy caro además.

Aquella jóven tenia razon; es aun más absurdo el rehusar complacerse á sí misma, que el rehusar complacer á los otros.

Ella fué al baile vestida con un gusto á la vez distinguido y sencillo, y su hermana tuvo que quedarse en casa, afligida, y culpando á su modista que le trajo el vestido cuando ya no le hacia ninguna falta.

IV

A pesar de que se acusa á las americanas de indolencia, no falta tampoco quien asegura que las hay muy diligentes, y que muchas señoritas son primorosas en toda clase de labores.

Nada hay que crezca más rápidamente que la indolencia, y es, más que un vicio, una flaqueza de espíritu y de voluntad, que así que aparece debe reprimirse con especial cuidado en las niñas para no exponerse á que medre de tal modo qne las domine, y eclipse la mayor parte, ó acaso todas sus buenas cualidades.

La indolencia trae el descuido de la casa y el de la propia persona, y ambos descuidos son los que hacen de esposas buenas esposas indiferentes, y tal vez de duro carácter.

Es la indolencia un deseo de bienestar y reposo, que no deja lugar á pensar en el bienestar de los demás, y por eso debe suponerse que hay en él una gran parte de egoismo: porque el egoismo es una absoluta y constante ocupacion de la propia persona.

La mujer indolente mira con indiferencia á su familia, su casa y su mismo atavío, y de las indolentes salen esas mujeres, que olvidando por completo el cuidado de sí mismas—cosa que jamás debe olvidar una mujer— causan hastío á su familia, conquistan el alejamiento y hasta la antipatía de sus esposos, y dan ocasion á la crítica y á la censura de las personas extrañas.

¿Cómo pueden ser las americanas muy indolentes si están siempre bellas, si dan espléndidas fiestas, si son elegantes, caritativas y entusiastas? No deben serlo más que hasta ciertos límites, y eso tal vez á causa de la demasiada abundancia de servidores de aquel pais, y de la dejadez y laxitud que el clima produce.

Sin embargo, á las que se dejen dominar demasiado por el insulso placer *de no hacer nada*, las compadecemos; porque nada hay comparable al placer que ocasiona la vista de un trabajo terminado á costa de algunos desvelos; ninguna joya, por subido que sea su coste, agrada tanto como un prendido ideado ó copia-

do por la que lo ha de llevar, aunque sea de la más estrema sencillez; ningun mueble, por grande que sea su valor, recrea tanto la vista, como el almohadon de tapicería que se ha bordado en los ratos de ocio: hay en el conocimiento de la propia habilidad cierto orgullo inocente que llena el corazon sin dejar detras ningun rastro amargo. El trabajo, ha dicho un gran escritor francés (1), es un fruto sabroso que á ningun otro puede compararse, y que, una vez probado, se anhela siempre, por que no hay manjar que le reemplace."

En efecto, Dios al darnos el trabajo como ley, puso en el castigo mismo un fondo de inexplicable de felicidad: tanta y tan inmensamente grande es su misericordia!

V

Algunas veces invade el corazon el desaliento; pero este no se parece en nada á la indolencia: aquel es el cansancio de un alma dolorida, el producto de largas y terribles luchas, y la ausencia momentánea de la esperanza: la indo-

(1) Octavio Feuillet.

lencia es hija del temple frio del alma, y de la ausencia completa de todo sentimiento: pero ya que la actividad no forme parte de la naturaleza, se la debe adoptar como una amiga fiel y como un auxiliar muy poderoso del bienestar del hogar, y de la tranquilidad de la mujer.

A veces el hombre trabaja con poca recompensa: envuelto en cuidados árduos, comprometido en empresas difíciles, ve con frecuencia pagados sus esfuerzos con desengaños, y su trabajo con la ruina: pero la actividad de la mujer logra siempre su fruto, á pesar de ser sus tareas más sencillas; siempre alcanzará á embellecer su casa, á economizar los haberes de que puede disponer, y á labrar el bienestar de su familia.

No nos quejemos, pues, de nuestra débil condicion de mujer, y alegrémonos más bien de pertenecer á un sexo, que, cumpliendo con humildad cristiana sus deberes, gana siempre para aquellos á quienes ama, el reposo, la alegría y la felicidad.

LA MUJER INGLESA.

I

De todas las mujeres del mundo, creo que las inglesas son las que mejor comprenden la vida, y las que están dotadas de un carácter más grave y más reflexivo.

Es sabido que la institutriz más apreciada, la de mejor tono, y tambien la más cara, es la institutriz inglesa; por eso pocas fortunas pueden remunerarla, y solo hay alguna en muy contadas familias de la aristocracia.

Ellas saben lo que valen, y lo hacen pagar á muy subido precio.

Un aya francesa da una educacion brillante, pero superficial.

Un aya inglesa educa severa y modestamente, pero con solidez.

Con la primera, una jóven aprenderá á hacer muy bien los honores del salon y de la mesa, á saludar graciosamente con artísticas

cortesías; su pronunciacion se hará parisien, bordará y dibujará hábilmente una flor.

Con la segunda, será buena madre y buena esposa, excelente ama de casa, mujer laboriosa, irreprensible, poco coqueta, casi severa en fin.

Ni una ni otra educacion me parece buena para España: creo que la mujer española debe tener y tendrá un dia su educacion particular y esclusiva, y que esta educacion será un bello compuesto de lo mejor que poseen la loca y riente Francia, y la soberbia y nebulosa Albion.

Muchos grandes hombres ha producido Inglaterra, y en ella han visto la luz primera no pocos escritores eminentes: pero el resplandor de su gloria está rodeado de no sé qué siniestra sombra, de no sé qué tenaz melancolía, producto de las nieblas de aquel cielo, que jamás está azul, que parece cubierto con un manto de plomo, y esta tristeza y severidad reflejan en el carácter de las mujeres.

Dos sentimientos muy opuestos se disputaban mi ánimo durante todo el tiempo que estuve en Lóndres; una melancolía profunda, unida á una repulsion instintiva, y una viva admiracion hácia aquel pueblo adusto, grave, culto, que da lo mejor de su vida y de su caudal á los santos goces de la familia, y que ve en su casa el templo de la dicha.

II

Al contrario que en Francia, la mujer, en Inglaterra, procura primero por la comodidad que por la brillantez del fausto y del lujo.

El salon no se adorna con tapices y alfombras para las visitas, sino para pasar en él cómoda y abrigadamente las veladas, en compañía de algunas personas de verdadera intimidad.

Arde en la chimenea un abundante fuego, y algunas macetas ostentan delicadas flores, que se abren en aquella atmósfera caliente, lo mismo que á los rayos del sol.

En todas las mesas y sobre la chimenea hay flores tambien que brotan de cebollas colocadas en jarros llenos de agua.

Los muebles son cómodos y de gran solidez; las camas mullidas y blandas; la ropa blanca exquisita, á pesar de ser casi toda de algodon.

La vajilla usual, el servicio de lavabo, es todo de rica porcelana, que, con llamarla *inglesa*, tiene hecho su mayor elogio.

La mesa es abundante, y está bien servida.

En suma, una casa inglesa, aun las de las gentes de modesta fortuna, es un conjunto de comodidades, un modelo de aseo, un delicioso

asilo, un oásis donde se descansa apaciblemente de los tormentos y sinsabores de la vida.

Los ingleses salen á la calle con un gaban grueso que les liberte del excesivo frio que allí se siente; mas para sentarse á la mesa, en la comida de la familia, se ponen frac y corbata blanca, que usan mucho de ordinario.

Es general allí y del mejor gusto la sencillez del traje de los hombres, y es asimismo notabilísima la elegancia de las mujeres.

Apenas vemos una inglesa de buena figura y que vista bien en Madrid; diríase que las que vienen á visitar nuestra corte son las más viejas y las más feas; pero si se entra en Lóndres, ¡qué deslumbradoras bellezas se ofrecen á cada instante á nuestros ojos! ¡qué adorables y esbeltas figuras! ¡qué cabezas cubiertas de rizos como las de los ángeles!

Lo que resalta por encima de todo, en la mujer inglesa, es la dignidad propia: viste bien, por que, acostumbrada desde la infancia á la decencia, no sabe vivir sin ella, y porque creeria faltar al decoro que á sí misma se debe si no lo hiciera así; madruga, y aunque la hora del desayuno es temprano, jamás se presenta en el comedor sin estar peinada y vestida ya con un sencillo traje de mañana, con cuello y puños de tela lisa y blanca como la nieve.

Para la comida se viste con más esmero, y el mismo trage le sirve para el té y para la velada.

A las nueve y media ó las diez, se sirve el té para la familia y los amigos que han ido á pasar la velada, y á las once la inmensa Lóndres queda silenciosa, y si no dormida, muy próxima á entregarse al sueño.

Desde la comida hasta la hora del té, todas las señoras se ocupan de alguna labor útil.

Yo asistí algunas noches á una reunion familiar; alrededor de una mesa redonda se hallaban sentadas seis ó siete jóvenes: una hacia *crochet*; otra bordaba; otras dos hacian flores de cuerpo para formar marcos de cuadros, labor que, despues de armada, imita el más rico tallado en madera que se puede imaginar.

A las diez se servia el té; despues de tomado, las señoritas que venian de fuera se marchaban á su casa, y las demas conversaban un rato hasta que cada uno se retiraba á su cuarto.

III

Las inglesas, en tanto que son solteras, pueden ir solas á hacer visitas á sus amigas, y á sus compras, sin que sea mal visto.

En España, en tanto que una jóven no tiene marido, tampoco tiene libertad.

En Inglaterra es al contrario: disfrutan de una independencia absoluta hasta que se casan; pero una vez casadas, no pueden ir solas á parte alguna, y por lo regular salen muy poco de casa.

Esto me parece más natural y más lógico que lo que hacemos nosotros.

Por que, aunque lo digo con dolor, me es forzoso decirlo: hay algunas mujeres que se casan solo por tener libertad, y que apenas entran en su casa más que á las horas de comer y dormir.

¡Qué funesto error y cuántos males produce!

¡Qué tristes frutos da y cuántas desgracias ocasiona! Creo que la mujer el dia en que se casa es cuando verdaderamente enajena su libertad, pues que pesan sobre ella, desde entonces, los deberes sagrados de esposa y de señora

de la casa y el cuidado de los haberes, cuya administracion se le confia.

¿Qué harán los criados si ven que ella descuida todas sus obligaciones, que no son vigilados y que pueden obrar á su antojo?

¿Quién se interesará por la economía y por el buen órden de las haciendas de la casa?

Esto es, sin duda, lo que se preguntan las inglesas, y sin duda que su conciencia les responde:

—Vosotras, vosotras solas sois las responsables de la paz y del bienestar de la familia.

Saben que la nave que boga en alta mar necesita de toda la vigilancia del piloto para no encallar, ó estrellarse contra las rocas, y que no hay mar más peligroso que la vida, ni debe haber piloto que exceda á la mujer en vigilancia.

Pero lo que no se puede ver sin dolor es la metamórfosis que se obra en la inglesa así que se casa.

En el corto intervalo de algunas horas, pierde toda su poesía, toda su belleza, toda su elegancia: la casada no es ya bonita, por encantadora que haya sido de soltera: solo conserva el aseo, hermosa cualidad que parece encarnada en la mujer inglesa.

Recoge los elásticos y sedosos tirabuzones

que adornaban su cuello y espalda, y los convierte en alzados y prosáicos bandós: deja el sombrerito redondo, tan gracioso y lleno de coquetería, por el severo fieltro en el invierno ó la capota de tul negro en verano: se envuelve en un albornoz ó una capa: se pone en casa una cofia negra; sus batas tienen invariablemente *canesú ó trapense*; se compra los guantes grandes y muy ancho el calzado; y gracias si conserva la belleza de los ojos y la dulce sonrisa, cosas que á ser posible, borraria tambien de su semblante.

Esto produce el resultado natural: de todos los ingleses que se casan, á la vuelta de un año, tal vez no habrá cuatro enamorados de su mujer.

La respetan y la estiman en razon de sus bellas cualidades y de sus sólidas virtudes; ¡pero amarlas!..... ¿Es acaso posible, haciendo la mujer abstraccion completa de todo lo que es agradable?

¿Sabeis, lectoras mias, lo que es el amor? Yo creo que es como un perfume que se debe encerrar en una caja para que no se evapore: como un rayo de luz que se alimenta de cuanto es bello, noble y dulce: como una flor que necesita un constante y cariñoso cultivo: como un cristal en que reflejan todas las gracias, to-

dos los encantos de la persona amada: abrid la caja, y el perfume se irá entre las alas del ambiente; apagad la luz, y la oscuridad os llenará de tristeza: abandonad la flor, y morirá: cubrid el cristal con un lienzo, y por fino que éste sea, ya no refleja imágen alguna.

Los ingleses casados se ocupan de política, de comercio, de ganar dinero, de divertirse, de trabajar, y aun de sus hijos; pero bastante poco de su mujer.

No hay mujeres en Inglaterra de mediana belleza ó de mediana elegancia; solo se ven los dos extremos, y el alma queda á la vista de aquellas mujeres, no satisfecha de lo que contempla, sin esperanza de hallar lo que desea, atónita más bien que admirada, entristecida más bien que alegre.

¡Oh lindas jóvenes que en España sois aún encantadoras, cuando ya os rodea una vivaz y y rosada tropa de niños! ¡Oh nobles esposas que teneis el doble mérito de ser hermosas y buenas! ¡Cuánto darian los ingleses porque fuérais á alegrar sus cómodas pero monótonas viviendas, ó porque enseñáseis á sus esposas el precioso secreto de hermanar la virtud con las gracias!

Yo he visto en vosotras, llenos de luz y de brillo, llenos de hermosura, los ojos que cortaban

y cosian los vestiditos de vuestros niños; yo he visto fino y elegante el talle que se encorvaba en las faenas de la casa, pequeño y delicado el pié que mecia la cuna del niño menor!

¡Oh mujeres de mi pátria! No hay en ningun país del mundo mujeres que os igualen, y seriais el modelo de todas, si de cada país tomáseis lo mejor, y lo que más se adapta á vuestra índole noble, generosa y entusiasta!

IV

Resumamos, pues, lo dicho, y veremos que en Inglaterra la mujer tiene cualidades extraordinariamente buenas, y que debe tener la mujer en general, y otras que no sonadaptables á nuestra educacion y carácter.

Son laboriosas, modestas y cuidadosas de su casa; pero frias, severas, sistemáticas, calculadoras.

¡Con qué dulce placer va en nuestra España la esposa á abrir la puerta al esposo, cuando éste viene de sus quehaceres, llevando al niño menor en sus brazos.

—¡Vamos á ver á papá! dice á la criatura con la sonrisa en los lábios: y ésta bate sus ma-

necitas y se arroja riendo á carcajadas en los brazos del que llega, acariciándole con gritos de gozo.

¡Con qué placer va una hija á paseo con su padre, cuando este quiere acompañarla, y con qué prisa cose el dia antes para concluir un traje, que su madre le ha comprado de sus ahorros!

¡Oh santo amor de la familia! ¡Sagrado fuego que, como un rayo de la divina misericordia, resides en el corazon de la mujer española! ¿Qué civilizacion podrá igualarte? ¡Tú eres la fuente pura, á la vez que la centella sacrosanta, y tú apagas la sed del alma, á la vez que la refrescas y vivificas! ¡Cuando tú iluminas el hogar, no hay en él ninguna sombra, y la desgracia misma no puede abatir el espíritu! ¡El trabajo es un bien y adquiere tal encanto, que hace volar las horas como los globitos de jabon que levanta con una cañita el aliento del niño! Como ellos son tornasoladas y brillantes: como ellos ligeras y aladas.

Aprendamos, pues, lectoras mias, la sobriedad, la economía, la laboriosidad y el culto del hogar de las inglesas; y de las francesas la amabilidad, la dulzura y distincion de los modales, la coquetería, en una palabra, tomemos de esas dos Naciones, que quieren ponernos la ley en

punto á cultura y á buen gusto, lo que tienen de bueno, y dejemos sus exageraciones y excentricidades.

Otra cualidad recomienda á las inglesas, y es su grande y sincera piedad cristiana: el domingo lo consagran enteramente al descanso, á la oracion y á la lectura de la Biblia, y no asisten á ninguna otra diversion que al campo: verdad es, que no las hay en Inglaterra, pues hasta los teatros están cerrados: pero es tal la exageracion, que para guardar la fiesta por completo, ni aun se despachan los correos, ni siquiera se amasa pan, y todos tienen que comerlo duro.

Dad decoro á vuestra casa, mis queridas lectoras, y por modesta que sea vuestra fortuna, no os habitueis á vivir *de cualquier modo*, como suele decirse: el aseo y el buen gusto hacen milagros, y si frecuentais la calle tan poco como las inglesas desde el dia en que se casan, os sobrará el tiempo para todo.

No reserveis *lo mejor* para la gentes extrañas: tened aprecio de vosotras mismas, y estad bien vestidas y bien peinadas por el gusto de estarlo, y sobre todo, para que seais agradables á los ojos de vuestros esposos y familia: lo mismo debe hacerse con el ornato de la casa: disfrutad de todas aquellas comodidades que os

permite vuestra fortuna, porque siendo la casa el lugar donde más estais, debe ser tambien el más agradable para vosotras.

En una palabra, aprended lo pequeño, pues lo grande lo teneis: porque lo verdaderamente grande es el amor á la familia, la abnegacion, la generosidad, la piedad cristiana, la gracia, la belleza, la viveza, la inteligencia, la nobleza, la dignidad, la virtud, por fin, que han resplandecido y resplandecen siempre en las españolas, y que las damas extranjeras nos conceden sin esfuerzo, aunque no sin emulacion.

LA MUJER ALEMANA.

I

Vamos á hablar de la mujer más sencilla, más amable, más piadosa, más poética, más hacendosa, más exenta de pretensiones que existe en el globo: de la mujer alemana.

Algunos de los mejores cuadros del mundo representan escenas alemanas, y confesamos que así en los espléndidos museos extranjeros como en el magnífico de Madrid, son ellos los que más irresistiblemente cautivan nuestra atencion.

Niña y muy niña aún la que esto escribe, amaba los escritos de un autor aleman sobre todos los placeres de su edad: aquel aleman se llamaba Enrique Berthoud.

¿Conoceis algo más tierno que las novelas de este hombre ilustre? No ha escrito muchas, porque los alemanes son más concienzudos que fecundos: pero ¡qué bellas, qué tiernas, qué dulces y cristianas! ¡qué natural moralidad se desprende de sus páginas!

Entre ellas hay una cuyo título la forma un solo nombre; el santo y hermoso nombre de *María*: no es posible leer nada más suave, más dulce, más consolador.

La protagonista es una pobre huérfana que se casa con un mercader de paños, y ella acepta tal enlace con amor sin límites, con profunda gratitud: ya anciana, y el dia en que se ocupa de los preparativos de la boda de una de sus nietas, llegan los más ilustres caballeros de Inglaterra á ofrecerle la corona de aquel reino: la que durante sesenta años se creyó una bastarda, fruto desgraciado de algun amor oculto, era hija de una Reina, de legítimo enlace, heredera de uno de los tronos más poderosos del mundo, y aquel reino la llamaba para que lo gobernase.

—No, responde la anciana María á los embajadores: soy nada más que la esposa de Juan Pastelot, honrado pañero de la ciudad de Gante! Cuando él se casó conmigo, era yo una pobre huérfana recogida por caridad: hoy no le dejaré ni por una corona: la princesa María no existe; solo está aquí la madre Pastelot: ¡id, señores, y elegid otro rey! yo no dejaré el gorro blanco de la mujer del pueblo, por la corona del Reino Unido!

Los embajadores pidieron á la noble anciana que les permitiese besar su mano endureci-

da por el trabajo, y ella accedió con la majestad plácida de la virtud.

Luego se volvió á sus hijos y nietos, y les dijo:

—Cuidado con decir nada de esto á padre: no es menester que me crea más de lo que soy y he sido desde hace cuarenta años: su esposa, su mejor amiga, que le obedece y le respeta tanto como le ama: y ahora, prosigamos haciendo la torta de boda.

Esta historia está impregnada de un perfume más suave y más rico que el que exhala un frondoso bosque en una mañana de Mayo: libros como este son los que la mujer debe leer.

Hoy posee Alemania un escritor de un mérito no menor que el del que acabamos de citar: se llama Enrique Conscience, y sus obras, más numerosas que las de Berthoud, y no ménos bellas, son un bálsamo saludable para las heridas del alma.

La que esto escribe sabe esos libros casi de memoria; tanto y con tal frecuencia los hojea y estudia.

¡Feliz el país que tiene autores como los dos citados! sus mujeres serán en su mayor parte el modelo de su sexo: porque en esas historias la mujer de instintos más ruines halla fácil, her-

mosa y llena de encantos la virtud, y noble y elevada su mision en este mundo.

II

No he visitado, lectoras mias, la vieja y poética Alemania, aunque quisiera no tardar mucho en satisfacer este deseo de mi alma; pero un anciano y distinguido amigo mio ha hecho diferentes viajes á aquel país, desde el cual me escribió hace tres años largas cartas, que luego he reunido cuidadosamente, y de las que he formado un precioso volúmen; uno de esos libros *amigos*, de los que se hallan pocos á pesar de la pasmosa fecundidad literaria de la época.

Dejaremos que hable una de sus cartas, al pintar una mujer alemana, pues su sencillo estilo es encantador.

"Estoy ahora en Pless, me escribia, pequeña poblacion y una de las más tristes de la Alemania: hace mucho frio, las casas son míseras, y por las calles transitan muy pocas personas."

"Sin embargo, yo he hallado un nido encantador donde pasar las noches, amiga mia; deberia decir que he hallado un pequeño edén."

" Voy á casa del médico, que es un hombre instruido y amable; tiene siete niños y una esposa ejemplar, que los cuida con una ternura ilimitada."

"Berta, que este es el nombre de la esposa del doctor, llegará apenas á los veinte y siete años de su edad; es una mujer un poco gruesa, siempre sonriente, en extremo linda, rubia y rosada."

"Su esposo me presentó á ella, y á pesar de tener yo los cabellos blancos, se ruborizó al verme; ¡ah! ¿quién puede negar el poder de la mujer? esta criatura jóven, bonita, alegre, elegante, arrojó de súbito un rayo de alegría sobre mi tristeza."

"Berta, superada ya su confusion á la vista de un extranjero, y que no era otra cosa que el santo pudor de una alma inocente, se mostró conmigo espansiva y encantadora; me habló en francés desde el principio, cortesía que le agradecí, porque apenas comprendo el aleman, admirándome de la pureza con que pronunciaba aquella lengua."

"¿Pero qué era esto para el vasto caudal de sus conocimientos? Poco á poco he ido viendo que habla el inglés con igual perfeccion, que conoce admirablemente la historia europea antigua y moderna, que es excelente música,

que dibuja muy bien, y pinta de un modo que, si sus cuadros figurasen en alguna exposicion, le darian mucha gloria."

" Pero la publicidad no ha pasado jamás por el pensamiento de la sencilla y noble Berta: levántase ésta con el dia, lava y viste á los siete niños, toma el desayuno con ellos, y luego les da leccion á todos: á uno de dibujo, á otro de música, á aquel de geografía, y á este otro de inglés; ella es y será aun durante algunos años su único preceptor."

"Para tanta familia, sus haberes son muy módicos, y se sujeta á la más estricta economía: ella gobierna la despensa, da vueltas á la cocina, cose la ropa de la casa y atiende á todo."

" La educacion alemana reune, así en los hombres como en las mujeres, la mayor cantidad posible de conocimientos, poniéndoles de este modo en estado de luchar con las adversidades probables de la vida."

" Aquí la instruccion se dá y se toma como de utilidad general: se instruyen para los otros, y no solo para sí mismos: esto es lo que da á la Alemania ese progreso diario y ese producto incesante del pensamiento: ella no adelanta, como nosotros, por vanidad, por inspiracion de otras Naciones: aquí avanzan por sí mismos."

" No es la mujer la que tiene la menor parte en esta centralizacion de la inteligencia: la que es esposa sabe hacerse tan amable, que los alemanes no gustan de las mujeres, sino solo *de su mujer;* la mujer tiene el gran secreto de la alegría doméstica, y el corazon se dilata al lado del hogar hospitalario de la familia."

" Berta es lo que la generalidad de la mujer en Alemania: cuidadosa, económica, hacendosa, y á la par dulcemente alegre, esmerada en su traje, suave y cortés en sus palabras y maneras con su marido y sus hijos."

" Por la noche, de nueve á once, recibe en su pequeño salon, adornado de flores: toca el piano, canta con perfeccion, y divierte á su reducida tertulia: y la que por la mañana zurcía los gorritos y las camisitas viejas de sus hijos, por la noche sirve el té á sus amigos con una gracia inimitable."

"Los domingos, Berta pasa tres horas vistiendo con primor á sus siete niños, y para esto madruga todo lo posible: va con ellos á la iglesia, y luego los lleva al concierto que hay en un bello jardin situado cerca de la ciudad, y que se compone de unos veinte artistas que tocan la música de Beethoven y de Weber: los niños se divierten y la madre disfruta con su placer."

"Hay un huertecillo en la casa, y á él baja Berta con sus hijos para rezar las oraciones de la tarde."

"¡Qué bella está con su cabeza blonda sobresaliendo entre las siete cabecitas rubias, que la rodean como los palomitos á su madre!

III

Como se ve, la mujer alemana es el bello ideal de la mujer, pues sabe unir á una instruccion variada y profunda, una dulzura ejemplar, un exterior modesto y agradable, y la práctica de todas las virtudes cristianas, á las que rinde un fervoroso culto en su tranquilo hogar.

Conocia yo á una mujer dotada de mil bellas cualidades; pero dotada tambien de tan áspero y desagradable exterior, que las dejaba todas eclipsadas.

Tenia cuatro niños encantadores, y no hubiera dado la dicha de ser su madre por todos los tesoros del mundo; pero siempre se estaba quejando amargamente de la sujecion y trabajo que le imponian.

Las incomodidades que todos tenemos que sufrir en el servicio doméstico, y que van cre-

ciendo cada dia, eran para ella objeto de interminables lamentaciones.

Además de todo esto, que ya sobraba para hacer su trato desagradable, era en su exterior antipática, porque jamás variaba la hechura de sus vestidos, ni se cuidaba los cabellos, ni sabia lo que era moda.

Pasábase el dia en coser, cortar y arreglar la ropa para los niños; pero todo esto lo hacia de malísimo humor; es decir, que era laboriosa y no era posible agradecérselo, porque lo hacia pagar muy caro.

Su esposo—que tampoco estaba exento de su mal humor—hubiera querido tal vez que fuese una mujer completamente inútil para su casa, y que hubiera tenido buen carácter.

La extremada fatiga que se imponia, y su contínuo estado de sobreexcitacion la ocasionaron una enfermedad, de la que murió siendo aun muy jóven.

No fué llorada, ni mucho, ni tampoco por largo tiempo.

¿Por qué aquella alma grande y hermosa se hallaba encerrada en tan dura y áspera corteza? ¿y por qué no se procuró pulirla con el auxilio de una buena educacion, y con el uso de modales dulces y corteses?

No hay nada que conserve tanto la perfecta

armonía, la paz y mútuo cariño en una familia, como el respeto recíproco.

Si el hijo debe consideraciones al padre, éste necesita tratar á su hijo con templanza y decoro, y debe procurar no ajar ni herir su amor propio.

Las buenas formas son aun más precisas en la mujer: empiece, si quiere ser respetada, por respetarse á sí misma, y use en su traje y en sus maneras el decoro propio de una persona bien nacida; seguramente entonces se la respetará.

Procure ayudar á su marido á llevar la pesada carga y la responsabilidad de la familia, y no agrave sus cuidados con sus exigencias.

Mujeres hay, y todos las conocemos, que llevan en dote diez ó doce mil duros, y creen que esto les da derecho para gastar sin tasa ni medida: que necesitan una modista todo el año, una doncella y á veces dos, carruaje, cada semana un vestido, y cada quince dias un sombrero.

¿De qué le sirve el dote al pobre marido, si gasta doble de lo que importa?

Mas útil le hubiera sido una mujer pobre, que supiera gobernar la casa, pues ve arruinarse cada dia su fortuna, y no puede debir nada, por que su esposa es muy capaz de replicarle que de lo suyo gasta.

Y sin embargo, al tercer año de casada, la modista se ha llevado el dote: el dinero se ha ido, y las necesidades quedan en pié, cada vez más apremiantes, cada vez más aterradoras, cada vez más intransigentes.

Entonces es cuando el pobre marido empieza á perder la paciencia, por mucha dósis de ella que haya debido al cielo: entonces, cada dia hay en la casa á lo ménos una reyerta; ¡qué ejemplo para los hjios! ¿Cómo podrán saber ellos á su vez guardar el santo tesoro de la paz doméstica?

IV

Aprendamos de la mujer alemana la templanza, la laboriosidad, la dulzura, la resignacion, el amor al trabajo, que tanto la enaltecen.

Tomemos el ejemplo que en sus libros nos ofrecen sus pocos, pero eminentes novelistas, y los que se hallan sembrados en las tiernas baladas de sus melancólicos y soñadores poetas.

La que ha nacido con una regular ú opulenta fortuna, no piense que su marido le debe por esto una eterna gratitud, una paciencia á toda prueba, ó el sacrificio de su dignidad; acuérdese de aquella augusta princesa que el

elocuente y cristiano Berthotd nos pinta, y que despreció la corona real por el honrado pañero.

Cerca ya de la muerte de su santa compañera, el viejo Juan Pastelot supo el sacrificio que Maria habia hecho al amor conyugal, y se arrodilló al lado del vetusto sillon, lecho de la agonía más apacible y más dulce, besándole las manos que regaba con sus lágrimas.

—¿Por qué me das las gracias? preguntó la anciana; yo soy la que toda mi vida te ha profesado la más tierna gratitud, y bendiciéndote muero, mi noble Juan; héme aquí rodeada de mis hijos, de mis nietos..... ya llego al fin de mi tranquila carrera, con tanta paz como he vivido, gracias á tí, mi bueno y tierno compañero; ¿puede compararse un trono con las santas alegrías que han embellecido nuestro hogar? No he sido tu igual, Juan, sino muy inferior á tí: tú has sido el varon fuerte y prudente, sosten de su casa, y á la par cariñoso marido y amoroso padre: yo la mujer flaca, que solo sabe amar y rezar: como hemos vivido en el mundo, nos colocará Dios á los piés de su trono de gloria: ¡unidos para siempre! En mi tumba, que yo misma compré é hice preparar, hay dos sitios: el uno es para tí, y en él colocarán tus cenizas nuestros hijos y nuestros nietos: ya es-

tá grabado el epitafio, que dice: *Aquí yacen maese Juan Pastelot, y su esposa María.*

El viejo Juan sobrevivió muy poco á su compañera, y á los dos meses fué á buscarla al cielo.

Ved en esta tierna y sencilla historia poetizado el santo sacramento del matrimonio: la imaginacion del ilustre aleman la ha revestido de las preciosas galas de su talento.

Acojámosla, pues, como una verdad cristiana, y procuremos que, á nuestro influjo y por nuestro cuidado, haya en el hogar doméstico tranquilidad y alegría; el conseguirlo es un trabajo lento, silencioso, ignorado y rodeado de alguna amargura; pero además del premio que Dios nos reserva en el cielo, tenemos el de ver en torno nuestro sonreir la paz y la felicidad.

LA MUJER FRANCESA.

I

Francia, el país civilizado por excelencia, es tambien el país que guarda con más cuidado el decoro y las buenas formas.

La corrupcion, la inmoralidad tendrán allí su culto y sus adeptos acaso demasiado fervientes, mas para el extranjero no están visibles esas inmundas deidades ni sus infelices sacerdotes.

Las mujeres de fama más equívoca reciben en su salon con perfecta decencia y tambien con perfecta educacion, y se las ve en el Bosque de Bolonia sentadas con decoro en su carruaje, y algunas veces guiándolo ellas mismas con una soltura y gracia que nada tiene que ver con el descaro.

Esas mujeres visten con una exquisita elegancia, y ellas son regularmente las que sirven de modelo para dibujar los figurines que se reparten con los periódicos de moda.

De esto se deduce una consecuencia: y es,

que en España las mujeres honradas, las buenas esposas y buenas madres de familia son más dichosas, pues no tienen que sostener la competencia con esas terribles sirenas.

Porque aquí el vicio es presenta en su lastimosa desnudez y no existe el delicado velo de la buena educacion para encubrirlo.

En París la gran señora y la mujer elegante visten con extraordinaria esplendidez: las señoras de la clase media con mucha modestia.

La moda nace allí, pero allí prospera poco: de allí pasa á otras capitales, que es donde hace negocio.

Una señora, aunque posea una crecida fortuna, sale siempre por la mañana con un vestido negro que apenas toca el suelo, con un chal oscuro y un sombrero de moda ya pasada; pues como allí el sombrero es la prenda más usual y necesaria, se van dejando los usados para salir á comprar ú otros quehaceres domésticos, que las señoras desempeñan por sí mismas.

La actividad es la que reina, sobre todo, en ese París que las novelas nos pintan tan bello, y en el que, sin embargo, se alberga tanta prosa.

Excepto las dos clases que antes nombré, todos madrugan: todos salen temprano á *ganar la vida*: todos caminan con rapidez, y en las ma-

ñanas más crudas del invierno se ven á las siete las calles llenas de gente.

El tiempo es oro, ha dicho un gran pensador, y esto lo saben muy bien los franceses y tambien las francesas.

Allí todas las señoritas trabajan mucho: se levantan temprano, ayudan á la limpieza y aseo de la casa, hacen una *toilelte* esmerada, y luego se ponen á bordar, especialmente en tapicería, que es su labor favorita, y en la que casi todas saben ejecutar maravillas: se las enseña á tocar el piano, á pintar un poco, un mucho á contar, siendo varias las que, aunque son hijas de padres acomodados, van al escritorio de una casa de comercio para llevar los libros ó pintar paises de abanicos y cajas para dulces.

En una palabra, la mujer en Francia sabe ganar dinero; y por lo mismo sabe economizarlo y gastarlo bien.

II

Mas por una contradiccion extraña, á pesar de estas buenas cualidades, ó tal vez á causa de ellas mismas, en París no hay hogar doméstico, no hay familia.

Hay muchos matrimonios que pasan la vida separados: la esposa se va detras de un mostrador á un almacen de modas, ó á un museo ó á un estudio de pintura: el esposo á una fábrica ó á otra casa de comercio. Como las distancias son tan largas, cada uno come en la fonda que tiene más cerca, y solo pagan un cuartito amueblado en una casa de huéspedes, en el que se reunen por la noche, ya muy tarde, hasta el dia siguiente en que se vuelven á separar.

Cuando hay hijos, se encomiendan á los cuidados de una parienta ó de una vecina, y así que están en edad de hacer algo, se les coloca tambien donde pueden ganar algun dinero, pero casi siempre lejos de sus padres.

¡Oh santo amor de la familia, que tanto imperas en España! ¡Santo calor del hogar doméstico! ¡Cuánto y cuán inútilmente os he buscado en Francia!

Pajaritos cantores, que aquí vivís en aposentos de calado marfil, suspendidos del techo; perros, fieles guardadores de la casa y amigos de los niños; gatitos juguetones que enredais el ovillo de algodon, con el que se zurce la ropa usada de la familia; macetas de fresco y humilde barro, donde se siembra el peregil para aliñar la modesta cena casera que se hace alegre-

mente en torno del hogar, yo no os he visto allí tampoco!

¿Y cómo habia de veros?

¡Vosotros vivís al abrigo de las afecciones santas que allí se desconocen! ¡Vosotros necesitais que os den de comer y que os hagan caricias, y allí la gente que come en la fonda nunca está en casa, ni puede pensar en vosotros!

¡Bendita sea nuestra tierra, en que hay alhacenas con vieja ropa blanca, zurcida por la mano de la modesta y graciosa jóven, hija de la casa, en la que hay una anciana que teje por su mano con las agujas perezosas los gorritos de sus nietecillos, en la que hay ancianos que cuidan de los pajaritos, en la que hay niños que aman á los perros!

III

Inútil será decir que en Francia lo más sólido y apreciable es el dinero, y que las personas reducidas á ganarlo se cuidan poco de la moda.

Así es que los sombreros no se renuevan y se acaban tal como se hicieron: otro tanto sucede con los vestidos y abrigos.

Yo he visto comiendo en una elegante fon-

da á muchas jóvenes alrrededor mio, sentadas cada una en su mesa: eran floristas, bordadoras y tenedoras de libros, que salian de sus almacenes para comer: algunas me parecian de elegante porte y bonitas; pero acababan de comer y se iban delante de un espejo á ponerse un sombrero antiguo y deslucido: un sombrero que ninguna española hubiera querido ni mirar.

Y, no obstante, ellas se lo ponian con mucho sosiego y aun con gran coquetería, sin pensar en su forma y hasta creyéndola muy aceptable.

¡Y nosotros rendimos tanto culto á cuanto es de París! ¡y nosotros imitamos todas las ridículas exajeraciones francesas! ¿Por qué no imitamos esa economía, esa saludable despreocupacion, esa calma perfecta? Porque siempre que se imita, se elije lo peor y más nocivo.

Del atavío de las señoras de la clase media no hay que hablar: se ven abrigos de diez años de fecha y sombreros de tres ó cuatro: rara vez he visto en hombre que ande á pie por París un calzado fino: cualquiera diria que compran sus gruesas botas para toda su vida.

Así van ambos sexos á sus quehaceres, á paseo y al teatro: si se rie uno, se encogen de hombros, y si se les pregunta por qué no gastan algo más en su equipo, responden:

—¡Imposible! no somos ricos: no tenemos obligacion de seguir la moda: eso se queda para las gentes opulentas: en España sois muy tontos: todos quereis ser iguales, y así va ello: todos gastais más de lo que teneis.

Los franceses tienen razon: son ellos más activos, más industriosos, ganan más y gastan ménos que nosotros: se rien del excesivo culto que damos al lujo, y de nuestro afan de imitarles.

En cuanto á las clases elevadas, su elegancia exquisita y sus buenas formas ocultan muchas veces un fondo superficial ó nulo: casi todo es apariencia y *farsa*, como decimos aquí: se prefiere una tela vistosa á una tela buena: un mueblaje brillante á otro sólido: en ninguna parte hay más joyas falsas, ni ha llegado á tan alto grado la perfeccion en imitar las verdaderas: se sacrifica al bien parecer la tranquilidad, la comodidad, y en algunas ocasiones, la salud, el reposo y la dicha.

Sin embargo, preciso es repetirlo: allí si la depravacion tiene templos, si el becerro de oro tiene adoradores, acaso más que en ninguna otra parte del mundo, el decoro, la decencia, las formas escogidas imperan y cubren todos los excesos y todas las locuras con un velo delicado y gracioso: las mujeres, sobre todo, poseen una

dulzura de lenguaje que al principio empalaga y molesta, pero que al cabo de algun tiempo agrada y seduce de una manera irresistible; su amabilidad y la perfecta cortesía de su lenguaje, es lo que hace generalmente tan peligrosas á los francesas, pues en belleza no pueden competir con las hijas de nuestro privilegiado suelo, y ellas son las primeras en conocerlo y confesarlo: tienen además una elegancia y soltura extraordinarias para llevar sus trajes, aunque estos sean feos y anticuados; y cada una lleva ó se pone, no lo que es moda, pues allí se repara poco en eso, sino lo que mejor le siente en color y hechura: cada una inventa el adorno que le agrada, y la más excéntrica es casi siempre la más distinguida.

No pude ménos de admirar cuantas noches asistí á los teatros, y sobre todo á la Gran Opera, la anarquía completa que reinaba en los trajes y peinados: ví á una jóven morena ataviada con un turbante carmesí y oro, que en el Teatro Real de Madrid hubiera excitado la hilaridad general; pero que no por eso dejaba de sentarle perfectamente: algo más lejos, lucía una jóven rubia sobre su alabastrina espalda una cascada de rizos, enredados con sartas de perlas: cerca de esta, una dama ostentaba un traje de terciopelo azul cortado á lo María

Estuard; peinados altos, peinados lisos, peinados con polvos, coronas de flores, sombreros blancos, rosa y azules, brillantes, joyas y simples vestidos blancos se revolvian, se mezclaban en una alegre, viva y encantadora confusion, que tenia algo de brillante y seductor, y que distraia mucho más que la monotonía de nuestras damas, que todas usan las mismas hechuras y casi los mismos colores.

IV

Lo que seduce de todo lo referido, lectoras mias, es que las francesas tienen mas cálculo, mas inventiva, mas ingenio, mas templanza y una educacion más esmerada que las españolas.

Que éstas son mas bellas, mas desinteresadas, ménos reflexivas y mejores madres y esposas.

Que aquellas toman de la moda lo bello, lo agradable, lo económico; y nosotras lo tomamos *todo*, aunque tenga inconvenientes, aunque nos arruine, aunque nos siente mal, aunque no nos guste.

Que aquellas no hacen al lujo ni á la vanidad ningun sacrificio, y que muchas entre nosotras, se arruinan y arruinan á sus hijos por una pueril emulacion, imitando y sobrepujando las locuras de sus amigas.

Ahora bien: ya que imitamos ¿por qué no hemos de imitar lo bueno? Si viéramos á una mujer que sonríe graciosamente, pero que es espantosamente vizca, procuraríamos imitar su manera de sonreir, pero no su manera de mirar: la templanza, la modestia y la bondad en las maneras son las dulces sonrisas de un alma buena: la vanidad, la emulacion, los deseos inmoderados, son las manchas de un natural tan torcido como los ojos de que antes hablé.

Imitemos lo bueno, lo justo, lo útil, y no pensemos en lo inútil y perjudicial.

En vez de seguir rutinariamente las prescripciones de París, inventad alguna cosa bonita en consonancia con vuestros medios y vuestra figura, ó haced las innovaciones que os agraden en los modelos que de allí envian: sed moderadas en vuestros gustos y suplid con habilidad y paciencia lo que falte de recursos materiales.

Y, sobre todo, educaos, queridas niñas, que aún estais en edad de hacerlo: adquirid ó cultivad esas habilidades que disipan la monotonía de la vida doméstica: el piano es el amigo de la familia, y el compañero de las veladas solitarias: la pintura eleva el entendimiento: las flores alegran el corazon y el carácter: las buenas maneras conquistan todos los corazones: una dulce sonrisa compra á veces una amistad eterna y

un eterno amor: sed *peligrosas* como las francesas, en punto á cultura, á buenos modales, á distinguida elegancia y á esmerada educacion, y sereis mas irresistibles que ellas, porque sois mas seductoras, y sabeis además conservar la luz en el hogar doméstico y las santas afecciones en la familia, con la grave ternura de vuestro carácter.

Estad más en casa, y embellecedla: el cuerpo se mantiene de pan; mas el espíritu necesita tambien de alimento. Pensad en esto, y á la vez que alimentais el vuestro, no dejeis languidecer el de vuestro esposo y el de vuestros padres; que hallen estos belleza en cuanto les rodee: que hallen su casa la mas aseada, la mas elegante, la mejor ordenada, la mas linda de cuantas vean, para que se sienten en ella mejor que en ninguna otra: que al ver á una mujer amable, piensen en vosotras y digan que lo sois más; y sed, en fin, lo que debeis y podeis ser: las más buenas mujeres del mundo.

Dia vendrá en que así suceda, y que la mujer española será el tipo de la mujer elegante y distinguida, así como ya lo es de la hija humilde, de la esposa ejemplar, y de la madre cristiana.

EL PRIMER AMOR.

I

¿Como definirte, fantasma vago y misterioso, vision del alma que te apareces cercada de rosas y resplandores?

¡Nadie te adivina hasta que te vé, y sin embargo, hay muchos que te llaman ansiosos cuando tocan en los umbrales de la muerte. Hay muchos séres que han pasado su vida razonando acerca del amor, rindiéndole culto, quejándose de él; y despues de tantos amores como creen haber tenido, se convencen al hallarte de que han soñado, de que te han buscado sin columbrarte siquiera!

Con asombrosa candidez llaman amor, los hombres sobre todo, á lo que solo es la impresion del momento; á las ciegas aspiraciones del amor propio, á los sueños más locos y más exagerados de la vanidad; amor se llama al capricho de un instante; amor á la terquedad del

deseo no satisfecho; amor al ánsia de enlazarse con una familia rica y distinguida.

El primer amor es el único y el último; porque no son el amor primero aquellas fugitivas impresiones, aquellos rubores súbitos, aquellas palpitaciones del corazon, aquella melancolía vaga que nos mece en regiones ideales; el primer amor puede llegar cuando ya se cree haber amado otras muchas veces; es noble, grave, valeroso, tierno, heróico, rico de abnegacion; llena de tal suerte la vida, que hace olvidarse de todo: bienestar, reputacion, fortuna, todo palidece, todo desaparece ante la imperiosa, la irresistible necesidad de partir la vida con el objeto amado; se conocen, se deploran todos los perjuicios que trae el olvido de sí mismo y el de las leyes sociales; pero la voluntad no tiene fuerza, ni la busca, ni la quiere para tomar otro camino que aquel que ha trazado el corazon.

El que razona no ama, ó á lo ménos el amor en él es tan tibio, que solo merece el nombre de cariño; por eso se puede querer á muchas personas, pero no se puede amar más que á una sola.

Cuando el amor es profundo y verdadero, es silencioso y retraido; el que lo siente le guarda en el corazon, como un tesoro; y aunque el

objeto amado tenga mil defectos, no quiere que nadie los conozca ni los publique; hay en el amor verdadero un pudor incomparable, y por poco digna de respeto que sea una mujer, el que la ama verdadera y profundamente, quisiera para ella todos los homenajes del mundo, y odia de muerte á todo el que le falte á la consideracion.

II

Magdalena, la pecadora, pasó toda su vida buscando al amor, á *su primer amor:* todas sus veleidadas, sus locuras, sus escándalos, fueron hijos del ánsia insaciable de hallar un objeto digno de ella.

Sus devaneos la fatigaban y dejaban su espíritu vacío; en vano buscaba las armonías celestes de la comunidad del pensamiento, la embriaguez de la pasion correspondida; su cuerpo estaba cubierto de preseas; su casa llena de los poderosos de la tierra, que anhelaban como un favor su más leve sonrisa; su alma estaba constantemente hambrienta y triste.

El amor no aparecia en los saraos ni en los festines que daba á sus amigos: y ella buscaba,

ansiosa, ese amor primero, ese *amor verdad*, ese amor que se siente una sola vez en el trascurso de una larga vida.

¿Qué tenia que ver lo que ella ansiaba con las galanterías que oia sin cesar, con las pasiones materiales que su belleza encendia? ¿qué tienen de comun los deseos de los sentidos, con la ternura inefable del alma?

¡Cuántas mujeres, como Magdalena, pasan la vida rodeadas de homenajes, y su corazon está helado, como el pajarillo cuyo nido abandonó la madre!

¡Cuántas llegan al altar, y se enlazan para siempre, profesando antipatía secreta al hombre que van á hacer dueño de su destino!

Cuando las pupilas fatigadas de la cortesana de Magdala se fijaron en el dulce, en el sublime semblante de Jesús; cuando aquella bella y majestuosa figura se ofreció á las misteriosas contemplaciones de su alma, todo se iluminó para ella; toda sombra, todo error desaparecieron. ¡Sentia el amor primero de su vida!

Corriéronse todas las nieblas de su espíritu: desaparecieron todas sus dudas, todas sus vacilaciones... vió claro en el fondo de su corazon... amaba, y era para siempre.

Virtud, caridad, abnegacion, sacrificio, arrepentimiento, respeto de sí misma, todas las más

nobles virtudes, todas las más altas cualidades, brotaron en aquella alma, como brotan las flores en un campo que, libre de las altas paredes que le sofocaban, llega á ser vivificado por los rayos del sol.

Entonces conoció de dónde nacia antes su fatiga de espíritu, su desencanto de la vida, su cansancio de todo: y entonces comprendió que ya estaba curada para siempre de sus dolencias del ánimo, que ya era libre y feliz, que ya tenia un objeto su vida, que la llenaba toda: el amar á Jesús.

III

Como ya dije al empezar, hay quien se muere, despues de una larga vida, sin haber conocido el primer amor, y creyendo haber pasado toda su existencia en amar.

Y hay quien ama en los albores de su juventud, y de tal suerte, con tal pasion y verdad, que aquel primer amor es el último de su vida, aunque despues conozca á muchas mujeres, aunque llegue tranquilo al puerto del matrimonio.

Se puede sentir mas de una vez afecto por

una persona, simpatías y hasta cariño: pero ese lazo fuerte del alma, esa armonía de pensamientos, esa profunda estimacion, esa santa comunidad del espíritu, solo una vez se siente, y la primera vez es tambien la última: el primer amor es el único y postrero.

Se puede romper el lazo de sentir juntos; el de pensar juntos no se rompe jamás; porque ese dulce lazo adquiere con los años la fuerza de una costumbre inalterable, fuerte y nobilísima, que es pasto del alma y abrigo contra todas las tempestades.

Ser uno en dos; ser todo del otro, lo mismo el pensamiento que la voluntad, lo mismo el espíritu, que el corazon, lo mismo moral que idealmente, este es el amor, el verdadero amor, el amor primero, el único, el último, el que llena la vida y va mas allá de la muerte, porque en la otra vida espera al objeto amado.

El hombre no es siempre fiel al recuerdo del verdadero amor de su vida: aunque lleve el luto de él, lo finge á otras mujeres, y se casa tranquilamente cuando así le conviene: pero la mujer suele guardar toda su vida el luto de su dicha: ya sea un esposo el que ha perdido, ya sea el hombre próximo á serlo, la mujer vive de sus recuerdos y no profana nunca su verdadero, su primer amor: y decimos *nunca* en abso-

luto, y sin añadir el *casi*, porque la mujer que tiene muchos amoríos, la que se casa muchas veces, la que se consuela fácilmente de la pérdida moral o material del hombre que la amaba, la que hace de una coquetería insulsa y falta de dignidad, la ocupacion exclusiva de su vida, no merece siquiera el nombre de mujer.

UN RASGO DE EUGENIO DE LACROIX.

I

Hará como unos treinta años que el ilustre maestro de la escuela romántica de pintura, Eugenio Delacroix, cuya pérdida ha afligido hace poco tan vivamente á las artes, se hallaba buscando descanso á sus tareas en la pequeña ciudad de Saint-Germain-en-Laye.

Una mañana que paseaba por una calle situada á la salida de la poblacion, vió reunida mucha gente á la puerta de una casa pequeña y de pobre apariencia.

Llevado de un natural movimiento de curiosidad, se acercó, preguntó el motivo de aquella aglomeracion de personas, y uno de los que componian el numeroso grupo se encargó de responderle.

—Es, dijo, con una especie de satisfaccion maligna, que vive ahí una jóven viuda, á la que están embargando cuanto posee para que se cobre su casero, al que debe algunos alquileres.

Dicho esto, el complaciente curioso volvió á ocupar su sitio, sosteniéndose sobre las puntas de sus piés para ver mejor lo que sucedia.

Delacroix se aproximó tambien, é hirió sus ojos un espectáculo muy triste.

La multitud se hallaba agrupada en torno del que subastaba, y éste se veia rodeado á su vez del miserable mobiliario de la triste víctima del rigor de la ley.

La pobre mujer era jóven y bella; pero su rostro se hallaba alterado por largos dias de miseria, y por una afliccion honda y amarga; sentada sobre una gran piedra, á la puerta de la que habia sido su casa, seguia con una mirada ansiosa las peripecias de la venta, calculando dolorosamente el producto probable, en su espíritu alarmado, y preguntándose si el cielo en su bondad permitiria que le quedase del fruto de su despojo con qué encontrar un asilo para ella y sus hijos.

Los dos niños, pobres y pequeños séres, se abrazaban á la viuda, sin comprender el aflictivo tumulto de una venta judicial; solo comprendian los sollozos de su madre, y sollozaban con ella.

II

Apenas habia extendido Delacroix una mirada sobre la triste escena, cuando el hombre que llevaba la subasta presentó al público un cuadro bastante grande; era un lienzo ennegrecido y roto por muchas partes, que representaba un *Descendimiento de la Cruz;* formaba parte de un lote, con otras tres ó cuatro ínfimas é insignificantes pinturas, y fué tasado en cinco francos.

Delacroix avanzó hasta penetrar el compacto grupo, y se colocó en primer término.

Luego se acercó al lienzo, le contempló algunos instantes, y exclamó con voz sonora, y en medio del general asombro:

—¡Doy por ese lienzo quinientos francos!

El tasador, aturdido como todos los presentes, contempló con la boca abierta al atrevido postor, y reconoció á Delacroix; entonces buscó con ansiosa vista al propietario, se inclinó hácia él y le dijo algunas palabras al oido.

El casero asistia á la venta, para hacer subir ávidamente todos los objetos, que él creia se iban á adjudicar á muy bajo precio, y despues de oir el misterioso aviso del tasador, dijo con gran prosopopeya:

—¡Mil francos!

—¡Dos mil! ofreció Delacroix.

—¡Dos mil quinientos! gritó el casero con voz triunfante, y con los ojos chispeantes de alegría.

—Quedaos con él, caballero, dijo cortésmente el gran artista; tengo el gusto de cederóslo; el cuadro no vale tanto segun mi juicio.

Dicho esto, se alejó lentamente.

Fácil es juzgar del asombro producido por esta escena en el curioso vecindario; pero seria imposible de imaginar la alegría, la felicidad de la jóven madre, que de la más profunda miseria, enfrente del más horrible porvenir, se halló, sin saber cómo, en posesion de una fortuna, de una fortuna inmensa para ella y sus hijos.

Abrazaba á los niños, bendecia á Dios, bendecia al cuadro, cuyo miserable aspecto le habia preservado de una venta que hubiera realizado á cualquier precio quizá, si le hubiera reconocido el más leve valor; y bendecia por fin, al hombre enviado por la Providencia, para hacer conocer aquel oculto tesoro, y arrancarla así á la más cruel indigencia.

La venta terminó pronto, más apenas produjo, aparte del precio de *El descendimiento de la cruz*, con que cubrir la suma á que ascendian los alquileres vencidos, aumentada con los

enormes gastos de las costas; sin embargo, el precio del cuadro quedó entero en manos de la viuda.

III

El casero marchó al instante á París y fué á buscar sin perder tiempo á un hábil restaurador de pinturas, para tratar con él acerca de su *preciosa* adquisicion, preguntándole ansiosamente á qué gran maestro, á qué sublime pincel era debida.

El artista soltó una carcajada.

—Caballero, le respondió; esto es una malísima copia.

—¡Como! exclamó poniéndose pálido el casero; ¿no es un original?

—Ya he tenido el honor de deciros que es una detestable copia; y ahora añado que no merece la pena que gasteis ni en una restauracion ni en un marco.

El pobre hombre salió con la muerte en el alma: sin embargo aun le quedaba una leve esperanza: ¡el artista podia haberse equivocado! ¡se equivocan tantas veces los artistas! ¡quizá el exceso de trabajo le impedia limpiar su que-

rida pintura, y la rebajaba porque no le era dado encargarse de ella.

Pensando así, fué á casa de otro artista, y le dijo lo mismo; corrió á otras varias, y de todas salió amargamenne desengañado.

No pudiendo ya dudar de su desgracia, todo su encono se volvió hácia Delacroix: tan ignorante como avaro, no sabia como apostrofarle bastante.

—¡Oh! decia él, siempre que podia contar con algun oyente: ¡Delacroix! ¡vaya un pintor! ¡ese hombre está muy por debajo de su fama! ¡podrá trabajar medianamente, pero no he visto á nadie más negado para conocer los cuadros!

Enseguida contaba con el mayor candor el hecho de que habia sido víctima, no sospechando siquiera la leccion de beneficencia que habia recibido, la graciosa burla encerrada en la generosa mistificacion de que habia sido objeto de parte del ilustre artista, ni toda la sensibilidad oculta bajo aquella sublime chanza.

IV

Poco tiempo despues de los sucesos que anteceden, volvió Delacroix á Saint-Germain.

Una tarde que atravesaba lentamente una

calle, absorto en los sueños que regularmente embargan al artista y le trasportan á otras regiones, se halló delante de una preciosa tiendecita de lencería, modesta pero coqueta y resplandeciente de aseo y de elegancia, tanto en su interior como exteriormente.

Allí ganaba su pan y el de sus hijos la jóven á quien tan generosamente habia socorrido; el artista pudo contemplarla graciosamente vestida, y sentada cerca del umbral, dichosa, serena, y vigilando á dos criaturas, blancas y sonrosadas, que jugaban y gorjeaban delante de la casa.

Muchos dias volvió el artista para contemplar aquel cuadro encantador, tan lleno de frescura y de paz: pasaba su mano, que tanta gloria le habia conquistado, entre los bucles sedosos de aquellas cabezas infantiles, acariciándolas con ternura, y dejaba en las cuatro diminutas manecitas que se le alargaban, algunas monedas que no tardaban en convertirse en bombones y pasteles.

Despues se alejaba con el corazon dulcemente conmovido de alegría, y diciéndose: "Hoy he descansado muy agradablemente de mis tareas."

¡Era de ver cómo corrían los pequeñuelos hacia él así que le divisaban, para prodigarle sus

mimos, y abrazarse á sus rodillas! ¡La madre acudia tambien atraida por las exclamaciones de los niños, y sonreia á Delacroix, porque una madre sonríe siempre á quien acaricia á sus hijos. Mas no reconoció nunca aquel noble rostro, que no habia podido mirar el dia de la venta, embargada por su dolor, ni sospechó jamás que aquel desconocido era un gran genio, y tenia un gran corazon, al cual ella y sus hijos debian la salud, la tranquilidad y la ventura!

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prefacio	5
Las niñas mimadas	9
Las fundadoras de la novela en Holanda	17
Los buenos y los malos	25
Amor ideal	31
Una mujer superior	37
Orígen de las bugías	45
La falta de aficiones	51
El final de Lucía de Lamermoor	59
Una mujer dichosa	63
Amores que matan	71
Los pájaros	79
Dolencias del alma	85
La base de las virtudes	91
La eterna historia (trilogia)	99
Las mujeres fuertes	121
La celebridad	127
El amor propio	135
Una justicia de Luis XV	141
Navidad	161
La sala de confianza	167
Lo que nos falta	175
Virtudes sin mancha	181
Economía y prodigalidad	189
Goces y explendores del hogar	197

Páginas.

Historia de un ramillete..... 205
Meyerbeer..... 225
Historia de un diamante..... 239
La florecita azul..... 249
El abanico..... 257
Bocetos sociales..... 263
Una página de la vida de Beethoven..... 279
La instruccion en la mujer..... 289
La mujer americana..... 297
La mujer inglesa..... 309
La mujer alemana..... 323
La mujer francesa..... 337
El primer amor..... 349
Un rasgo de Eugenio Delacroix..... 356

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

que se venden en casa de la autora y en las principales librerías.

	Ptas. Cs.
Un libro para las jóvenes.—Un tomo.....	3'50
La Dama elegante.—Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen órden doméstico.—Un hermoso tomo en octavo prolongado.....	4
El Angel del Hogar.—Dos tomos.....	6
Combates de la vida.—Un tomo.....	2'50

DE TEXTO.

La Ley de Dios.—Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, obra única en su clase y utilísima para los niños de ambos sexos.—Un tomo.....	1'50
A la luz de una lámpara.—Coleccion de cuentos morales.—Un tomo.....	1

Nada como estos dos libritos se ha escrito hasta hoy, pues reunen lo agradable y ameno á la moral más elevada y más pura: nada se ha ofrecido á los niños, que más les deleite, que más los enseñe á pensar y á sentir.

Estas dos obras, declaradas de texto desde hace largo tiempo, tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas; están recomendadas por varios señores Prelados de España con la mayor eficacia, y han sido objeto de un brillantísimo informe de la Inspeccion especial facultativa de primera enseñanza que va al frente de las

actuales ediciones. Se venden en todas las librerías y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 1, cuarto segundo izquierda, Madrid.

Segun los pedidos, se harán importantes rebajas.

OBRAS EN PREPARACION.

Se publicarán sucesivamente y sin interrupcion alguna las siguientes:

El Alma enferma, 3.ª edicion.—Dos tomos.

Leyendas del hogar, 4.ª edicion.—Dos tomos.

Una herencia trágica (nueva).—Un tomo.

La Vida real, alegrías y tristezas de una familia (nueva).—Un tomo.

Las dos obras reimpresas están cuidadosamente corregidas por la autora, y completamente agotadas desde hace mucho tiempo: las que llevan la claúsula de *nuevas*, lo son hasta el punto de estar concluyendo de escribirlas la autora.

OBRAS DE MARIA DEL PILAR SINUÉS

de que hay ejemplares á la venta en las principales librerías de España.

	Ptas. cénts.
Un libro para las jóvenes, un tomo.....	3'50
La dama elegante, un tomo.....	4
El ángel del hogar, dos tomos.....	6
Combates de la vida, un tomo.....	2'50
La ley de Dios.....	1'50
A la luz de una lámpara.....	1

En preparacion y para publicarlas seguidamente.

El alma enferma, tercera edicion cuidadosamente corregida.—Dos tomos.

Leyendas del hogar, cuarta edicion.—Dos tomos.

Una herencia trágica (nueva).—Un tomo.

La vida real (nueva).—Un tomo.

MARÍA
DEL
PILAR SINUÉS

VERDADES
DULCES
Y
AMARGAS

1882

9365